

la suerte de yolve



magia negra
primera parte



MONTE PERDIDO

RIO CARLAK

WESJU

RUINAS DE GROUKI

BOSQUE CANTO

SERBOL





*Los dioses son caprichosos
Los reyes son malvados
Las criaturas están hambrientas
El reino es una guerra constante
Siempre hay que estar preparada*

Escrito por Flanagan

PRÓLOGO

Las halflings, aquellas maravillosas criaturas que siempre desprendían paz, que siempre te saludaban con una sonrisa, que siempre te intentan engatusar para que les invitases a otra cerveza y que su amabilidad era conocida por cada rincón de estos lares. Las halflings vivían en un pueblo llamado Serbol, cerca del Valle Medusa. Su pueblo era pequeño, al igual que ellas, pero no faltaba nada; tenían su panadería, sus huertos, sus casitas, sus bares y sus granjas donde tenían a sus pequeños caballos. Cada vez que iba a visitarles me recibían con los brazos abiertos y me invitaban a comer, siempre al aire libre pues sus casas eran demasiado pequeñas para mí, y no quería romper sus cabañas. Nos reuníamos todas en la plaza del pueblo y empezábamos a sacar las mesas y las sillas, algunas traían sus jarras llenas de licor, otras sacaban sus platos llenos de comida, por lo general comían gallinas y peces, aparte de traer frutas y verduras.

Siempre que iba a visitarles me preguntaban por mis hazañas, por mis aventuras, por cómo iban las guerras en las demás partes del reino, también eran muy curiosas, pues jamás salían de su pueblo. Mientras les contaba alguna de mis aventuras ellas se sobresaltaban, se excitaban, o incluso se aterraban con algunas historias, sobre todo cuando les contaba de aquellas batallas en las que se usaba la magia, pues ellas no sabían nada sobre la magia. Cada vez que les contaba algo sobre la magia se levantaban de su sitio e intentaban hacer el conjuro sin ningún resultado más que las risas de todas las que

estábamos allí. Así eran ellas, divertidas e ingeniosas, jamás podías cabrearte con ellas.

Cuando terminábamos de comer las halflings iban a sus casas para sacar los instrumentos mientras otras traían leña para hacer una hoguera para bailar alrededor, pues era tradición para ellas, decían que así espantaban las guerras y los males, pero creo que lo hacían para poder saltar por encima de la hoguera mientras iban un poco borrachas. La fiesta acababa cuando todas estaban demasiado borrachas, que para lo pequeñas que eran tenían más aguante que cualquier humana, como para saltar la hoguera y se quedaban en el suelo hablando a la Luna. Yo estoy acostumbrado a beber con todo tipo de razas, pero las halflings son las que más me hacen beber en sus fiestas.

Mientras todas dormían la borrachera siempre venía el joven Yolce para saber más sobre mis aventuras, pues jamás se conformaba con las historias que contaba en la comida, necesitaba saber aún más. Siempre me decía que quería viajar por el reino para conocer otras ciudades y vivir aventuras como las que vivía yo. Me quedaba hablando con él bastante tiempo, su piel morena, sus ojos azules, su pelo rojizo y rizado, su nariz diminuta y sus orejas de soplillo hacía que su cara fuese peculiar y no pudieses dejar de mirarle, a lo mejor sería por su mirada tan brillante y llena de ilusión.

Yolce me propuso muchas veces viajar conmigo, pero su familia me dijo que por favor no me lo llevase, que el reino es muy peligroso para un halfling. Yo les prometí que no lo haría, pero muchas veces me tentaba tanto que casi rompo la promesa. Para que no se pusiese pesado le dije que cuando aprendiese a usar la espada mejor le llevaría

conmigo a alguna ciudad, pero mientras tanto tendría que quedarse en el pueblo con su familia.

Al despedirme del pueblo llegaba el momento de los abrazos, los elogios, algunos regalos y algún que otro llanto, pues también eran muy cariñosas y familiares. Los regalos casi siempre eran por parte de las más pequeñas del pueblo, que por cada regalo me pedían que usase mi magia para hacerles levitar, ese espectáculo de ver a halflings levitar se me quedó en la memoria, sus gritos y sus caras de alegría. Al irme siempre notaba una presencia, algo silencioso que me seguía tras los árboles, y como no, siempre era Yolce, que quería escaparse conmigo. Las halflings tienen una gran habilidad para ser silenciosas, pero yo ya era mayor como para no saber si alguien me seguía o no. Entonces siempre me paraba y le llamaba para hablar con él e intentar convencerle de que tenía que volver al pueblo, que sino su familia se iba a preocupar mucho. Antes de irse me decía *“algún día nos encontraremos por algún bosque, o en alguna montaña, o incluso en algún desierto y te contaré todas mis aventuras. Me tienes que prometer que algún día viviremos aventuras juntos”*, yo le sonreía y le daba un abrazo, y él se iba a su pueblo, con la cabeza gacha, pero con la esperanza de aprender suficiente con la espada para que le llevase conmigo en algún momento.

Las halflings han sido siempre la raza con la que mejor me he llevado, no les gusta la guerra, ni están interesadas en conquistar nada, pues ni siquiera tienen un ejército, o un rey que les proteja, pero puede que esas ideas en un reino repleto de criaturas hambrientas, dioses caprichosos y reyes llenos de ansias de conquista no fuese

tan buena idea, aunque a ellas les funcionaba y eso era lo que importaba, que ellas estuviesen siempre a salvo.

Y cuando desaparecí de aquel pueblo para empezar otra de mis aventuras es cuando empezó la primera historia sobre las halflings, la historia de Yolce. Él me dijo que algún día nos encontraríamos fuera de aquel pueblo... Espero que eso sea pronto, amigo, quiero vivir un viaje con un halfling, siempre traéis alegría a todos lados y ya estoy un poco harto de viajar solo o con gente seria que habla poco. Cuando viajemos juntos, será un viaje inolvidable.



Era un día tranquilo, como cualquier otro en Serbol, era la época de cosechas por eso la gran mayoría de halflings estaban en los huertos, cerca del río Marlak. Todas llevaban una cesta de membrillo colgada a la espalda y una pequeña hoz para ir recogiendo la cosecha. Mientras tanto las más pequeñas jugaban cerca de las cabañas con palos simulando que estaban en una pelea contra los orcos. Quienes eran orcos se pintaron la cara de verde para poder diferenciarse. Unas cuantas se pusieron enfrente de los orcos, que llevaban palos más grandes, y fueron a atacarles todas juntas. Los orcos repelieron el ataque con bastante facilidad y cogieron a un halfling de rehén. Mientras pensaban en como liberarles se oyó un grito detrás de ellas, y como siempre era Yolce Pinwer con un palo en una mano y en la otra algo viscoso y marrón que le goteaba la mano.

— Aquí está el mago Yolce para salvar al compañero — gritó mientras todas las demás empezaron a gritar más y a levantarse del suelo. Los orcos no sabían que hacer frente a aquello, pues todas habían recuperado la ilusión y estaban dispuestas a un nuevo ataque, pero esta vez con magia. Los orcos dejaron al rehén a un lado y se dispusieron a atacar sin más miramientos. Los orcos corriendo hacia las halflings que no se esperaban aquel ataque tan repentino, pero Yolce corrió hacia ellos y les tiró lo que tenía en la mano, era barro que había cogido cerca del río. El barro se esparció y dio en la cara a la mayoría y a quien no le dio hizo que se tirase al suelo para poder esquivarlo, y esa fue la oportunidad para atacar de las halflings que salieron en busca del rehén y a tirarse encima

de los orcos para desarmarles. Cuando ya estaban todos neutralizados y sin ninguna arma el juego terminó y les ayudaron a levantarse del suelo. Trajeron un bidón de madera lleno de agua para ayudarles a limpiarse el barro. Quienes se hicieron pasar por orcos se quejaron de aquella estrategia, pues había jugado sucio.

— No vale, siempre que juega Yolce gana porque usa la magia — decía uno de los niños mientras se secaba la cara con un paño naranja.

— Eso es porque se usarla, tenéis que aprender a usarla pues os serviría de mucho para las batallas — respondió Yolce con una sonrisa. Su obsesión por la magia proviene de cuando Hiru vino de visita la primera vez al pueblo. Aquel mago siempre se quedaba con Yolce un rato para enseñarle algunos trucos, pero el pequeño halfling jamás supo usar la magia, pero se quedaba embobado cuando veía a Hiru hacer algunos trucos para demostrarle como sabía usarla. A veces hacía levitar cosas, otras veces hacía figuras con fuego o agua.

— Pero las halflings no sabemos usar la magia, así que a partir de ahora no podrás usar la magia — decía una niña mientras tiraba con fuerza del barro que se le había quedado en su cabello rojizo.

Siempre era la misma discusión, si valía usar la magia o no, pero siempre acababa por usarse y siempre era Yolce el que hacía de mago, pues las demás no sabían cómo simular la magia, no tenían tanta imaginación, ni tampoco ganas de usarla, les gustaba más pelear cuerpo a cuerpo. Mientras seguía la discusión se oyó un grito que se dirigía a las pequeñas que estaban jugando a las batallas.

— ¡A comer! — todas dejaron los palos en el suelo y se dirigieron a sus cabañas para ir a poner la mesa en el centro de la plaza, pues tenían por costumbre comer todas juntas, eran como una gran familia, pero sin que hubiese peleas, ni rencores, ni asesinatos. Al ser pocas halflings no tenían problemas en comer juntas y poner la mesa, ya que no tardaban mucho. Las más pequeñas cogían los platos y los vasos, mientras las mayores hacían la comida. Ver aquello era un espectáculo, niñas corriendo de un lado para otro, las halflings más ancianas se sentaban las primeras y esperaban a que estuviese todo puesto mientras se quejaban de que las niñas eran muy lentas y se entretenían demasiado entre ellas. Quienes hacían la comida daban gritos a las jóvenes para que fuesen llevando los platos llenos de comida a la mesa, todo aquello era como un pequeño teatro improvisado.

Las cabañas rodean la plaza donde se hacen las comidas, y los árboles rodean las cabañas. El río no queda muy lejos y siempre sopla una brisa bastante agradable, era el clima perfecto para estar en cualquier época del año. Las cabañas están hechas con madera, pues a las halflings no se les da nada mal eso de construir, pues ellas nunca salen del pueblo y nadie iba al pueblo, excepto las esperadas visitas de su amigo Hiru. Serbol es un pueblo de lo más tranquilo, menos por las niñas cuando hacen sus batallas o las halflings celebran alguna fiesta, entonces deja de ser un pueblo tranquilo para convertirse en un pueblo de lo más ruidoso, lleno de música, cánticos, gritos y muchos bailes.

Mientras se estaba poniendo la mesa Yolce estaba con su madre ayudándole a traer platos, Yolce no paraba de contarle como había vencido a los orcos y su madre le sonreía y le preguntaba cómo se le ocurrió lo del barro. A

Yolce le encantaba contar a su madre aquellas historias y a su madre le encantaba escucharlas, en cambio a su otra madre no le hacía tanta gracia, decía que aquello era una pérdida de tiempo, que lo que tenía que hacer era centrarse en el pueblo y ayudar que en un par de años ya tendrá que estar trabajando en el huerto, o bien en la panadería.

Todo estaba listo y las halflings se empezaron a sentar en las sillas, la comida ya estaba preparada, y en cuanto se sentó el último halfling empezaron a comer, pues allí no se rezaba antes para que algún dios les proteja, allí no se creía en ningún Dios. Cuando acabó la comida las más ancianas se fueron a sus cabañas a dormir un poco, pues les solía entrar el sueño cuando se llenaban, y las más pequeñas recogían la mesa y llevaban todo al río para limpiarlo. De camino al río un niño llamado Refurt tocó el hombro a Yolce y le dijo:

— Después de limpiar los platos vamos a jugar un rato, hemos decidido hacer una guerra entre elfas y humanas, vente a jugar, que contigo siempre es más divertido.

Yolce sin pensarlo aceptó y se dio más prisa en recoger la mesa y limpiar los platos en el río. Su madre le vio muy atento a las tareas de limpieza y le dedicó una leve sonrisa. Ya en la cabaña el pequeño Yolce se estaba preparando para coger alguno de sus espadas de madera, que había hecho él a mano, y un pequeño escudo que había hecho con un trozo de madera que se había caído de un árbol. La madre entró por la cortina que hacía de puerta y frunció el ceño al ver a su hijo con el escudo de madera y su espada.

— ¿Todavía sigues con eso? ¿No ves que esas cosas de aventureras no van con las halflings? ¿A cuántas halflings conoces que hayan sido aventureras, o magas? ¿Cuántas

halflings han salido de Serbol? — dijo la madre mientras mantenía los brazos en jarras en señal de desacuerdo.

— Pues yo seré el primer aventurero, seré reconocido por todo el reino- respondió Yolce mientras desenvainaba su palo y lo movía con alevosía y gracia.

— Deja ya esas historias, tienes que empezar a aprender el oficio de esta familia, que es el de ser panadero, ¿no es mejor saber hacer pan para el pueblo que estar todo el día jugando a las batallas? Eres pequeño y es normal que quieras jugar, pero también deberías ir aprendiendo el oficio.

La madre entró en la cabaña con una sonrisa, nunca dejaba de sonreír, aquella melena rojiza y esa sonrisa tan burlona era su mayor característica. Se acercó a su hijo y le dio un pequeño toque en la cabeza en señal para que saliese a jugar con las demás.

— Vete hijo, que van a empezar sin ti — Yolce le miró con una gran sonrisa y salió corriendo. La madre suspiró fuerte y dejó caer sus brazos — Es todavía un niño, déjale que se divierta, ya aprenderá a hacer pan— se acercó a su mujer, le abrazó y le dio un beso cálido en los labios en señal de amor eterno.

Las niñas empezaron a coger sus palos y sus escudos hechos de madera, luego se separaron en equipos, unas se hicieron las humanas y las demás se hicieron elfas. Esta batalla se haría cerca del río y sería para proteger el imperio de las humanas por lo tanto tenían que hacer su defensa, aunque esta vez Yolce estaba en el lado de las elfas, pues decía que son una raza que tiene buenos dotes para usar la

magia, ya que las humanas habían renegado de la magia. La batalla iba a empezar, las humanas habían hecho una fila horizontal donde estaban todas con los escudos y detrás de ellas estaban los refuerzos por si había alguna que lo sobrepasaba. Las elfas fueron con cuidado, no querían dar ningún paso en falso, intuían que tenían alguna táctica. A la vez que se iban acercando las humanas empezaron a tirar palos desde detrás del muro humano por lo que las elfas tuvieron que retroceder y pensar que podrían hacer frente a esa defensa.

— ¿Qué hacemos? Su defensa es muy buena y jamás nos podremos acercar sin recibir alguna baja — dijo un halfling mientras daba pequeñas patadas al aire y se rascaba la cabeza dudando de cómo sobrepasar aquella muralla de escudos.

— ¿Y si vamos todas corriendo a la vez? — dijo una voz al fondo del grupo.

— Creo que sé que podría funcionar, pero puede ser muy arriesgado — dijo Yolce y todas se acercaron para escuchar con atención pues siempre tenía las ideas más absurdas y temerarias, pero siempre funcionaban porque nadie se esperaba un ataque como los que él planeaba.

Las elfas se pusieron en marcha e hicieron un cuadrado rodeado por escudos y algunos escudos que irían cubriendo la parte de arriba para que no pudiesen pasar los palos que les tirarían. Empezaron a avanzar poco a poco y las humanas no se ponían nerviosas, seguían en su posición, no se movieron ni un milímetro pues su jefe de guerra, Pul, les había dicho que no tenían que perder la calma porque Yolce siempre jugaba con ello, con que el enemigo perdiese la posición y así poder ganar.

El cuadrado de escudos se iba acercando cada vez más y más, las humanas empezaron a tirar sus palos, pero no dio a ninguna de las que estaban dentro de aquel cuadrado. Las elfas esperaron allí un rato para que se quedasen sin palos y cuando vieron la oportunidad alguien grito “¡ahora!” y el bloque se dispersó saliendo corriendo hacia la fila de humanas. Las humanas se quedaron en posición y apretaron sus pies al suelo sabiendo que les esperaba una gran embestida. Cuando los dos grupos chocaron la muralla de escudos se abrió y un halfling salió del bloque de elfas con dos grandes ramas en las manos, era Yolce, que decía que había usado su magia para poner convertirse en un gigante. Al salir del bloque empezó a golpear a la hilera de escudos que tenía enfrente. Consiguió hacerlos retroceder, quienes no se caían al suelo. El grupo de humanas parecía que había sido derrotado pues habían perdido a su defensa, pero detrás de ellas había otra hilera, pero con palos más largos en forma de lanza apuntando hacia sus enemigas. Las lanceras avanzaron hacia las enemigas que tuvieron que ir hacia atrás, pero esto ya lo tenía previsto Yolce, por eso mando a unas cuantas a rodear la hilera para poder atacar por la espalda. Las elfas bajaron de los árboles, las lanceras se vieron atosigadas por la espalda y tuvieron que soltar las lanzas y rendirse, Yolce lo había vuelto a hacer, había vuelto a ganar, la mayoría de veces solía ganar el equipo de Yolce, ya que se lo tomaba muy en serio pues quería salir de aventuras en algún momento y sólo podía entrenar en estos juegos.

Empezaron a recoger sus armas y escudos mientras hablaban entre ellas sobre cómo les había parecido el combate, todas hablaban de que Pul tenía una gran defensa, pero Yolce siempre sobrepasaba las expectativas de cualquier rival, por eso todas las de allí decían que

podría ser un gran aventurero algún día. Pul se acercó a Yolce y le puso la mano sobre el hombro.

— Siempre te sales con la tuya, algún día seguro que consigues hacer magia y viajar por todo el reino — dijo Pul mientras iban caminando hacia la plaza del pueblo. De pronto el cielo empezó a oscurecer y todas las halflings empezaron a mirar al cielo para ver qué era lo que pasaba, no era aún la hora de anochecer. Las halflings que estaban en sus cabañas también salieron a mirar que es lo que estaba pasando y todas vieron lo mismo, una dragona gigante y negra, con unas alas más grandes que el pueblo, una cola que acababa en punta y una cabeza llena de escamas y unos afilados colmillos. Todas se quedaron mirando aquella dragona, era la primera vez que veían algo que no era ni un animal, ni un humano ni tampoco un halfling. Algunas sentían miedo por si les atacaba, otras simplemente se quedaron mirando al cielo sin saber muy bien que hacer, no sabían si tenían que correr, aplaudir o hacer como las demás razas, ponerse a rezar u ofrecerle algo. La dragona empezó a alejarse y Yolce fue tras ella, empezó a correr hacia donde la gran dragona se dirigía y tras él fue corriendo Pul, pues también le gustaba ver a aquella dragona. Mientras corrían tras la espectacular dragona Yolce se tropezó con una piedra y se cayó en un agujero con bastante profundidad.

— ¡Yolce! ¡Yolce! ¿Estás bien? Voy a buscar ayuda, espera — le gritó Pul. Yolce no pudo contestar y se quedó inconsciente en cuanto su amigo se fue corriendo de vuelta al pueblo.

Yolce se despertó lleno de heridas y con un gran dolor de cabeza, la pierna derecha no le respondía bien y no podía levantarla sin soltar un pequeño gruñido. Yolce no sabía dónde se encontraba, pero era un sitio que nunca había estado. Estaba todo oscuro y olía a humedad y tierra. Cuando pudo recomponerse y ponerse en pie miró hacia arriba y vio que seguía en el agujero, ahora empezaba a recordar que es lo que había pasado, su amigo le había dicho que ahora vendría con ayuda, pero parece que no había venido nadie, pues ya era casi de noche y no había nadie arriba ni tampoco a su lado. Se puso a gritar, pero nadie se acercó a donde se encontraba, ni tampoco encontró respuesta. El halfling se empezó a poner nervioso, no sabía cómo subir a la superficie, debía de haber al menos unos 3 metros de altura y nada en lo que apoyarse para subir. Al ver que era muy difícil subir decidió andar un poco por aquel sitio subterráneo, pensaba que habría otra salida en otro extremo.

Cada tres pasos que daba Yolce se quejaba y maldecía aquel agujero tan oscuro, para su desgracia las halflings no son como las enanas que tienen una buena visión en la oscuridad por estar siempre bajo tierra, las halflings son seres de superficie. Al ver que ya no podía seguir por culpa del dolor de su pierna se dejó caer al suelo y se quedó dormido al poco tiempo de tumbarse, ni se enteró de que llevaba muchas horas sin llevarse algo de comida a la boca.

Se despertó cuando unos rayos de luz entraron por aquel horrible túnel. El joven se levantó rápido y se tropezó debido a su pierna malherida. Empezó a andar cojeando hasta la luz que salía de algún agujero, pero al llegar se dio cuenta que era el mismo sitio desde el que se había caído,

se había desorientado en aquella cueva. El halfling se dejó caer al suelo de culo y gritó con desesperación y rabia.

— ¿Es que este estúpido túnel no tiene salida? ¿Quién ha hecho este túnel, un enano? ¿O quizás un topo del bosque?

Sus quejas resonaron por todo el túnel y acto seguido se puso a llorar desconsoladamente hasta quedarse sin lágrimas y tener la boca seca, llevaba mucho tiempo sin comer ni beber nada. Mientras miraba al cielo por el único agujero que había encontrado estaba oliendo un olor muy particular, el olor a humedad. Se quedó pensando un rato de donde podría proceder aquel olor y gritó:

— ¡El río! — se levantó y empezó a andar por aquel túnel, a cada paso olía más a humedad, debía encontrar algo de agua si se adentraba a lo más profundo del túnel. Anduvo un tiempo hasta que sus pies empezaron a notar la corriente del agua tan fría que tenía que provenir del río. El joven empezó a chapotear en el agua con alegría, no veía nada, pero estaba feliz de poder beber agua, aunque tuviese un poco de tierra. Se agachó y empezó a beber el agua que cogía con las dos manos hasta quedar satisfecho. Prosiguió su camino hasta llegar a una pequeña zona con agua estancada, en ese lugar se veía más que en las demás partes del túnel, pues había bastantes reflejos en el agua, por lo que Yolce dedujo que debería de haber túneles que conectasen con el río en aquella agua estancada.

Se metió poco a poco en el agua, el río Marlak siempre estaba frío, casi helado. Cuando llevaba medio cuerpo metido en el agua un escalofrío le recorrió la espalda y sus pies empezaron a ponerse rojos y dejó de sentirlos, pero se sumergió en aquellas aguas tan frías y empezó a buscar de donde precedía la luz. Cada poco tiempo sacaba la cabeza

para respirar y poder relajar un poco la cabeza del frío. Cuando ya vio donde estaba un túnel que podría venir de la superficie lo tanteó un poco para ver la longitud, pero no supo cuánto de largo podría tener, así que sin pensárselo dos veces cogió aire y se sumergió. Al ser pequeño no tuvo problemas por entrar en aquel agujero por muy estrecho que fuese. A cada brazada sus manos iban perdiendo el sentido del tacto al igual que sus pies y poco a poco todo su cuerpo, Tenía el cuerpo rojo por el frío, como si se hubiese quemado en alguna de las llanuras del reino. Yolce iba esquivando las rocas y empujándose con ellas para coger más impulso, empezaba a ver más claridad, incluso llegó a ver algún pequeño banco de peces, pero ya no podía aguantar mucho más debajo del agua. El aire que tenía en la boca se le acababa y sus brazos empezaron a fallarle, sus ojos empezaban a cerrarse, de pronto solo veía negro y ninguna parte de su cuerpo le respondía, solamente podía flotar inconsciente en el túnel, chocándose contra las rocas. No veía su vida pasar como cuando te vas a morir, sino que su visión dejó de ver y se quedó flotando en el agua como un pez muerto.



Bajaban por el río lo más rápido que podían, les habían dado el aviso de una gran matanza en el pueblo de las halflings y eso suponía una gran desgracia y un gran temor sobre el reino, porque ellas no tenían enemigas por lo que la matanza podría ser por motivos mucho más allá de una conquista o pura venganza. Aleteaban lo más rápido que podían, la cola ya no les daba para ir a más velocidad y a alguna de ellas ya les dolía de tanto aletear, pero aun así no pararon hasta estar cerca de Serbol.

— Vamos a buscar a ver si hay alguna superviviente. Mirad también en los túneles que conectan con el pueblo — dijo una de las sirenas mientras se sumergía en el río en busca de alguna halfling muerta. Todas se pusieron a buscar desesperadamente, pero pararon impactadas al ver como había quedado las proximidades de Serbol. Las sirenas no podían creer lo que estaban viendo, era la mayor masacre que habían presenciado: brazos colgados de las ramas, cabezas de halfling con mordiscos, la hierba y los árboles llenos de sangre, pero ningún cuerpo entero, todos estaban descuartizados, mordidos, reventados o habían sido comidos y solamente quedaban los huesos. Las sirenas rezaron a la diosa Liyu y siguieron su búsqueda sin mucha esperanza pues no había nada de sangre en el río y eso significaba que no les dio tiempo a huir, pero de todos modos no abandonaron la búsqueda.

Una de las sirenas encontró una pequeña cueva y se aproximó a ella para ver si se había escondido alguna allí, pero al adentrarse un poco pudo ver algo que flotaba

contra el techo, era un halfling. La sirena le agarró de los brazos y llamó a las demás para que le ayudasen, rápidamente estaban allí todas haciendo magia para darle oxígeno debajo del agua mientras las demás le subían a la superficie a gran velocidad. Lo tumbaron sobre la hierba y usaron su magia para sustraerle toda el agua que había tragado, las sirenas tienen unas grandes dotes para la magia curativa, por eso se dice que son las enfermeras de los mares y ríos. El halfling empezó a expulsar el agua tosiendo con fuerza y vomitando el agua, la cara de las sirenas cambió al ver que todavía seguía con vida y todas ellas empezaron a entonar una canción en el idioma de los mares. El halfling empezó a abrir los ojos y a enfocar un poco, pero solamente podía enfocar, con dificultad, los árboles. Giró la cabeza y vio a unas chicas en el agua, pero no enfocaba muy bien como para darse cuenta de que no eran halflings. Su respiración empezó a ser normal, al igual que su vista, así pudo ver mejor quienes eran las chicas que le habían salvado. Yolce dio un pequeño grito y se echó hacia atrás apoyándose con las manos, su respiración se aceleró, pues nunca había visto nada igual. Hiru le había hablado de las sirenas, pero ellas jamás se habían presentado en el pueblo.

— Tranquilo pequeño, somos sirenas no vamos a hacerte daño — dijo una de ellas mientras le extendía su mano y le sonreía. El halfling se acercó con cuidado y al ver que ninguna se inmutaba también extendió su mano para apretarla contra la de la sirena, después se las quedó mirando y empezó a dar saltos de alegría y a gritar.

— Es la primera vez que veo una sirena, creía que no existíais y que era todo un mito para que las navegantes viajasen más tranquilas en barcos sabiendo que había

sirenas para ayudarles en caso de ataque. ¿A ver cómo es vuestra cola? — decía Yolce a toda prisa mientras se acercaba a la orilla para ver mejor su cuerpo. Las sirenas se empezaron a reír del joven halfling y algunas de ellas sacaron sus colas para que las viese mejor, haciendo un pequeño espectáculo en el río para el último halfling con vida en aquel pueblo.

— Voy a ir a buscar a mis amigas para que os puedan conocer, esperad aquí por favor, se van a quedar de piedra.

Las sirenas se miraron entre ellas y una de ellas frenó al joven para que no fuese corriendo hacia su pueblo. Yolce miró a las sirenas con curiosidad e incertidumbre.

— ¿No sabes lo que ha pasado, muchacho? — preguntó una de ellas.

— ¿Qué ha pasado de qué? ¿De qué habláis? — el joven halfling no entendía que estaba pasando, él se había caído en un agujero y hasta ahora no había visto la luz, ni nada porque se había quedado inconsciente. Las sirenas soltaron al pequeño y solo tuvo que girarse para ver de lo que hablaban las sirenas, su pueblo había sido devorado por bestias, solamente quedaba sangre y miembros amputados por todas partes. Yolce empezó a caminar lentamente hacia el pueblo mientras su cabeza le daba vueltas y el estómago se le revolvía al ver aquella escena. Un paso, otro paso y cayó al suelo de golpe. Ahora solo veía oscuridad, no veía sangre, ni amigas suyas muertas, solo negro, nada más. Ya no pensaba en las guerras que siempre tenía en su cabeza, solamente veía negro y es lo único que quería ver. De fondo oía unas dulces voces que gritaban algo, pero él no las entendía no podía entenderlas, como tampoco entendía que había pasado en su pueblo pequeño y tranquilo.

¿Quién querría atacar a las halflings? ¿Quiénes fueron capaces de hacer esta masacre? Ni el peor y más sangrientos de los ejércitos quería atacar a las halflings, debía de haber sido alguna bestia que ni él mismo conocía, ¿el mundo es tan grande como dicen? ¿Es tan peligroso como cuentan todas aquellas historias? Si el mundo es así, él no quería conocerlo, solamente quería dormir hasta que todo lo que había visto fuese mentira.

Unas voces graves y unos balanceos hicieron que el joven halfling se despertase de su sueño profundo, no eran sirenas, pues aún se las oía hablar a lo lejos en la orilla del río. El joven se incorporó un poco y una mano bastante grande se apoyó en su pequeño hombro, la mano era dos veces su hombro. La mano se acercó a su cara y le acarició la mejilla para después abrirle uno de los ojos, tuvo dificultad para hacerlo porque su mano era casi igual que su cabeza. El joven pudo abrir los ojos y vio a un hombre barbudo, con el pelo negro, largo y despeinado, una nariz torcida y unos ojos que para él resultaron ser enormes, sin duda alguna estaba viendo a un humano, era al segundo que veía en toda su vida, antes solamente había visto a Hiru y en contadas ocasiones pues el mago siempre estaba de aventuras por el reino y cuando venía a visitar a la aldea se quedaba como mucho una noche.

— Chaval, ¿te encuentras bien? ¿Te han atacado a ti también? ¿Estás herido? — dijo el hombre preocupado, su voz era muy grave, no como la de las halflings que comparada con las voces de otras razas eran angelicales. El halfling se empezó a poner de pie, pero estaba un poco mareado, así que no aguantó más de cinco segundos de pie. El hombre le ofreció una manzana. — Seguro que te vendrá

bien para reponer fuerzas — Yolce cogió la fruta y empezó a darle pequeños mordiscos, tenía hambre, pero a la vez tenía el estómago cerrado del disgusto, cada vez que pensaba en ello su estómago se cerraba un poco más y las náuseas aparecían.

Mientras Yolce comía se acercó otra persona, era otro humano, pero este era bastante más joven que el anterior, sus rasgos eran parecidos al del primer hombre, incluso tenían el mismo color negro de pelo, pero este no tenía la nariz torcida. El joven se acercó y se quedó observando al diminuto halfling, era la primera vez que veía a un halfling, no se creía que existiesen pues casi nadie había visto a un halfling pues se dice que son protegidas por algún dios divino que les cuida y protege de todos los males, pero se veía que era mentira, pues algo había asesinado a todas y devastado su pueblo sin piedad.

— ¿Es un halfling, papa? — dijo el joven entusiasmado sin apartar la mirada de aquel pequeño personaje — Es incluso más pequeño que un enano, no me lo puedo creer.

El padre le agarró del pantalón y le bajó a su altura y con un dedo le mandó callar, no era momento para estar alegre pues el halfling había sufrido un desmayo. El joven comprendió la situación y se quedó quieto al lado de su padre.

— Mi nombre es Kary y este es mi hijo Lucas, perdona por su impertinencia, es todavía muy joven, ¿te encuentras mejor, pequeño?

El halfling estaba un poco confuso, pero al final pudo hablar, aunque le costaba bastante vocalizar y tener la mente centrada en una conversación.

— Yo me llamo Yolce y estoy algo mejor, pero sigo teniendo hambre, llevo un día sin comer nada...

Desde el fondo se escuchaban a las sirenas gritar, tenían algunos peces que acababan de coger y se los estaban ofreciendo.

— Lucas ve a por palos y haz una pequeña hoguera al lado del río, yo iré con Yolce donde están las sirenas para ver si le pueden ayudar con el aturdimiento— dijo el padre y el hijo sin decir nada fue corriendo a por lo necesario para una hoguera. Mientras el padre cogía al halfling en brazos, cosa que no le costó mucho pues aparte de que no pesaba mucho se le veía bastante fuerte. El halfling pensaba que sería un aventurero por las cicatrices y la espada que llevaba colgada en la cintura, pero en su situación no podía preguntar mucho, no tenía fuerzas suficientes para entablar una conversación, así que se dejó llevar hasta la orilla y allí las sirenas le empezaron a toquetear la cara y el cuerpo en busca de alguna herida. Estuvieron un rato mirando, pero no vieron nada, así que le tumbaron frente al río y este empezó a beber agua y a echarse agua en la cara. El hombre estaba a su lado por si se volvía a desmayar y se caía al agua.

El joven Lucas no tardó en llegar con ramas y con algunas hojas para empezar a hacer fuego, en aquel bosque lo difícil es no encontrar ramas y hojas pues estaba lleno de árboles y todos esos árboles eran muy buenos para coger sus ramas y hacer una hoguera. Con dos piedras empezó a chocarlas para que prendiese alguna chispa, pero el joven Lucas fue incapaz y su padre le ayudó a hacer el fuego. Kary parecía que sabía bastante porque tardó muy poco en hacer el fuego. Limpiaron el pescado y pusieron los peces encima del fuego y se quedaron hablando entre sirenas y humanos

mientras el halfling solamente escuchaba voces de fondo y alguna que otra alucinación, pero en ningún momento se quedó dormido, solamente estaba ausente, como si su mente estuviese en algún Olimpo con las dragonas viendo como cuidan a sus crías y vuelan, pero en realidad estaba tumbado bocarriba en la hierba con voces de fondo.

Lucas se acercó al halfling y le ofreció un pescado, el halfling vio que tenía muy buena pinta, pero a Yolce no le gustaba mucho el pescado. Podría ser que tenía mucha hambre o que aquellos dos humanos sabían con hacer pescado, se levantó despacio y sin mediar ninguna palabra cogió el pescado y empezó a engullirlo. Las demás le miraban con una sonrisa al ver como el pequeño comía con tantas ganas, por fin parecía más activo de lo que se lo habían encontrado, cuando acabó de comerse el pescado se levantó y fue a por otro y Lucas se lo ofreció con una gran sonrisa. Ahora ya todas estaban comiendo juntas cerca de la orilla y el halfling se fijó en que las sirenas se comían el pescado crudo cosa que jamás habría imaginado. Las sirenas para él eran seres casi divinos, eran como las diosas de los ríos y mares, y ver como ellas eran igual que ellas, pero que comían el pescado crudo provocó que soltase una tímida sonrisa. Se notaba que aún era joven.

— Vaya, por fin te vemos sonreír, ¿qué es lo que te ha hecho sacar una sonrisa? — preguntó Kary mientras metía un mordisco al pescado.

— Nunca imaginé que las sirenas comían el pescado crudo — dijo Yolce mientras escondía una entrañable sonrisa. Las sirenas se empezaron a reír y la que parecía más mayor le respondió:

— Siempre comemos las cosas cocinadas, pero es que estos dos humanos no saben cocinar y hemos decidido comernos el pescado crudo — respondió unas de las sirenas haciendo un guiño a los humanos, que se rieron al igual que el pequeño halfling, que se cayó de espaldas por culpa del ataque de risa producido por aquella respuesta.

Cuando acabaron de comer los humanos se tumbaron en la hierba a descansar, sus tripas estaban hinchadas por culpa de haber comido tanto pescado. Yolce se acercó a la orilla y se sentó en el borde mientras sus diminutos y peludos pies rozaban el agua fría. Una de las sirenas se acercó a él y apoyó su mano en su pierna y empezó a acariciarle con ternura. Una electricidad le recorrió el cuerpo a Yolce al sentir la mano de ella.

— Pequeño, ¿te encuentras mejor? — le dijo la sirena con un tono muy suave y dulce, aquel tono parecía casi un cántico. El halfling no pudo responder, pues sus ojos se llenaron de lágrimas y solamente podía gimotear y secarse las lágrimas. La sirena empezó a llorar también, le entristecía mucho aquello, un joven que había perdido todo y no se había dado cuenta — Se que esto no es fácil para ti, siempre has vivido aquí y no tenías ni más amigas ni más familia que las que vivían en el pueblo contigo. Pero ahora no puedes mirar atrás, solamente mirarás atrás para hacerte más fuerte. Tienes que seguir otro camino, he hablado con los humanos y me han prometido que te llevarán al pueblo más cercano y allí te ayudarán a buscar un hogar donde puedas esconderte hasta que averigüemos el porqué de este ataque. Hasta el momento es mejor que estés escondido, pues seguro que no quieren que queda ninguna halfling. Lucas y Kary son viajeros y te protegerán así que no tienes de que preocuparte. Nosotras hablaremos

con los minotauros para ver si saben algo y en cuanto nos digan algo te avisaremos. Intenta ir de vez en cuando a los ríos por si nos ves.

El pequeño dejó de gimotear, pero no de llorar. Levantó la cabeza para mirar a la sirena a sus ojos azules y cristalinos y asintió con la cabeza, seguía sin poder hablar por si se ponía a gimotear de nuevo. De pronto apareció Lucas por la espalda y apoyó su mano en el hombro de Yolce y se acercó a su cabeza.

— Ahora serás mi hermano pequeño, así que no te va a pasar nada mientras estés con nosotros. Te vamos a defender de cualquier bestia — le dijo el joven humano mientras le sonreía.

— Además, ¿no tienes ganas de descubrir más mundo aparte de tu pueblo? — dijo Kary mientras se levantaba de la siesta.

— Nosotras te vamos a ayudar a vengar la muerte de tu familia, vamos a descubrir quienes fueron las que atacaron tu pueblo — dijeron las sirenas mientras nadaban hacia el grupo que estaba en la orilla. El halfling empezó a llorar y todas se acercaron para abrazarle. Después de estar llorando un rato más, Yolce se quedó dormido en la orilla y las demás decidieron hacer lo mismo. Apagaron el fuego y taparon con una manta la morena piel del halfling.

Las primeras en despertarse fueron las sirenas, que fueron a coger peces para los aventureros, después se fueron levantando uno a uno quienes durmieron en la hierba. Bostezó, uno, luego otro y, por último, Yolce bostezó y se estiró como si quisiese tocar el cielo. Mientras se despejaban de la pereza que le había dado dormir, las

sirenas se acercaron y les dejaron unos cuantos peces para el viaje y se dirigieron a los tres para contarles algo.

— Nos tenemos que ir, nos espera un largo camino hasta llegar al Mar Quion. Yolce, ahora eres un aventurero, así que deberás comportarte como tal. Ahora ellos dos son tu familia — dijo la sirena mientras señalaba a los dos humanos — Vosotros cuidado de él, que seguramente os traiga mucha fortuna, ya sabéis que un halfling es un tesoro en cualquier viaje, y en vuestras vidas también.

Las sirenas se dispusieron a nadar hacia el Mar Quion y los tres se quedaron en la orilla despidiéndose con saltos y agradeciéndoles lo mucho que les habían ayudado. Ahora solamente estaban ellos tres, Kary, Lucas y el pequeño Yolce, ninguno sabía cómo comenzar aquella aventura pues ninguno sabía muy bien que tenían que hacer ahora que las sirenas no estaban para indicarles. Kary se rascó la cabeza e hizo un ademán de decir algo, pero se calló. El halfling estaba mirando como desaparecían las sirenas y Lucas estaba guardando su cuchillo en una funda que tenía escondida en la bota.

— ¿Cuál es el pueblo más cercano? — preguntó Yolce para romper el hielo — Me dijeron las sirenas que me llevaseis a algún pueblo para esconderme. Yo nunca he salido de Serbol, no sé cómo se llega a ningún lado...

— Déjame que piense... — dijo el padre mientras se frotaba la barbilla y miraba al cielo como esperando a que algún dios bajase y le dijese el pueblo más cercano.

— ¡Wesju! — gritó el joven Lucas y los otros dos se asustaron del grito sin entender el porqué de aquella contestación tan espontánea.

— Es verdad, es un pueblo pequeño al norte de aquí. Habría que cruzar el río, pero seguramente encontraremos algún puente por el que cruzar — dijo Kary.

— ¿Y allí que hay? ¿Goblins? ¿Elfos? No, no, no, ¿hay trolls? Me encantaría ver algún troll — Yolce empezó a desvariar en sus fantasías. Los dos humanos notaron que Yolce no sabía nada del mundo fuera de su pueblo y se empezaron a reír al imaginar ver a Yolce intentando hablar con un enorme troll. Yolce seguía diciendo que cosas podría encontrarse en aquel pueblo y a cada idea que decía era más descabellada que la anterior. Los dos humanos empezaron a recoger sus pertenencias, querían ponerse en marcha lo antes posible pues no les gustaba la idea de estar mucho más tiempo cerca de un pueblo que ha sido arrasado tan salvajemente.

Los tres partieron hacia el norte, el pequeño Yolce no sabía ni lo que era norte, jamás le hizo falta saberlo, pero ahora le tocaría aprender todas aquellas cosas que las aventureras saben, como cazar, disparar un arco y luchar de verdad, no como en las batallas que recreaban con palos en su pueblo. El primero que iba en el grupo era Kary, pues su presencia asustaría a quienes quisiesen asaltarles, aunque esa zona no solía haber asaltadoras de caminos, pero preferían que fuese él delante por si acaso ya que tenía mejor manejo con la espada. Atrás de él iban Lucas y Yolce, hablando de cómo era la vida en Serbol que era muy distinta a la vida que había vivido Lucas en su tierra natal Custom. El joven Lucas le contaba que vivió poco tiempo allí, recuerda que a los seis años su padre y él habían abandonado la ciudad por culpa de aquel sádico gobernador. De donde nació solamente recordaba jugar a tirarse piedras con los amigos y a un juego de correr,

también la escuela en la que eran muy estrictos y de poco más ya que no pasó mucho tiempo allí y lo que pasó era muy pequeño, pues ahora tenía quince años y hace mucho de ello.

— La vida allí debía de ser muy aburrida, ¿no? — dedujo Yolce.

— Pues sí, no había nada que hacer, solamente trabajar, ir a la iglesia para alabar a Galileo y poco más. La gente de Custom sueña con escapar de allí, pero muy pocas lo consiguen, el gobernador tiene a la gente como esclavas y no deja que nadie salga y si alguien sale las guerreras tienen órdenes de salir a matar. Es una pesadilla aquel sitio, así que nunca vayas allí por mucho que te intenten convencer — respondió Kary mientras se rascaba la cabeza. La conversación siguió hablando de la vida en aquella apestosa ciudad y cada cosa que escuchaba de allí le parecía más horrible al pequeño Yolce. No podía creer que la vida fuera fuese así; asesinatos, esclavitud, leyes absurdas, monotonía...

— ¿Y por qué no lucháis contra Galileo? Seguramente seáis muchas las que queréis acabar con su reinado del terror — dijo Yolce cabreado por todo lo que le contaban de aquella ciudad.

— Esas cosas solamente pasan en los cuentos que cantan las bardas por los pueblos, pero luego nunca pasa — dijo el padre un poco triste por la contestación que tuvo que darle, no quería desilusionarle, pero era la realidad.

Las horas pasaban mientras caminaban por aquel bosque tan lleno de color, con tantos árboles llenos de hojas, todas las flores coloridas, aunque algunas eran venenosas, y con un aroma a plantas curativas durante

todo el camino. Yolce no paraba de pararse en todas las plantas que veía, jamás había visto tanto color en las plantas, estaba acostumbrado a ver plantas verdes y alguna que otra roja, pero allí había de todos los colores y de todos los aromas. Yolce no podía parar de sonreír y fascinarse con tanta plantación, sus ojos irradiaban felicidad al igual que su gran sonrisa que no se le quitaba de la boca. Con cada planta que veía le preguntaba a Lucas y a Kary y ellos les respondían para que servían y el nombre de la planta. Yolce se empezó a dar cuenta que aquellos dos sabían mucho sobre la naturaleza, no se le escapaba ninguna planta y eso que Yolce intentaba jugársela a veces repitiendo las plantas, pero ninguno de los dos fallaba, era como si se hubiesen leído todos los libros sobre plantas que existían. Después de estar durante horas andando decidieron hacer un descanso para comer algo, los humanos sacaron unas piezas de frutas que Yolce jamás había visto y preguntó:

— ¿Eso qué es?

— Se llama plátano, es muy raro encontrarlos por aquí pues suelen estar cerca del mar — respondió Lucas mientras quitaba la cáscara y le ofrecía el plátano al halfling. Este lo miró con extrañeza y después acercó su diminuta nariz y olió aquella fruta. El olor no le era familiar y su tacto tampoco era conocido, incluso le daba un poco de repelús acariciar aquella fruta. Después de aquella investigación sobre la fruta le dio un mordisco pequeño y después de ese vinieron más mordiscos, parecía que le había encantado aquella fruta para él exótica, pero para las demás era una fruta bastante típica. Cuando acabaron de comerse la fruta se pusieron de nuevo en marcha hacia Wesju.

Siguieron caminando por aquel aflorado bosque durante horas sin ver nada más que árboles y plantas, no se habían encontrado con ningún animal y sus tripas empezaban a sonar como si de un oso furioso se tratase. Cada vez iban andando más despacio, las cortas piernas del halfling no estaban para nada acostumbradas a andar durante horas y tampoco podía dar las zancadas que daban los dos humanos por eso iban retrasándose para estar los tres juntos y no dejar atrás al pequeño Yolce.

— Vosotros dos quedaros aquí, yo iré a ver si consigo algo de comida cerca del río — dijo Kary a los dos jóvenes que se tumbaron en el suelo según terminó de decir la frase. Kary empezó a distanciarse de los jóvenes y ellos empezaron a hablar. Yolce tenía muchas preguntas acerca del reino, ¿cómo de grande era? ¿Cuántas criaturas existían? ¿Cuántas ciudad, mares, ríos, montañas y templos hay? Pero Yolce no preguntaba todo de golpe pues no quería atosigar a Lucas con tantas preguntas que seguramente tampoco sabría al ser tan joven.

— ¿Cuántos años llevas siendo aventurero? — preguntó Yolce con mucha intriga pues tampoco conocía mucho a aquella pareja.

— Siendo aventurero unos cinco años, pero viviendo fuera de Custom llevaré unos nueve años. ¿Tú cuantos años tienes? — preguntó Lucas aún más intrigado que el halfling por saber su edad.

— Creo que las humanas y las halflings tenemos diferentes años, es decir, no es lo mismo un año humano que un año halfling. Cada año halfling son doce meses en la vida, así que tengo doce años de halfling que no sé

cuántos años serían en los humanos — Lucas empezó a reírse y de tanto reírse se cayó al suelo de espaldas.

— Me da que es lo mismo, las humanas y las halflings somos iguales con los años. Por lo general creo que todas las razas son iguales, lo que es diferente es cuantos años vivimos, pero los años son iguales para todas, o al menos de las razas que yo he conocido — dijo Lucas mientras se reincorporaba y se pasaba la mano cerca del ojo para secarse las lágrimas que se le habían saltado de tanto reírse.

Yolce se quedó pensando un tiempo sobre cuantos años vivían las halflings y no pudo encontrar una respuesta, nunca había visto morir a nadie de vejez. Mientras le daba vueltas a eso apareció Kary con dos conejos en cada mano, que llevaba agarrados por las orejas. Tenía un poco de sangre en la camisa que llevaba, aunque con tanta suciedad que tenía su ropa no se apreciaba mucho lo que era sangre y lo que era barro. Dejó los conejos encima de una piedra que haría de mesa y empezó a recoger ramas del suelo para hacer una hoguera. Cuando ya cogió las suficientes ramas las dejó en el suelo y con un dedo señaló al halfling.

— Ven aquí, pequeño. Te voy a enseñar a hacer un fuego — dijo Kary mientras se sentaba al lado de las ramas. Yolce se sentó a su lado ansioso de aprender algo que le serviría para vivir fuera de su pueblo — Primeor haces un pequeño agujero quitando todo lo que haya en medio. Luego pones unas piedras alrededor del círculo para que no se incendie todo. Pones primero las hojas secas y con estas dos piedras — el padre sacó dos piedras diferentes a las que había visto, eran negras y tenían un relieve muy diferente a las normales — Y las chocas entre ellas hasta que salgan chispas y esa chispa provocará un pequeño fuego en las hojas secas. Soplas un poco para que se haga un poco más

de fuego y cuando ya esté el fuego vas poniendo las ramas para que el fuego sea más fuerte y tarde más en apagarse.

El padre le dio las dos piedras a Yolce y este se acercó más hacia donde estaban las hojas secas. El otro joven también se acercó pues estaba intrigado en como lo haría, pues a él le costó bastante la primera vez. El halfling chocó las dos piedras, pero no salió nada, ni siquiera una pequeña chispa. Lo repitió y nada. Así unas cuantas veces hasta que Kary le dijo que tenía que chocarlas con más fuerza. El halfling miró seriamente a las dos piedras y las volvió a chocar, esta vez salió una pequeña chispa, pero no consiguió que se quemase ninguna hoja, pero aun así el halfling se puso muy contento con haberlo conseguido. Estuvo un rato así mientras Kary y Lucas abrían en canal a los conejos y le quitaban los huesos y guardaban las pieles. Cuando terminaron de abrir a los conejos el halfling consiguió hacer que se encendiese la hoguera y empezó a dar saltos de alegría y a gritar. Los dos humanos se unieron a su alegría y le levantaron en el aire unas cuantas veces.

— Ahora que sabes hacer hogueras mañana te enseñaremos como luchar contra una dragona y poder ganarla— vaciló Kary al halfling. Este se empezó a reír y los tres estuvieron riéndose un rato por la broma y fantaseando en cómo sería luchar contra una dragona. Era verdad lo que les habían dicho las sirenas, tener un halfling cerca es como tener un tesoro, era todo alegría.



A cada paso que daban por el bosque se iba haciendo menos frondoso, ya no había tantos árboles llenos de colores, y las plantas ya no eran tan coloridas, por no decir que casi no se veían plantas ni flores. La mayoría de los árboles estaban viejos y había bastantes que estaban caídos, los troncos estaban podridos por dentro y el suelo era menos fértil, ya casi no había hierba, la mayoría era tierra seca con insectos y piedras. Los tres aventureros se dieron cuenta de ello, pero no les importó pues el padre sabía que había que ir por allí ya que alrededor de Serbol era todo más alegre, lleno de colores y árboles grandes, con miles de recovecos para que así fuese más difícil de encontrar el pueblo de las pequeñas halflings. La temperatura subía de manera extraordinaria y casi era imposible andar más de una hora sin tener que parar para beber agua o tomar un pequeño respiro.

La noche iba cayendo y los tres personajes ya estaban tirados en el suelo con la boca abierta del cansancio. Solamente llevaban un día andando, pero se les había hecho eterno, el cambio de temperatura les estaba matando y el cambio de andar por un suelo mullido con hierba a andar por tierra seca también les había hecho que sus pies estuviesen doloridos y con algunas durezas en la planta de sus pies, excepto en los pies de Yolce. Tras un rato se pusieron en marcha para hacer el campamento. Yolce se puso a recoger ramas y hojas para hacer fuego, Lucas estuvo alrededor del campamento para ver si veía algo para

comer y Kary se acercó al río para rellenar las cantimploras. Cuando el padre llegó con el agua el hijo tenía unas cuantas plantas verdes que decía que su tallo tenía buen sabor y eran comestibles. Echaron en la olla el agua con aquellas plantas e hicieron un rico caldo con el poco conejo que les había sobrado de la comida. Mientras estaban alrededor del fuego comiendo Yolce empezó a preguntarles:

— ¿Cuánto queda para llegar a Welju?

— Wesju — le corrigió Lucas con una sonrisa.

— Quedarán unos dos días en llegar, ya que estaremos descansando por culpa de este clima — dijo Kary y dio un sorbo al caldo — Pasado deberíamos estar cruzando el río para llegar al otro lado.

Yolce asintió con la cabeza y se calló, pero él quería seguir preguntando, no podía quedarse tranquilo sin saber todo sobre estas tierras, tenía tantas dudas y Lucas y Kary lo sabían, sabía que cuando se quedaba mirando al infinito y se mordía el labio inferior era porque quería preguntarles algo.

— Oye papá, ¿nos podrías contar alguna historia de Wesju? Yolce nunca ha estado y estaría bien que supiese que vamos a encontrar allí — preguntó Lucas. Yolce se ilusionó y abrió muchos los ojos, expectante por escuchar cómo sería el pueblo.

— Esta bien, contaré un poco la historia que tiene el pueblo — dijo Kary mientras dejaba su caldo en el suelo — Wesju era una colonia del ejército de Galileo, que antes se llamaba Purzio, pero este lo abandonó al ver que estaba muy lejos y no podía tener tanto poder sobre él, y claro, no iba a dejar que otro gobernase por él. Entonces un día

mando a su ejército a asaltarlo entero y decirles que ya no tendrían ni su ayuda ni su protección, que ahora serían un pueblo independiente de las tierras de Galileo. Al llegar los soldados estos empezaron a robar y a destrozarse todo, incluso incendiaron algunas casas y oficios. El pueblo no lo podía permitir y se preparó para defender su pueblo, pero fue en vano ya que Wesju no tenía soldados, así que salieron las campesinas con sus hoces, sus hachas y sus escobas para defenderlo. La batalla duro poco y hubo muchas bajas para el pueblo, que acabó saqueado y humillado. Después de eso el pueblo estuvo solo y muchas de las personas que vivían allí tuvieron que irse a vivir más cerca de las ciudades para tener algo de dinero y comida, y otras personas decidieron huir de aquellas tierras, viajando hacia el sur en busca de una nueva vida lejos de Galileo. Al tiempo el pueblo se convirtió en un sitio de paso, donde comerciantes, aventureras y algunas asaltantes de caminos paraban por allí para dirigirse a otros lugares. Casi todo el pueblo son posadas o bares, ya no existe mucho comercio por allí, no hay ninguna ruta de comercio que pase por allí. Todo esto paso hará unos veinte años.

— ¿Pero cuantos años tiene Galileo? Seguro que es un viejo al que se le puede matar sin dificultad, o a lo mejor se muere de algún infarto — dijo el joven Yolce bastante cabreado por aquella historia. No podía creer que el mundo exterior a las halflings fuese así. En Serbol la mayor pelea que hubo fue entre dos niños para ver quién iba al río a recoger agua o aquella vez que se pelearon dos halflings para ver quien se llevaba el plato con más comida, pero siempre acababan perdonándose y riendo juntas.

— El que hizo eso fue el anterior Galileo. Galileo es el nombre que se le pone al hijo legítimo para el trono y su

apellido siempre es Kiutr, Galileo Kiurt — el joven Lucas temblaba cada vez que escuchaba aquel nombre, Galileo, se le repetía mil y una veces en su cabeza y su piel se ponía de gallina. El padre se dio cuenta y cambio de tema — Se va haciendo tarde, así que deberíamos dormir un poco que mañana será un día duro. Seguro que el calor pegará aún más fuerte cuanto más nos acerquemos.

Los aventureros se tumbaron en el suelo buscando la parte más mullida, aunque casi todo era duro. Pusieron algunas de sus ropas como almohadas y Kary apagó el fuego tirando arena encima de la hoguera. Al poco tiempo Kary estaba roncando, pero Yolce no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía aquella espantosa imagen de toda su aldea destrozada. Cerraba los ojos y veía una mano colgada de una rama o una cabeza rodando por el suelo verde, no podía dormir, entonces se puso a llorar en silencio toda la noche hasta quedarse dormido por el cansancio de los sollozos.

Se hizo de día y algunos pájaros estaban cantando encima de sus cabezas, era una melodía bastante simple y repetitiva, como si no supiesen piar de otra manera, era la misma melodía una y otra vez. Se levantaron de mala gana y con dolor de espalda por culpa de aquel suelo tan duro y seco. Empezaron a recoger sus cosas en sus mochilas, pero esta vez una de las mochilas la llevaba el pequeño Yolce, quería ayudar a los aventureros. La forma en la que andaba Yolce con la mochila era divertida, se balanceaba a cada paso, como si hubiese bebido litros y litros de vino. Los otros dos aventureros se reían cada vez que miraban al halfling y este les devolvía una sonrisa pues también le resultaba graciosa aquella situación, pero tampoco estuvo

mucho tiempo llevando la mochila pues le pesaba mucho y los hombros se le resentían, tuvo que devolver la mochila a Lucas.

— Cada día la llevaré un rato, quiero hacerme fuerte y ser un gran guerrero — dijo Yolce mientras devolvía la mochila a Lucas.

— Serías el primer halfling que ha viajado por los reinos — dijo Lucas y Yolce esbozó su mayor sonrisa, asintió con ímpetu y siguió el camino que marcaba Kary, que era quien se manejaba mejor por aquel lugar.

— Lo malo es que no se pelear, ni usar la magia ni tampoco se usar el arco, en Serbol nunca usábamos armas. Nuestras armas eran palos que cogíamos de los árboles — dijo Yolce inocentemente esperando a que alguno de los dos le dijese que le enseñaría a usar la espada y así fue, Kary sacó un pequeño puñal que tenía escondido en la bota y se lo entregó al halfling.

— Quédate esta arma y cuando paremos a descansar te enseñaré a usarla — dijo Kary y se puso en marcha de nuevo hacia el pueblo.

Las horas pasaban y el calor se hacía cada vez más insoportable, tuvieron que descansar tres veces antes de parar para a comer. Los tres llevaban sus ropas sudadas y al parar se quitaron las botas porque les daban mucho calor. El halfling se quitó toda su ropa y se fue hacia el río, los otros dos le miraron extrañado sin entender muy bien que es lo que iba a hacer, pero se dieron cuenta rápido al ver como Yolce saltaba al río. Los humanos se miraron entre ellos y como dos niños pequeños se quitaron toda la ropa, la dejaron en el suelo y saltaron al agua encima de Yolce. Los tres se dieron un pequeño chapuzón en aquella

agua tan cristalina a la vez que fría. La corriente de ese río no solía ser fuerte por lo que no había problemas para bañarse y tampoco había animales peligrosos en aquellas aguas, es como si el río fuese hecho para que ellos se bañasen. Tras salir, Yolce se fijó en el cuerpo de los dos humanos, tenían abdominales y algunas cicatrices por todo el cuerpo, desde el pecho hasta las piernas, en cambio el pequeño Yolce tenía tripa y ninguna cicatriz que tuviese una verdadera historia emocionante. Todo esto le hizo pensar, tenía que ponerse fuerte si quería ser un verdadero aventurero, tendría que aprender a sufrir y a atacar, a esquivar y a recibir golpes. Tendría que empezar a vivir como lo haría un verdadero guerrero, ya no tenía la vida tranquila en su pueblo, ahora tenía otra misión en su cabeza.

Mientras se secaban en la orilla mirando el sol, el padre se levantó y cogió su espada y con un grito llamó al halfling para que cogiese su puñal, era la hora de ponerse a entrenar. El puñal no le pesaba en su delicada mano, el puñal era de acero y con una empuñadura de bronce con unas piedras diminutas pero atractivas. En cambio, no podía sostener la espada más de unos pocos segundos, así que no aprendió con la espada, prefirió usar la daga que le había regalado su compañero. El padre tenía un gran manejo con la espada y también con el puñal, se notaba los años de experiencia. El hijo también sabía manejar la espada, pero no al mismo nivel que el padre. Entre los dos enseñaron un poco al halfling y después de ello se pusieron a comer. Como no encontraron ningún animal al que cazar fueron en busca de plantas para hacer un estofado para recuperar energía, aunque eso no llenaría sus estómagos hambrientos. Yolce fue con Kary a buscar la comida mientras Lucas preparaba la hoguera y recogía el agua del

río. Mientras andaban Kary vio un insecto en un árbol y lo puso entre sus manos. Con delicadeza le aplastó la cabeza, luego lo hizo con otro y así unas cuantas veces, cada vez que mataba uno lo guardaba en una bolsa roñosa y antigua.

— Estos insectos le darán un gran sabor al estofado, ya verás, aunque tampoco nos llenará el estómago — dijo Kary con una sonrisa mientras guardaba la bolsa con insectos muertos. Siguieron caminando y encontraron unas plantas verdes con unas semillas amarillas que podían cocinarse. — Estas semillas se pueden comer, pero ten cuidado porque suele haber cerca un avispero y te podrían picar.

Yolce se acercó con cuidado y cogió una semilla, era escurridiza y parecía grasienta, pero olía como la miel, así que según cogía el primero empezó a coger el segundo y después el tercero, todo con mucho cuidado de no tocar ningún avispero. Ninguna avispa le picó y pudieron irse a hacer aquel delicioso estofado que le había prometido Kary.

Llegaron junto a Lucas que ya había puesto el agua en la olla y estaba a punto de ponerse a hervir. Metieron los insectos y mientras se calentaba un poco más cortaron en trozos pequeños las semillas que habían conseguido.

— ¿Eso es lombio? Es muy difícil de encontrar y está delicioso, podríamos coger más para venderlas en el pueblo o cambiarlas por comida — se quedó asombrado Lucas mientras las observaba de cerca.

— Tranquilo, tenemos de sobra, cuando nos vayamos cogeremos más, que hemos visto algunos árboles con bastante lombio — respondió Kary sin prestarle mucha atención, estaba más concentrado en cortar el lombio, pues

tienes que tener cuidado al cortarlas, no debes de dejar nada del tallo, solamente la semilla si no quieres tener que hacer de vientre cada veinte minutos. Cuando acabó de cortar todo, lo metió en la olla y lo removieron, luego Lucas le echó unas especias que tenía guardadas en la mochila, ahora les tocaba esperar a que se hiciese. Era la hora de que Yolce les preguntase todas sus dudas y los dos humanos esperaban este momento con ganas, pues hacían de profesores sin ser ellos nada de eso, solamente eran dos viajeros.

— Antes, cuando nos estábamos bañando, me he fijado en vuestras cicatrices, ¿son de luchar? — balbuceó el halfling.

— Sí. Mira, por ejemplo, esta — Kary se levantó la camisa que llevaba y señaló una cicatriz grande que tenía cerca de las costillas, en la parte del torso derecho — Me la hizo un goblin que intentó asaltarme en un camino. Al final tuve que salir corriendo de aquel asalto, eran muchas.

— Esta me la hizo un lobo — señaló Lucas la cicatriz que tenía en el muslo derecho — Fui a cazarles y me metí en la boca del lobo y nunca mejor dicho — Lucas y Kary empezaron a reírse, se reían tanto que el bosque hacía eco de sus carcajadas — Pero mi padre le mató y me curó el mordisco con algunas plantas.

— Yo no tengo ninguna, nunca me ha pasado nada emocionante — dijo el halfling cabizbajo, él también quería contar su historia, quería tener historias emocionantes que poder contar y así la gente le prestase atención.

— Tranquilo, seguramente tendrás alguna. En este tramo hasta el pueblo no suele haber bestias, ni asaltadoras, solamente algunos animales salvajes, pero

después de Wesju la cosa se empieza a complicar. A las afueras de aquel pueblo siempre hay asaltadoras y asesinas — dijo Kary y se quedó callado, absorto en sus pensamientos. Cuando despejó su mente siguió hablando dirigiéndose a Yolce — Cuando llegemos al pueblo tendrás que hacerte pasar por un niño, nadie puede descubrir que eres un halfling o querrán darte caza y ponerte a la venta. Eres muy valioso, como un unicornio o un huevo de dragón.

Ninguno había caído en ello, por allí no había nadie por lo que no tenía que preocuparse por que se notase que era un halfling, pero después no estaría tan desierto, así que tenían que guardar aquellos pies de halfling y guardar sus orejas para que nadie le reconociese, pero no podían pensar con el estómago vacío, así que repusieron fuerzas comiendo aquel estofado que ya empezaba a oler de maravilla. Quitaron la olla del fuego y con sus cucharas de madera empezaron a comer de la propia olla. Los tres se relamían los labios con cada cucharada, el halfling nunca había probado un estofado tan bueno en su joven vida, ni siquiera el de pollo que hacían en Serbol estaba tan rico. La olla se vació enseguida y los tres se tumbaron en el suelo, cansados del viaje y con un poco de hambre, ya que no comían otra cosa que sopa con especias e insectos. Se quedaron un rato allí tirados mientras el Sol les daba en la cara.

Yolce estaba corriendo por unas cuevas bastantes estrechas, pero él no tenía problemas al ser tan pequeño. No sabía de qué corría, solamente sabía que si paraba acabaría como toda su familia, muerto y desmembrado. Salto sobre una roca y allí se escondió. Su respiración era profunda, pero se contuvo para que no le oyese aquello que

le seguía. Estuvo unos minutos escondido detrás de la piedra hasta que asomó la cabeza por encima. No había nada, nada lo seguía. Al sentarse de nuevo, una cara deformada y azul apareció frente a él y se levantó sobresaltado de la siesta. Estaba sudando y su respiración era entrecortada. Miró la olla y vio que estaba llena de bichos que se estaban comiendo lo que quedaba, así que se levantó, cogió la olla y se dirigió al río para limpiarla. Cuando llegó a la orilla vio que había algo bebiendo del río, no era más alto que un lobo, pero sí era más grande y fornido. No tenía mucho pelo, tenía una piel muy áspera. El joven se quedó mirando detrás de un árbol para observar bien lo que era, cuando se giró vio sus dos colmillos y aquella nariz achatada, era un jabalí, pero parecía muy joven, como si se hubiese perdido. El joven se acercó con cuidado para ver si le atacaría y el jabalí al verle se quedó paralizado del miedo. Yolce dio un par de pasos más hacia el río y el jabalí hizo una embestida contra el halfling, que logró esquivar el golpe de milagro, pero el jabalí no iba a parar y embistió de nuevo contra Yolce. Esta vez puso la olla delante e hizo que el animal furioso se diese un golpe en la cabeza contra la olla. El jabalí empezó a andar hacia atrás torpemente y el halfling saltó encima del jabalí clavándole el puñal, pero la piel del jabalí era muy fuerte y Yolce muy débil. Casi no le hizo un rasguño. Yolce estaba subido encima, agarrado a su lomo y el jabalí daba saltos y corría en círculos para quitárselo de encima, con cada puñalada el jabalí emitía un gruñido de dolor y daba saltos con más furia. El halfling le apuñaló en un ojo y este se cayó hacia un lado haciendo que el halfling también cayese al suelo dando una voltereta. De pronto aparecieron los dos humanos al oír tanto ruido y el jabalí se fue corriendo torpemente dejando un rastro de sangre tras de sí.

— ¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho daño? — decía Kary mientras se arrodillaba cerca de Yolce y miraba si tenía alguna herida importante. El halfling negó con la cabeza y Kary y Lucas vieron que no tenía nada — Menos mal que estás bien, vamos a recoger y a seguir el rastro del jabalí, hoy vamos a cenar carne.

Los tres se pusieron a recoger sus pertenencias y empezaron a seguir el rastro de sangre que iba dejando cerca del río. Había mucha sangre, no debería de haber llegado muy lejos aquel jabalí furioso. El rastro terminaba en unos arbustos y un ruido desagradable empezaba a oírse, era la respiración y los gruñidos del jabalí escondido. Kary se acercó al arbusto con la espada desenvainada y procurando no hacer ningún ruido. Cuando estuvo cerca ensartó su espada en el arbusto y un grito afónico resonó por todo el bosque, y al instante se apagó, ya no quedaba vida en aquel animal. El padre se acercó más y tiró del cadáver hacia fuera para que lo viesen, tenía la cara llena de sangre y una herida bastante profunda en el estómago provocada por la estocada de Kary. No podía moverlo él solo así que Yolce y Lucas le ayudaron a tirar, podría pesar unos cincuenta kilos fácilmente. Lo dejaron a la vista y Kary empezó a cortar trozos del cadáver para llevarlo en el viaje, la sangre no paraba de brotar con cada corte que hacía Kary. Yolce no podía mirar, cuando veía mucha sangre le venía la imagen de su pueblo descuartizado, así que se dio media vuelta y se acercó al río para lavarse la cara y las manos que las tenía llenas de barro y sangre por culpa de la pelea con el jabalí.

Cuando acabaron de coger las partes del jabalí que valían para cocinar lo dejaron allí para que se lo comiesen los demás animales carroñeros del bosque, serviría para

que los lobos, si es que había en aquel desolado bosque, no les siguiesen. Después de aquello se volvieron a poner en marcha hacia el puente.

— Con esto del jabalí nos hemos retrasado un poco, así que mañana por la tarde encontraremos el puente que nos dejará cerca de Wesju, pero gracias a Yolce hoy vamos a comer como si fuésemos de la gran realeza — dijo Kary mientras le daba un par de palmaditas en la espalda al halfling en señal de agradecimiento. Yolce le sonrió y sacó su puñal para hacer gestos como si estuviese apuñalando a otro jabalí.

Pasaron la noche cerca del puente, esa noche tuvieron un manjar como cena y lo pasaron muy bien entre risas y un gran jabalí al que comerse. Esa noche durmieron del tirón sin desvelarse y sin pesadillas pues la aventura con el jabalí les había cansado bastante, aparte de estar llenos con la carne después de algunos días sin comer algo sólido.

Se despertaron a la vez y empezaron a andar sin desayunar, aun le sabía la boca a carne y la tripa del halfling estaba aún hinchada de lo lleno que se sentía. A lo lejos se podía ver el puente de madera, no parecía muy viejo y seguramente fuese rígido y cruzarlo no les resultaría ningún problema. Al llegar allí vieron que les faltaba alguna madera, pero se podía cruzar sin problemas. A cada paso que daban las maderas crujían como si fuese madera de hace años y algunas raíces se estaban comiendo la madera por los lados. Cruzaron el puente sin ningún problema y Kary se paró cerca de un árbol bastante grande y con rocas donde sentarse.

— Vale, el pueblo está aquí y a ti Yolce — dijo Kary e hizo una pausa — No pueden verte así. Nadie nunca ha visto a

un halfling y puede que ya se haya extendido el rumor sobre el ataque a tu pueblo. Vamos a taparte bien y diremos que eres mi hijo pequeño.

El halfling se miró de arriba abajo y después miró a Lucas para compararse con él. Se dio cuenta por primera vez en lo mucho que se diferenciaba aparte de la altura. Las orejas de Yolce eran un poco puntiagudas y su nariz era más rechoncha que la de los humanos.

— Yo iré al pueblo a por ropa con la que poder taparte — dijo Lucas mientras cogía su mochila y partía hacia Wesju. Los otros dos se quedaron allí esperando, escondido detrás de unos árboles que estaban alejados del camino que llevaba al pueblo. Según cruzabas el puente había un camino que te dirigía al pueblo y otro camino al otro extremo del puente que te llevaba hacia el norte.

— Kary, ¿este camino lleva a Wesju? — preguntó Yolce.

— Sí, es la ruta del comerciante, las comerciantes viajan de pueblo en pueblo, pero Wesju es el último, aquí termina la ruta, ya casi nadie la usa para llegar aquí.

— ¿Y ahora hacia dónde iremos?

— Cuando te traiga la ropa lo hablaremos tranquilamente en alguna posada, tenemos que ver que hacemos contigo, pequeño — le guiñó un ojo y le acarició el pelo.

— Yo quiero ser aventurero, quiero explorar el mundo, ser el primer halfling que haya luchado contra bestias y magos malvados

Kary se limitó a sonreírle y a seguir acariciando su pelo suave que nunca se ponía mugriento incluso después de aquella pelea con el jabalí su pelo seguía siendo reluciente

y suave, sin tierra ni tampoco polvo de revolverse por el suelo.

IV

Lucas volvió al sitio donde estaban escondidos sus dos compañeros de viaje. Llevaba una especie de manta blanca y pequeña en una mano y en la otra algunas frutas. Se escondieron tras unos matorrales y empezaron a vestir al halfling, que no paraba de quejarse por el calor que le iba a proporcionar aquella manta. Con la manta puesta por encima ya casi ni se le veía, le tapaba hasta los tobillos, pero con las botas no le verían sus pies de halfling. Le pusieron la manta en modo de capucha para taparle aquella cara tan pequeña y redonda que tiene. Después de vestir a Yolce comieron un poco de fruta para reponer fuerzas.

— ¿Hay alguna posada cerca para pasar la noche? — preguntó el padre mientras mordía aquella sabrosa y dulce fruta de color naranja que no sabía muy bien qué era.

— Ya sabes que sí, aquí siempre hay posadas. Además, no tendremos muchos problemas porque no hay mucha gente, parece que hemos llegado en temporada baja de comercio y viajes.

Se comieron la fruta y se prepararon para salir del escondite, pero algo se movía cerca de ellos, una silueta no muy alta, un poco más alta que Yolce, se movía cerca de los arbustos, los tres sacaron poco a poco sus armas y se quedaron en silencio esperando a ver qué tipo de animal era, pero no hizo ningún ruido que un animal pudiese hacer, se puso a hablar con ellos:

— ¿Quién anda ahí? Salid de ahí u os sacaré a la fuerza con mi hacha — rugió la voz ronca mientras pasaba sus dedos por el hacha. Los tres se calmaron y salieron con las armas guardadas y las manos a la vista, menos Yolce que no podía mover mucho las manos tratando de evitar que se le cayese la manta. Vieron que se trataba de un enano, medía un poco más que el halfling, pero tampoco mucho. Su barba rubia le llegaba hasta el pecho y sus ojos negros miraban con desconfianza, tenía cicatrices por todo el cuerpo, desde la cara hasta en los brazos y piernas.

— Tranquilo, somos una familia que estaba comiendo — dijo Kary con la voz más dulce y calmada que le salió, pero el enano seguía desconfiando y movía su hacha de una mano a otra sin parar de mirarlos con los ojos entrecerrados.

— ¿Y qué hacíais escondidos tras los matorrales? ¿Sois asaltadores de caminos? ¿O secuestradores? — el enano se puso muy agresivo y paró de mover el hacha de un lado a otro y dejó su hacha quieta en una mano para atacar dependiendo de la respuesta. No parecía preocupado de matar a inocentes o a unos asaltadores.

— Mi hijo está enfermo — dijo Kary señalando a la manta donde se escondía el halfling — Se cansa rápido y tenemos que parar bastante y no nos gusta estar a la vista de animales salvajes que nos puedan atacar mientras descansamos.

Yolce forzó una tos seca y falsa para darle credibilidad a aquella historia que se acababa de inventar Kary y parecía que estaba funcionando. El enano bajó el hacha y dejó de fruncir el ceño. Tras un rato mirándolos de arriba a abajo con desconfianza guardó su hacha en su cinto de piel.

— Perdonad, estoy trabajando de mercenario para un rico paranoico que piensa que le quieren matar todo el rato y me obliga a explorar cada cien metros, no teníais pinta de asaltar caminos, se os ve una familia tranquila. — dijo el enano — Me tengo que ir, espero que el pequeño se recupere pronto. Que tengan un buen viaje.

El enano se fue silbando hacia la ruta y allí se encontró con tres hombres que llevaban un carro con mercancías, que era llevado por un par de caballos. Uno de ellos, el que mejor iba vestido, no paraba de mirar a todos los lados y de gritarle al enano y a los otros dos hombres con los que iba. Los tres se miraron y sin decir nada continuaron con su camino, no querían tardar mucho en llegar al pueblo y poder dormir en una cama en condiciones y no en tierra dura como había pasado aquellas noches.

Llegaron al pueblo, el halfling no podía creérselo, estaba en un pueblo que no era el suyo, por fin había descubierto algo nuevo. No podía parar de mirar las cosas con asombro, todo el cansancio que tenía se le había pasado al ver aquel pueblo. No podía creer que hubiese tantos caballos, incluso estuvo mirando los puestos que había en las calles; frutas, verduras, carne, pescado, incluso había un sitio de armaduras y otro de armas. El pequeño se movía de lado a lado, sin dar un respiro a su pasión por la novedad. Le encantaría hablar a todo el mundo y preguntarles, pero sabía que no podía, no podía ser descubierto como halfling, o al menos por ahora.

Buscaron alguna posada en la que poder descansar y dejar sus pertenencias, ya estaban cansados de llevar la mochila acuestas. Entraron en una un poco antigua, las paredes eran de piedra y tenían moho. Al entrar allí

vieron un salón donde había un joven rubio y con ojos verdes esperando a las clientes con una gran sonrisa. No tardaron en conseguir la habitación, Kary le dio unas piedras a la chica y ella le dio unas llaves, el halfling no entendía que le había dado, ¿unas piedras por una habitación? No podía entender cómo vivían así las humanas. Entonces no tardó en preguntar por aquellas piedras:

— ¿Qué eran esas piedras que le has dado?

Kary y Lucas se miraron sin entender la pregunta y le preguntaron al halfling:

— ¿Qué piedras? ¿Las monedas?

— Nosotras le llamamos piedras no dinero, pero sí, ¿por qué le has dado eso por una habitación?

— El dinero no son piedras, es oro, y a veces es plata. Hace mucho tiempo que existe, no sé cómo se impuso esto como cambio, pero es así en las ciudades que llevaba Galileo, y también en las cercanas.

— No se consiguen del suelo, como una piedra normal, se consiguen en minas o en el río. Y si las quieres tienes que trabajar o ponerte a robar — añadió Lucas.

Yolce seguía sin entenderlo, pero necesitaba tumbarse así que decidió dejar aquella conversación para más adelante, cuando su cabeza funcionase mejor.

Se instalaron en la habitación, tenía tres camas con muy buena pinta, o al menos con mejor pinta que el suelo duro del bosque. No tardaron en tirarse en la cama de paja que tenían para cada uno y quedarse dormidos como

si acabasen de volver de un viaje de cinco años. Poco tardó en ponerse a roncar Kary.

Despertaron cuando estaba empezando a oscurecer fuera. Fue Kary quien se despertó el primero y despertó a los dos jóvenes para ir a cenar. Los dos jóvenes dieron vueltas sobre sus camas para perder tiempo y poder disfrutar de una cama tan mullidita un rato más. Pero Kary les quitó las sábanas y les sacudía el cuerpo para que se levantasen, no tardaron tanto como les habría gustado en levantarse de la cama. Se lavaron la cara los tres y Yolce se puso su calurosa ropa para no ser identificado, y se fueron a la taberna que se encontraba dentro de la posada, se decía que era uno de los más famosos de aquellas tierras, podías encontrar desde mercaderes que buscaban guerreras para que no les asaltasen sus carros o antiguas guerreras que se pasaban el día bebiendo y contando sus batallas de cómo habían matado a una araña gigante con una sola flecha. En ese bar se encontraba trabajo fácil, por eso fueron allí, necesitaban algunas monedas ya que les quedaban pocas a causa de ser una más en el grupo. Se sentaron en un rincón del bar, en una mesa un poco sucia con migas de pan y unas jarras que se habían dejado las anteriores que estuvieron allí. El camarero recogió la mesa y les tomó nota de lo que iban a pedir: dos jarras, un zumo de uva, unas patatas guisadas y un pollo asado con salsa de kereji.

Mientras esperaban la comida Yolce no podía parar de mirar a todos lados, mirará donde mirará solamente veía a guerreras y a gente con túnica que supuso que serían monjes de alguna religión o magas que por alguna casualidad habían acabado en aquella taberna.

Las tres chicas que tenían al lado hablaban de un tal bosque donde había unos gorilas encolerizados que mataban a todas las humanas que pasaban por allí. Al fondo se oía mucho estruendo, pero era una sola persona que gritaba mucho y cada poco golpeaba su jarra contra la mesa y las demás se reían a carcajadas con sus golpes y gritos, pero Yolce no podía ver con claridad de quien se trataba. El camarero estaba desbordado, todo el mundo le pedía jarras y algunos aperitivos, y las más borrachas a veces le subían el tono por tardar tanto, algo que parecía no hacerle mucha gracia al camarero. Yolce no entendía aquel sitio, él nunca había estado en una taberna, había estado en casas de amigas comiendo o bien comiendo todas juntas en el centro de la plaza, pero nunca había estado en un sitio donde la gente se gritaba, donde la gente bebía y pedía cosas, o se insultaban entre ellas, pero no se llegaban a pegar, sino que eran amigas y se acababan abrazando con las mejillas rojizas y una enorme sonrisa en la boca.

Las bebidas llegaron, y al poco tiempo llegó la comida. Las jarras se vaciaron rápido y pidieron otra ronda a aquel camarero estresado y flaco. Mientras comían aquel delicioso pollo les trajeron las dos jarras. Se comieron todo lo que había en la mesa en muy poco tiempo y empezaron a beber con más calma y a hablar sobre qué harían ahora que se habían alejado de Serbol.

— Tenemos que buscar algún trabajo para ganar algo de dinero, estamos con pocas monedas y todavía tenemos que comprar provisiones para el viaje — dijo Kary mientras saboreaba la cerveza que se le había quedado en los labios como si tuviese un gran bigote blanco. Kary se puso tenso y se dirigió al halfling muy seriamente y con la

voz más dulce que pudo le dijo — ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Tienes algún destino o algún lugar donde te puedan acoger?

— Quiero ir hacia el Monte Perdido, quiero ir a hablar con las sirenas para saber si han descubierto algo sobre el ataque a mi pueblo — dijo Yolce con convicción.

— ¿Al Monte Perdido? Ese monte es casi un mito, se dice que allí se encuentran las criaturas más peligrosas y los terrenos más tenebrosos que puedas ver nunca. Es casi un suicidio, nadie ha vuelto de ese lugar con vida.

— ¿Quién te ha hablado de ese monte? — preguntó Lucas extrañado de que aquel inocente halfling supiese algo sobre aquel monte misterioso.

— Hiru.

Los dos humanos se quedaron callados, con las jarras en alto sin saber bien si beber un trago o dejarlas de nuevo en la mesa. Se miraron con la boca abierta, pero sin decir ni una palabra. Se decantaron por beber un trago y decir entre susurros:

— ¿Conoces a Hiru? ¿Al mago Hiru Grilont? ¿Al mago que lucha contra las fuerzas del inframundo en Aslogh?

— Sí, a veces venía a Serbol para vernos y nos contaba historias. Él me contó que el Río Marlak proviene de el Monte Perdido y de allí vienen las sirenas que ayudan a quienes se pierden en los mares y necesitan ayuda en su camino. Si allí están las sirenas, podré hablar con ellas y me podrán decir dónde encontrar a Hiru, pues es mi único amigo fuera de mi pueblo natal — dijo Yolce con mucha tranquilidad, como si estuviese hablando de un personaje que no es nada conocido en el reino.

Los humanos seguían callados, no podían creerse lo que le acababan de contar, ya no solamente que conociese a Hiru, sino que el Monte Perdido tiene que ver con las sirenas y que Hiru tiene que ver con las halflings. No era raro saber que Hiru tenía muchos asuntos escondidos que nadie jamás sabría, pero descubrir todo eso en tan poco tiempo era un choque muy fuerte para ellos dos que jamás habían conocido a alguien tan conocido en los reinos.

Siguieron bebiendo sin decir nada, no sabían que preguntarle ahora a Yolce, pues seguramente no supiese mucho acerca del mago, pero una voz se interpuso en aquel silencio tan violento e incómodo:

— Siempre he querido ir al Monte Perdido, sabía que algo extraño debía de esconder aquel lugar — los tres buscaron la voz, pero no la vieron, no sabían de donde procedía. Miraron hacia abajo y se fijaron en que era del enano que se habían encontrado a las afueras de aquel pueblo — Estabais gritando mucho, entonces decidí acercarme para ver de qué hablabais y me ha interesado vuestra conversación, así que me apunto al viaje.

Los tres se miraron y el halfling se empezó a quitar la capucha para sonreír al enano, pero al antes de que pudiese enseñar un poco de su pelo, su cara y sus orejas, Lucas le puso de nuevo aquella manta en la cabeza, pero no fue tan rápido como le hubiese gustado y el enano se percató de sus orejas y dio un paso atrás:

— El niño enfermo... ¡Está mutando! ¿Qué le pasa en las orejas?

— No es nada, son unos hongos que le salen con la enfermedad — Kary tosió para aclararse la voz después de aquel susto — Queremos ir al norte a que le vean bien, allí

dicen que la medicina está muy avanzada — respondió con rapidez Kary, tenía una gran habilidad en inventar mentiras y excusas para salir de los apuros. Se notaba que tiene experiencia en salir de situaciones comprometidas, un buen aventurero siempre debe tener un arsenal de mentiras para negociar con las guardias o para engañar a alguien que no te permite el paso, como había pasado con el enano antes de entrar al pueblo.

El enano se acercó a Yolce para tocarle aquellas orejas, pero la mano de Lucas paró la del enano antes de que pudiese quitarle la manta de la cabeza.

— No le toques, creemos que es contagioso — dijo Lucas con nerviosismo.

El enano se alejó dando dos pasos hacia atrás, pero no se movió del sitio, tenía intención de ir al Monte Perdido con aquel grupo.

— Aunque el pequeño sea un hongo andante quiero ir en busca del Monte Perdido. No me acerco al pequeño y solucionado, ¿cuándo partimos para allá? — dijo el enano mientras sonreía con mucha energía, se le notaba motivado para aquel viaje.

— No sabemos cómo llegar hasta allí, podría ser arriesgado llevarte y que no sepamos donde acabaremos.

— El mito dice que está entrando en una cueva que hay en las ruinas de Grouki, desde allí hay un pasadizo que te mete dentro de la montaña.

— Hay tantos mitos sobre el Monte Perdido y no queríamos hacerte perder el tiempo.

— ¿Perder el tiempo? Perder el tiempo es estar de mercenario con ricos que te pagan poco y te tratan como si fueses su esclavo. Yo quiero ir hacia allí, aunque nos muramos en el camino o el canijo este me pegue sus hongos. Necesito ver con mis propios ojos el Monte Perdido — dijo el enano mientras entrelazaba sus fuerzudas y gruesas manos entre ellas.

El grupo se quedó pensando, no sabían que decirle al enano. Pero Kary, como siempre, tuvo una gran idea y se puso a dialogar con él.

— Déjanos pensarlo esta noche y mañana por la mañana te daremos una respuesta a la hora del desayuno.

El enano asintió y se fue a por otra jarra dejando al grupo de lado sin ni siquiera despedirse. El enano iba haciendo eses y dando codazos en las rodillas y muslos a todo el que se cruzaba en su camino. Los tres terminaron lo que les quedaba en la mesa y se fueron a su habitación para hablar sobre el viaje y aquel enano entrometido y molesto.

Llegaron a su habitación mientras hablaban sobre aquel enano, los dos humanos no se fiaban de él, en cambio Yolce le parecía gracioso y bastante fuerte.

— Es entretenido, además me recuerda a las de mi raza y seguramente nos pueda ayudar en la mayoría de problemas que encontrásemos por el camino.

— O puede que nos trajese más problemas que soluciones — gruñó Lucas— Seguro que se pasa el día entero bebiendo cerveza y buscando bronca con todo lo que se mueve.

— Puede ser, pero las ruinas de Gruoki son muy peligrosas, dicen que allí hay nidos de arañas venenosas y también alguna que otra tribu de goblins. Es bastante peligroso para ir solamente tres personas — Kary suspiró y siguió hablando — Uno más para este viaje nos puede venir bien y si tiene experiencia como mercenario seguro que se maneja muy bien en la batalla.

El halfling empezó a gritar y a dar botes de alegría encima de su cama, estaba más ilusionado que cuando cazó aquel jabalí, su sonrisa resplandecía más que el Sol y su mirada era inocente hacía que los otros dos se fiasen un poco más del enano, pero no lo suficiente. Lucas y Kary se apartaron un poco y empezaron a susurrar entre ellos mientras Yolce saltaba en la cama.

— Papá, sabes que los enanos no son muy de fiar y más uno que está tan lejos de su reino, ¿qué hace un enano en el reino de Galileo? Las enanas son de los Montes de Koos, ¿crees que es de fiar?

— Es extraño que un enano esté por aquí, por eso está trabajando de mercenario, pero es nuestra mejor opción, no sabemos que nos encontraremos en el Monte Perdido y tampoco conocemos muy bien este territorio, es la primera vez que saldremos de las tierras de Galileo.

— ¿Y qué haremos con Yolce? ¿Vamos a ocultarle hasta que el enano se vaya? En algún momento descubrirá que es un halfling y no sabemos cómo se lo tomará.

Kary se quedó pensando un rato, le sonrió y se fue a dormir, antes de dormir dijo “ya se nos ocurrirá algo”, se arrojó con la manta y se acomodó en aquella cama.

Se despertaron temprano y se bajaron a la taberna para buscar al enano y desayunar, pero el enano fue aún más rápido y ya les estaba esperando en la sala con su mochila puesta en la espalda y el hacha enganchada en la cintura.

— ¿Todavía no estáis preparados? ¿A qué esperáis? Nos va a anochecer — gruñó el enano.

V

Salieron de aquella taberna y se fueron a los puestos de la calle a comprar comida y otras pertenencias para el viaje. Yolce seguía tapado y parecía que todavía aquel enano no se había dado cuenta de que era un halfling, tampoco se acercaba mucho desde que le dijeron que tenía hongos y eran contagiosos. Compraron cuerdas, comida que les sirviese para el viaje y afilaron sus espadas. Aquel pueblo tenía diversidad de comercios, desde vestidos hasta hechizos, algo que le llamó mucho la atención al halfling. Yolce se paró a mirar los libros de hechizos y las pócimas de colores que tenía puesto un anciano en una mesa de madera verde. El anciano miró sin disimular al pequeño y se acercó para hablar con él.

— ¿Te has perdido, pequeño? — el anciano se puso a la altura del halfling que estaba absorto en aquellas pócimas y en los dibujos tan peculiares que tenían alguno de los libros que tenía en la mesa.

— No, mis amigos están comprando armas — respondió Yolce y miró al anciano a los ojos — A mí siempre me ha gustado más la magia que las armas, la magia es más poderosa y resuelve más problemas. Además, es más divertida que las espadas.

— Y más peligrosa, si te equivocas en un hechizo puedes morir, o matar a otra persona sin darte cuenta — dijo el anciano mientras le sonreía con dulzura.

— Lo sé, un viejo amigo me hablaba mucho sobre la magia y todos sus peligros, pero aun así me sigue

fascinando, ¿crees que yo podría usar la magia y ser un mago?

— ¿Tú? Ni lo dudes. Eres un ser mágico. Se que no has salido nunca de tu pueblo y que sabes muy poco sobre estas tierras que son desconocidas para ti. Vuestra raza es una de las más poderosas y mágicas que han existido en todos los reinos.

El halfling se destapó la cara con cuidado de que no le viese más gente aparte del anciano. Estaba sorprendido de que supiese que era un halfling sin haberle visto e intentó hablar, pero no le salían las palabras, solamente podía tartamudear. El anciano le sonrió y le pasó una mano por el hombro y le siguió contando:

— Tranquilo halfling, no diré nada. Soy de la orden de las magas celestiales, aunque ya no voy a sus actos. Se que tu amigo, el que te hablaba, era Hiru. Él quiso estar con vosotras para defenderos del ataque — el enano apareció por detrás gruñendo algo con la boca medio cerrada. El anciano se quedó callado y saludó al enano con una sonrisa.

— ¿Qué haces aquí, pequeño? La magia es de intelectuales y de charlatanes, deja todo esto y coge un hacha o una piedra, que es más útil. Date prisa que nos vamos en nada — según dijo eso el enano se dio media vuelta y se fue refunfuñando. Se fue igual que vino, farfullando por lo bajo.

— ¿Sabíais lo del ataque a mi pueblo, anciano? — dijo Yolce cuando se había ido el enano refunfuñón.

— No tengo tiempo para contarte todo, pero debes ir al Monte Perdido. Tienes que ir a las ruinas de Grouki y allí ir al anfiteatro. Cuando estés allí una luz te iluminará el

camino al Monte Perdido. Y tranquilo, te van a dejar entrar en el Monte sin ningún problema — el anciano se giró y le dio un pequeño libro, no más grande que la mano del anciano, y se lo dio a Yolce — Aquí hay conjuros básicos, prácticalos y serás un gran mago.

Yolce escondió el libro en su ropa y abrazó al mago con fuerza. Se despidieron y el pequeño fue corriendo a donde estaba todo su grupo esperándole. Cuando llegó al grupo el enano le ofreció un machete ancho y poco afilado, o al menos eso parecía a primera vista.

— Aunque te guste la magia siempre te vendrá bien un arma para luchar cuerpo a cuerpo con algún sucio y bastardo elfo — el halfling sacó, con cuidado, su mano de la manta y agarró el machete por el mango de madera pulida. El machete era de largo como la mitad de una espada y de ancho el doble, aunque no estaba tan afilado como lo estaría una espada o un hacha. El enano también le dio una funda para que llevase su arma en la espalda y se puso la funda como pudo por encima de la manta.

— Muchas gracias eh... — Yolce se quedó pensando durante unos segundos y le preguntó — ¿Cómo te llamas?

Los dos humanos se quedaron mirando al enano que todavía no había dicho su nombre y el enano hizo como si no hubiese escuchado la pregunta, pero tenía seis ojos mirándole fijamente por lo que al final cedió a la pregunta que le había hecho el pequeño.

— Mi nombre es Jurio, Jurio Triwers — el enano aludió las miradas de extrañeza y empezó a marchar hacia las afueras del pueblo. Los tres dejaron que se alejase y se miraron entre ellos al ver lo que le había costado decir su nombre, pero no quisieron hacer más preguntas así que

siguieron al enano que por muy deprisa que fuese siempre iría más lento que los dos humanos.

— ¿Esta es la primera vez que salís del Imperio de Galileo, humanos? — dijo el enano.

— Hemos estado alguna vez a las afueras, pero nunca nos hemos distanciado tanto — respondió Kary.

— Bueno, aquí la ley de Galileo ya no existe, todo lo que hay de aquí para delante está fuera de la estúpida ley humana. Aquí las cosas funcionan diferentes, incluso las monedas pueden llegar a ser diferentes.

— ¿Y eso es bueno? — pregunto Yolce. Sus tres compañeros empezaron a reírse y el enano dijo:

— Es genial, aquí no hay ley. Nadie puede juzgar tus actos.

El cuarteto empezó a adentrarse en el bosque Canto, un bosque con unos árboles enormes y viejos, el suelo era verde menos por el camino que se había quedado marcado desde hace años. Las plantas crecían por todos lados, al igual que las setas, que eran más grandes de las que nunca habían visto en otros bosques. El bosque tenía un olor a flores de todo tipo, era un olor poco que te absorbía, aunque fuese un bosque peligroso aquel olor hacía que pareciese un bosque alegre y sin ningún peligro cerca, por eso muchas morías al cruzarlo, porque se confiaban mucho. Había bastante piedras llenas de moho y de flores campestres, el halfling estaba boquiabierto, el anterior bosque donde estuvo le parecía pequeño y poco verde comparándolo con este que se le hacía enorme y mucho más colorido. Los dos humanos tampoco perdían de vista nada del bosque, miraban los pájaros que volaban y piaban,

veían como corrían los conejos y como las lagartijas se escondían detrás de las rocas tras su paso. En cambio, el enano iba tranquilo, parecía que se conociese aquel bosque, o le daba igual todo aquello. Iba tan tranquilo que ni miraba a los lados por si aparecía algún animal o bestias que quisiese atacarles.

El enano iba el primero, con su gracia al caminar y con una mano sujetando su poderosa hacha siempre preparada para la batalla. El halfling iba detrás del enano, con su manta y su machete en el cinto, y los dos humanos iban detrás hablando entre ellos sobre los mitos de aquel bosque, decían que había muertas vivientes, también que aquel bosque estaba maldito y que gobernaban los hombres lobo. El enano los escuchaba mientras se reía para dentro, pero Yolce los escuchaba creyendo en todo lo que decían y no hacía preguntas, solamente escuchaba, como el enano.

Las barrigas de los cuatro aventureros empezaban a rugir y pararon cerca de unas piedras donde poder sentarse. El suelo era mullido, por eso Yolce decidió sentarse en el suelo en vez de una piedra. El enano se puso frente al halfling, pero con bastante distancia, aún tenía miedo a que aquel pequeño les pegase unos hongos. Los humanos empezaron a hacer una hoguera para hacer un caldo de conejo con algunas especias que habían comprado en el pueblo.

Mientras los dos humanos cocinaban, el pequeño Yolce se acercó al enano y este se alejó un poco de él con precaución a sus hongos.

— ¿Qué haces que no estás con tu clan? — preguntó Yolce a lo que el enano abrió los ojos y su expresión se mostró cabreada.

— ¿Qué sabrás tú de clanes enanos, pequeño engreído?

— Se lo suficiente como para saber que las enanas siempre están juntas, y siempre en su nación, a menos que seas un desert... — el enano le tapó la boca con brusquedad y agarró el mango de su hacha en señal de amenaza. El halfling se escapó de su mano, pero el enano se quedó con la manta por lo que el halfling quedó al descubierto y el enano se quedó perplejo al verle, no le salía ni una sola palabra. Yolce lo único que hizo fue sonreírle con inocencia, como un niño que rompe un plato y no quiere que le echen la culpa y se cabreen con él por miedo a un castigo. Jurio se acercó con curiosidad hacia Yolce y empezó a titubear.

— ¿Exi... existís? ¿No eres un enano con una maldición o algo así? — el enano empezó a tocarle la cara poco a poco y al ver que era un halfling dio un respingo en el sitio y gritó. Los dos humanos se giraron y vieron al halfling al descubierto y al enano en el suelo mirando incrédulo al pequeño — ¿Por qué no me lo dijisteis? ¿No sabéis nada de las halflings o qué?

— No queríamos decírtelo para no asustarte, tampoco sabíamos cómo reaccionarías. Es el último halfling que queda, atacaron su pueblo y él se salvó, por eso vamos al Monte Perdido — dijo Kary intentando calmar al enano confuso, a la vez que se le veía enojado por el engaño.

— Estos seres están malditos, ¿cómo se os ocurre traerle? Por eso estaban escondidos con magia, nadie tenía que estar cerca suyo, solo traen desgracias — el enano no

paraba de gritar y agitar sus manos en el aire como si así fuese a convencerles antes.

Mientras discutían unos ruidos empezaron a sonar cerca, pero ninguno se fijó porque Jurio estaba montando mucho escándalo. Entre los tres intentaban calmar al enano, pero cada vez que Yolce se acercaba se ponía más nervioso y empezaba a gritar más. Los arbustos de alrededor se movían y un grito salvaje salió de detrás de un arbusto y detrás de ese grito aparecieron más gritos y unos personajes de la altura del halfling con sus ridículas armas, estaban rodeados. Estaban rodeados por unos enanos que iban tapados. Los cuatro se pusieron en guardia, pero los dos humanos no tenían sus armas cerca por lo que cogieron piedras del suelo para ahuyentarles. El halfling sacó su machete y con las dos manos lo mantenía frente a aquellos personajes. El enano se levantó con su hacha en la mano y gritó:

— ¡Mas halflings! Os voy a matar a todos, malditos — los asaltadores no sabían que decía, pero mientras se miraban entre ellos el enano ya había embestido a uno contra un árbol y a otro le había cortado una mano con su hacha. Los pequeños salieron corriendo al ver la furia de aquel enano, se habían dejado al compañero que estaba sin una mano. El enano se acercó a aquel pequeño y le arrancó el pañuelo que le tapaba la cara. Era un humano, pero era muy pequeño, tendría nueve o diez años como mucho. El chico estaba llorando y suplicando por su vida, pues el enano tenía levantada su hacha para dar el golpe final, pero al ver como lloraba apartó su hacha de encima de la cabeza del crío y se alejó. Los humanos se acercaron a él y empezaron a hablar con él.

— ¿Por qué nos habéis atacado? ¿Qué queríais? — dijo Kary enfadado pero sorprendido al ver al enano en acción.

— Os tenemos que matar a todos, no valéis nada en este bosque porque... — antes de que pudiese acabar la frase Jurio le cortó la cabeza sin pensarlo, solamente de un hachazo, sin ningún tipo de esfuerzo. La cabeza rodó hasta un árbol mientras la sangre no paraba de brotar de su pequeño cuello. Cuando el cuerpo sin vida se derrumbó, el enano lo agarró y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia unos matorrales, como si de un saco de patatas se tratase. El pequeño halfling no se fijó en nada de eso, se había quedado casi inconsciente pensando en cómo le había cortado el brazo y como sangraba tanto, pero no se fijó en como arrancó su cabeza de un hachazo. Después siguieron el camino como si no hubiese pasado nada.

Aquel bosque parecía que nunca iba a acabar y después de aquel encontronazo a Yolce no le apetecía mucho seguir por allí, luchar contra gente tan pequeña le parecía una salvajada, una cosa era luchar contra orcos, gigantes o incluso lobos, pero contra humanas tan pequeñas les parecía una atrocidad. Nunca había escuchado una historia donde mataban a jóvenes, eso no era lo normal, aunque Yolce tampoco sabía muy bien que era lo normal y lo que era anormal. Yolce seguía sin creer como el enano pudo cortarle el brazo sin ningún miramiento, sin pensarlo, sin pestañear si quiera. ¿Acaso eso era luchar? ¿Eso era ser un guerrero? Matar a cualquier precio, asesinar sin mirar quien es el objetivo. Yolce no paraba de darle vueltas mientras Jurio parecía estar muy tranquilo y sereno, como si acabase de cazar una mosca y esa fuese la única preocupación que tenía encima. El padre y el hijo tampoco parecían muy afectados con este asunto, parecía que ya

habían olvidado que acababan de asesinar a un niño, a un niño que nunca podrá crecer en libertad como había crecido Yolce.

El enano le dio una pequeña colleja a Yolce que andaba poco atento al camino, tenía la mente en otro lugar, andaba por pura inercia. Este al recibir el golpe se tocó la nuca y miró al culpable de aquella colleja, al ver que era el enano la cara de Yolce cambió de empanado a enfadado, estaba cabreado con aquel enano.

—¿Es el primer asesinato que has presenciado? — dijo el enano. A Yolce le cambió la cara, ya no estaba cabreado, sino que estaba triste y callado. Tardó unos segundos en responder, y tampoco pudo expresarse mucho en su respuesta.

— Sí...

—Te entiendo pequeño. Yo también lo pasé mal al ver mi primer asesinato. Ver como mi clan mataba a uno de mis mejores amigos... Pero al final todo es igual, matar a una humana, a un goblin o incluso a un jabalí, son muertes sin más. Al final lo verás hasta normal después de este camino — el enano se quedó mirando al suelo, como si ya no quisiera seguir con la conversación y Yolce tampoco sabía muy bien como hablar con aquel violento enano. Así que le preguntó lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Por qué ya no estás con tu clan? ¿Fue por la muerte de tu amigo? — el enano se paró de repente y miró con furia y tristeza a Yolce, parecía que iba a estallar en golpes y gritos en cualquier momento, pero en vez de eso se giró y no vio a nadie detrás suya. Habían desaparecido los dos humanos.

— ¡KARY! ¡LUCAS! —gritaron a la vez Yolce y Jurio —
¿Dónde os habéis metido?

Yolce y el enano empezaron a mirar con frenesí hacia todos lados, pero aquel bosque era todo igual, nunca sabía si mirabas al norte o al sur, nunca sabías donde estabas si no seguías la ruta. El enano sacó su hacha, ya estaba preparado para volver a cortar algún brazo, o lo que se le pusiese de por medio. La situación se ponía tensa, se notaba en el ambiente, solo se veían plantas y árboles. Yolce estaba muy asustado y no podía moverse de la espalda de Jurio. El enano cerró los ojos y respiro profundo contando hasta tres, al contar cuatro lanzó su arma hacia una dirección, pero no se oyó nada extraño, solamente el choque con algunas ramas. De pronto saltaron cuatro niñas hacia ellos desde los árboles, todas con cuchillos en mano. El enano sonrió y sacó un puñal de plata que tenía en el cinto y se lo clavó a la primera que se abalanzó hacia el enano para clavarle su cuchillo. El puñal del enano se quedó clavado en el corazón de la primera muerta y lo sacó con violencia, como si estuviese incrustado en alguna piedra.

Yolce no podía pensar con claridad en aquella situación y una niña le saltó encima y él solo supo detener el cuchillo agarrando la muñeca de la niña, pero la fuerza del salto de la niña hizo que las dos cayesen al suelo y empezasen a rodar por la tierra. La niña tenía los ojos rojos, estaba llena de furia, estaba con ganas de ver sangre de su enemigo esparcida por el suelo. Mientras forcejeaban en el suelo el halfling cogió una piedra y se la aplastó en la pequeña y banda cabeza varias veces, hasta dejar inconsciente a aquella pequeña bestia y la piedra con sangre.

Mientras Yolce se levantaba del suelo vio como el enano había dejado inconsciente, o muerto, a otro de los niños. Tenía a otro agarrado de una pierna mientras le gritaba cosas que no podían entenderse. El niño no podía responder con claridad, pero en sus ojos rojos se le notaba que estaba asustado, aunque gritase al enano. El enano se cabreó más y le agarró de la cabeza y le hizo tragar la gravilla y las hierbas del suelo unas cuantas veces hasta que Yolce se acercó y preguntó al chico por los dos compañeros que le faltaban.

— Nuestra señora los tiene en una cabaña al norte — pudo decir con dificultad mientras escupía barro con sangre y algún que otro diente que le había roto en aquella conversación. El enano sonrió y estampó la cara de aquel chico con todas sus fuerzas contra el suelo, sonó como si le hubiese roto todos los huesos que tenía en la cara, Yolce se estremeció con aquel espantoso sonido. Yolce cada vez que miraba a Jurio no podía parar de pensar en lo sádico y salvaje que era y no paraba de pensar en qué o quienes lo habían hecho así, parecía que el olor de la sangre le excitaba, que la pelea le ponía los pelos de punta y que el poder morir le provocaba una pequeña erección. Jurio era más salvaje que aquellas niñas con los ojos bañados en sangre que les acababan de atacar.

— Vamos, no tiene que estar muy lejos la cabaña que nos ha dicho — dijo Jurio mientras buscaba el norte orientándose por una vieja brújula de madera que sacó de uno de sus bolsillos. Yolce no se movió de su sitio, cruzó sus brazos y puso cara de desaprobación, se negaba a caminar con aquel enano sanguinario — ¿Qué te pasa? — el halfling negó con la cabeza, pero no soltó ninguna palabra — ¿Es por las chicas con las que hemos luchado? Nos han

intentado matar, han secuestrado a nuestros compañeros, ¿y quieres que no los mate? ¿Les invito a una cerveza y hablamos con ella? ¿Eso es lo que quieres? ¿De has salido tú? El mundo para las halflings puede que sea diferente, hablar, debatir y llegar a alguna solución pacífica, pero en el mundo real nada de eso vale, pequeño. Es todo lucha y sangre. Solamente puedes fiarte de tus amigas, y a veces ni eso...

El enano fue en busca de su hacha y dijo:

— Yo voy a salvar a Kary y a Lucas, tú verás que prefieres hacer. Puedes esperar aquí con una cerveza en la mano para cuando vuelvan — el halfling reflexionó sobre que era mejor, si seguir con el enano o adentrarse él solo en el bosque en busca de sus amigos.

— Vale iré contigo — dijo Yolce tras unos segundos de pensar sobre la situación. El enano le miró y soltó una sonrisa — Y sí, Jurio, las halflings jamás hemos tenido que pelear, somos un pueblo muy pacífico, nadie nos atacaba y nosotras no atacábamos a nadie, todo estaba en paz. Ni siquiera teníamos un jefe, ni un ejército ni nada. Nuestra vida era totalmente diferente. Lo único que conocía del exterior era lo que me contaba Hiru, pero nunca me imaginé que sería tan sangriento el mundo de fuera... Aunque si me contó lo de las enanas, que siempre vais en clanes y es raro veros en solitario, ¿por qué no estás con tu clan? — el enano se acercó y le acarició la cabeza con ternura, era un gesto que Yolce jamás se habría imaginado que el enano pudiese hacer. Jurio tenía sentimientos, aparte de la rabia. El enano tenía un lado amable y cariñoso.

— No estás preparado para esa historia, pequeño, algún día te la contaré — hizo una pausa y sonrió — Si salimos de esta, claro — y empezó a reírse muy estrepitosamente, tan fuerte que se tuvo que sujetar el pecho como si se le fuese a salir el esternón del pecho. Yolce no sabía cómo sentirse, pero sabía que estaría más seguro cerca de aquel enano, él en solitario sería una presa fácil hasta para un caracol.

Al poco rato de andar encontraron a lo lejos una pequeña cabaña de madera, parecía antigua y un abandonada, las maderas estaban podridas y llenas de moho y algunos de los cristales estaban rotos, aún seguían los cristales rotos en el suelo, parecía que hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí. La puerta era de madera tallada con unos dibujos bastante confusos, como si un dragón se estuviese comiendo a sí mismo, aunque de lejos no se apreciaba tan bien aquel dibujo. El enano y el halfling estaban escondidos en unos arbustos, intentando no hacer mucho ruido, pero eso al enano le costaba, pues era muy torpe y bruto, y su voz muy grave y su respiración era profunda. Por fuera todo parecía bastante tranquilo, como si aquella cabaña no fuese la cabaña que estaban buscando, ¿pero qué posibilidades había de que fuese otra cabaña? A menos que las chicas les hubiesen mentido y no estuviesen en ninguna cabaña y aquello fuese una emboscada para atrapar al halfling.

— Esta vez no dudes, hay que salvar a estos dos — dijo Jurio mirando con firmeza al halfling, que respondió asintiendo con la cabeza con seguridad, pero en el fondo no estaba nada seguro de poder asesinar a alguien. Así que Yolce cerró los ojos un segundo y respiró hondo antes de sacar su machete y empezar a adentrarse con sigilo en aquella cabaña roñosa. El enano no paraba de mirar las ramas de los árboles, no quería volver a enfrentarse a otra

de sus emboscadas. Yolce se acercó a una de las ventanas sin hacer ningún ruido. Se asomó por la ventana subiéndose a una piedra que estaba pegada a la parte de abajo del marco de la ventana, aunque dentro no veía nada, solo algunos muebles rotos y viejos. El halfling se lo dijo al enano y este sonrió:

— Como se nota que no has viajado mucho por bosques — dijo y tiró una piedra dentro de la cabaña rompiendo uno de los pocos cristales que quedaban. Los cristales saltaron por todas partes haciendo un estruendo que resonó por todo el bosque, antes de que Yolce pudiese preguntar el porqué de aquella acción, el enano le agarró del brazo y lo arrastró hacía unos troncos que había cerca de la puerta. Esperaron un rato, pero allí no pasaba nada, nadie apareció, no sonó ningún otro ruido. Parecía que aquella cabaña estaba abandonada de verdad.

— ¿Nos habrá engañado? — preguntó Yolce mientras guardaba su machete.

— No — respondió una voz muy aguda y desconocida para aquellos dos viajeros. Tras la negación un cuchillo fue a clavarse en las costillas de Jurio. Lo pudo esquivar haciendo una voltereta hacia un lado, poniendo al que intentó asesinar al enano entre los dos. Yolce aprovechó para darle una patada en la espalda al chico del cuchillo, empujándolo contra el enano que aprovechó el empujón para clavarle el hacha en la cara. Al sacarle el hacha con fuerza haciendo que la sangre brotase por todos lados pudieron fijarse en que estaban los dos rodeados de nuevo. Estaban en las ramas, detrás de los arbustos, incluso algunos se subieron al tejado de aquella destrozada cabaña. Jurio guardó su hacha despacio y con mucha precaución, no quería hacer enfadar a tantas chicas que les estaban

rodeando con cuchillos y algunas con cerbatanas de bambú. El enano agarró al halfling por debajo de los hombros, lo levantó y gritó:

— Haz magia, halfling, hazles volar a todas. ¡TIRA UNA BOLA DE FUEGO AHORA! — todas las chicas se tiraron al suelo, incluso las que estaban en las ramas saltaron al suelo o se escondieron detrás del tronco. Con esta técnica el enano, todavía con Yolce entre sus manos, se metió corriendo a la cabaña. Se sentaron al lado de la puerta y con los pocos muebles que había dentro atrancaron la puerta y pudieron respirar un poco después de tanta tensión, aunque aquel respiro duró muy poco, ya se habían levantado y parecían más cabreadas que antes si eso podía ser cierto. Desde fuera las chicas les tiraban dardos intentando meterlos por la ventana rota que estaba más cerca de la puerta, pero no llegaron a dar a ninguno de los dos que estaban dentro de la cabaña. Yolce cogió con sumo cuidado alguno de los dardos que entraban por la ventana mientras el enano hacía fuerza para que no abriesen la puerta a patadas. Un ruido sonó dentro de la casa, se oyó el pisar de unos cristales, el halfling sin apenas poder pensar lanzó uno de los dardos que tenía en la mano y lo tiró en la dirección que escuchó el ruido, ante ellos apareció una chica, de no más de ocho años, con un cuchillo en la mano, pero el dardo le había dado y rápidamente surtió efecto, la chica cayó al suelo inconsciente al segundo de ser dada con el dardo. El enano le felicitó por su puntería y Yolce se acercó a la chica para ver si la había matado, estaba inconsciente. Cogió el cuchillo que llevaba, pensó que dos armas sería mejor que una. Mientras Yolce se acercó a por el cuchillo un chico saltó por la ventana que antes estaba siendo cubierta por Yolce y el enano se abalanzó contra el chico y le clavó con rapidez y sin ninguna duda el hacha tres

veces en el estómago, dejando todo un gran charco de sangre y las paredes llenas de salpicones. Otro chico intentó clavarle el cuchillo tras la ventana, Jurio agachó la cabeza y así lo pudo esquivar en parte porque le hizo un pequeño corte en el hombro, aunque parecía que el enano ni se había dado cuenta. Con una rapidez de felino, el enano sacó el hacha de las tripas del chico y girando sobre sí mismo le cortó la mano al que le intentó apuñalar antes de que pudiese volver a atacar de nuevo. La mano cayó contra el suelo y un grito agudo y sordo sonó por la cabaña, el enano empezó a sonreír, esa sonrisa de sádico, asustó a Yolce. Jurio sentía una excitación por la guerra y la sangre.

— Pequeño, cúbreme que voy a salir a matar a todas esas criaturas — ordenó Jurio al pequeño Yolce.

— ¿Cómo quieres que lo haga? — preguntó Yolce desconcertado, él nunca había estado en una situación similar.

— Tírales los cuchillos a las del fondo y los dardos que tienes a las que estén más cerca. De las que se entrometan en mi camino se encarga mi hacha.

El enano quitó los muebles de la puerta y dos chicas cayeron dentro de la cabaña al quitar todo el peso de detrás de la puerta. El enano aplastó la cabeza a una de ellas con su rodilla y a la otra le clavó el hacha en la espalda, ninguna de las dos les dio tiempo a gritar o a sentir dolor. Cuando acabó con las dos cogió una mesa pequeña que estaba antes haciendo fuerza en la puerta y la usó de escudo, con una mano sujetaba el hacha y con la otra la mesita. El enano salió corriendo de la cabaña embistiendo a algunas que estaban de por medio y haciendo que se cayesen a los lados.

Yolce mientras tanto estaba lanzando los pocos cuchillos que tenía a las que estaban en las ramas con las cerbatanas apuntando hacia su compañero, la primera que tiró le dio con el mango del cuchillo lo que hizo que perdiera el equilibrio y cayese al suelo y con el segundo consiguió clavar el cuchillo en la garganta de otro. El chico al ver el cuchillo clavado en su cuello empezó a gritar desenfrenadamente y se lo intentó sacar él mismo, lo que provocó su muerte inmediata al quitar el cuchillo que hacía presión en la herida. El halfling soltó un pequeño grito de espanto y todas se fijaron en él, ahora todos los dardos iban en su dirección. Un chico entró dentro de la cabaña con el cuchillo en la mano y Yolce clavó su machete rápidamente en el estómago, haciendo que le atravesase entero, el chico se quedó muerto en el machete y Yolce no conseguía sacarlo, así que hizo fuerza en el pecho del chico con su pierna y consiguió sacarlo lleno de sangre y parte de órganos. El halfling se asomó por la puerta y vio como Jurio estaba lleno de sangre que no era suya y el hacha dándole vueltas con una mano, como si estuviese bailando el hacha, como si tuviese vida propia. Yolce se acercó a la espalda del enano, frente a ellos estaban las chicas juntas cuchicheando con nerviosismo, ya quedaban muy pocas gracias a que Jurio se había encargado de asesinar a la mayoría.

— No queremos haceros daño, solamente queremos liberar a nuestros compañeros, no os vamos a hacer nada si les liberáis ahora — dijo Yolce con las manos en alto y sin armas mientras salía de la espalda del enano. Las chicas bajaron sus cerbatanas y cuchillos y se quedaron mirando absortas detrás de Yolce y Jurio. Estos dos se dieron cuenta que no era a ellos a quienes dirigían sus miradas, se giraron para ver que les causaba tanta expectación a las chicas.

Detrás suya había una anciana con el pelo largo, enredado y canoso, llena de arrugas y una nariz pequeña, sus manos temblaban, sus ojos verdes resplandecían como una de las pócimas que había visto en Wesju. En sus manos temblorosas sostenía un libro azul marino bastante bien conservado.

— Coged al halfling, niñas — gritó la anciana mientras apuntaba con un dedo a Yolce. Las chicas volvieron a preparar sus armas y a dar gritos a pleno pulmón con todas sus fuerzas. Y con esos gritos saltaron encima de los dos guerreros. Las primeras en acercarse se comieron la mesa de lleno, sin poder si quiera clavar el cuchillo en la mesa, los dientes de las chicas saltaron por los aires por aquel horroroso golpe. Yolce se alejó un poco de la espalda de Jurio e intentó clavar el machete a alguna, pero la chica era ágil y lo esquivó con un divertido movimiento de cadera. Sin darse cuenta Yolce ya estaba rodeado de chicas con cuchillos y ojos inyectados en sangre. Saltaron todas a la vez y una de ellas se quedó clavada en el machete de Yolce pero las demás consiguieron tumbarle y agarrarle por todas las extremidades para que no pudiese correr. Yolce notaba el apestoso aliento de aquellas chicas que por su olor llevaban sin comer algo sano bastante tiempo, como si solo se alimentasen de tierra y corteza de árboles. El halfling intentó soltarse, pero no tenía la suficiente fuerza, pero Jurio llegó pronto y de un par de hachazos quitó a todas de encima como si se tratase de quitar mala hierba del jardín. Jurio le ayudó a levantar al halfling y se fueron directos a por la anciana del libro, que ya no le temblaban las manos, ya no respiraba, ya no parecía que estuviese con vida. Se acercaron con cuidado, no se fiaban de aquel truco, pero al estar frente a ella vieron que estaba muerta y el enano le metió un puñetazo en el costado que hizo que la anciana

cayese como un roble al suelo. El enano le quitó de las manos el libro azul e intentó leer la portada, al ver que no entendía nada tiró el libro al suelo. Yolce rápidamente cogió el libro del suelo y leyó la portada "Hacia las puertas de Kilopetra". El enano miró a Yolce con asombro y le preguntó:

— ¿Qué haces? Si no se entiende nada de lo que pone, estará en élfico o incluso en orco — el halfling le miró con curiosidad y luego leyó de nuevo la portada, podía leerla perfectamente.

— Sí, mira, pone "Hacia las puertas de Kilopetra", ¿no sabes leer? — preguntó Yolce intentando no ofender a Jurio.

— Pues claro que se leer, pero esto no es furrallr — respondió Jurio con enfado — ¿Me estás tomando el pelo?

— Yo lo leo perfectamente y las halflings solo sabemos hablar furrallr — Jurio no le dio importancia y con un gesto de pasotismo desvió la conversación.

—Venga, deja ese libro y vamos a buscar a Kary y a Lucas — Yolce se había olvidado del porqué de aquella batalla y aquel viaje a la cabaña, pero al escuchar al enano saltó en el sitio del asombro y se metieron corriendo dentro de la destrozada cabaña. Removieron todo, tiraron los pocos muebles que había al suelo, incluso Jurio intentó romper una pared de madera para ver si era falsa y detrás había alguna habitación secreta, pero no había ni rastro ni de Kary ni de Lucas. Dieron otra vuelta a la cabaña, que era muy pequeña. Tenía dos habitaciones individuales, un salón pequeño, la entrada y una cocina, ni siquiera tenían un baño donde asearse.

— De algún lado ha tenido que salir la vieja esta — dijo Jurio mientras daba vueltas en círculo mientras se rascaba su enorme barba. Yolce daba tumbos de aquí para allá y en un momento se tropezó con una madera suelta y eso hizo que Jurio se riese y también que se diese cuenta de otra cosa en la que no había caído, aparte de que Yolce es torpe. El suelo puede ser falso. El enano empezó a recorrerse la casa de nuevo, pero esta vez de rodillas y fijándose en las maderas del suelo, en busca de alguna pista que indicase que había alguna trampa. Yolce le miraba y pensaba que era como un perro buscando su hueso que había enterrado hace solo unos momentos. Y como un perro encontró el hueso que estaba buscando, en una de las habitaciones había una trampa, no se notaba mucho pero un aire frío salía por las rendijas que la anciana no había cerrado bien al salir. Jurio sacó su hacha y empezó a romper las maderas del suelo, tardó unos pocos segundos en abrir un boquete por el que se veían unas escaleras de piedra y una pequeña luz al fondo de ellas.

VI

Empezaron a bajar por aquellas escaleras de piedra, eran muy pocos escalones, pero la tensión de tener que estar debajo de una cabaña que tantos problemas les había provocado hizo que aquellos instantes se hicieran eternos. Los dos iban con las armas en la mano, preparados para atacar a cualquier criatura que estuviese allí, pero no había ningún enemigo en aquella sala llena de libros, frascos de vidrio y algunos abrigos y mantas. En el medio de la sala estaban lo que estaban buscando, sus dos compañeros atados de manos y pies en una silla de madera, les habían puesto una tela sucia en la boca a modo de mordaza. Los dos empezaron a agitarse en la silla al ver aparecer a sus dos amigos, tenían los ojos bien abiertos de la sorpresa y vidriosos de la emoción de poder desatarse y poder caminar. Yolce fue corriendo a liberarles de las cuerdas, lo primero que hizo fue quitarles la mordaza para que pudiesen hablar y respirar mejor.

— Gracias a los dioses que habéis venido a rescatarnos — gritó Lucas que no sabía cómo modular su voz después de estar con la mordaza. De la emoción de poder volver a hablar no dejó de contarles que es lo que había pasado en el bosque.

— Desatadme rápido. Tengo que ir a hablar con esas malditas criaturas cara a cara — dijo Kary enfadado mientras se agitaba en la silla. Con la mirada buscaba su espada para hablar con quienes le habían secuestrado — Esta vez no me van a coger por sorpresa.

El enano se empezó a reír y les contó lo que había pasado hace unos minutos fuera de la cabaña, Yolce y él se habían encargado de dejarlo todo limpio de esas criaturas.

— Anda que ser atrapados por esa panda de crías...
— dijo el enano a modo de burla mientras se reía — Que cojan a Yolce vale, ¿pero a vosotros? Ya sois mayorcitos, seguro que os habéis enfrentado a criaturas más fuertes.

Lucas y Kary miraron con desdén a Jurio, pero no le hicieron mucho caso. Los dos se pusieron enseguida de pie y estiraron las piernas y las muñecas que se les habían quedado agarrotadas y rojas por culpa de las cuerdas.

— Nos durmieron con unos dardos y mientras vosotros dos discutíais sobre tonterías nos arrastraron hasta este lugar. Y aquí nos despertamos atados y con una señora mayor mirándonos fijamente — Kary se calló unos segundos, miró a Lucas con cara de preocupación y este le devolvió la misma mirada de preocupación. Tosió para aclararse la voz y siguió hablando — Y nos empezó a hablar de ti, Yolce. Sabe quién eres y parece ser que te están buscando por estos bosques.

La sala se quedó enmudecida, nadie se atrevió a seguir hablando después de eso, ni siquiera se escuchaba un suspiro, ni una respiración entrecortada, ni tampoco una tos, solamente el silencio incómodo y frío de la sala. Yolce se puso pálido al escuchar esas palabras y las piernas le empezaron a temblar como si estuviese desnudo en el Glaciar de Krikov.

—¿Y qué es lo que te dijo sobre mí? — tartamudeó Yolce mientras su cuerpo entero temblaba como un slime. Lucas se quedó mirando al suelo sin atreverse a levantar la cabeza

y su padre al ver a su hijo con la cabeza gacha suspiró profundamente y empezó a contar lo que la anciana les había dicho cuando estaban atados.

— Te están buscando varias personas, pues saben que eres el último halfling que queda con vida. Quieren cogerte para llevarte ante las puertas de Kilopetra. Allí te utilizarán para abrirlas y rescatar a quienes están detrás de aquella puerta. Dijo que tus poderes mágicos pueden abrir esa puerta y podrían hacer con tu magia muchas más cosas que no nos quiso contar — el enano dio un paso atrás al escuchar la palabra magia. Kary le miró y sonrió con timidez, luego siguió hablando — Te necesitan para sacar de allí los poderes de la magia negra. Esa puerta está en el Monte Perdido, al resguardo de los minotauros.

Yolce empezó a sonreír y a mirarse las manos con admiración y extrañeza, como si esas manos no fuesen suyas. El enano seguía sin acercarse al pequeño Yolce y le miraba de arriba abajo con desgana y un poco desconcertado.

— Por eso en el pueblo un señor me regaló esto — Yolce sacó el libro de un bolsillo que tenía en la parte trasera del pantalón — Me dijo que yo podía usarlo, pero todavía no lo he empezado a leer pues entre unas cosas y otras... Por eso también podía leer el libro que tenía la anciana y Jurio no lo entendía, ¡es porque soy un mago!

La cara y el ánimo de Yolce cambiaron por completo ahora estaba eufórico, feliz y sorprendido, pues es lo que siempre había soñado, siempre quiso ser un mago como su amigo Hiru. En cambio, la cara de Jurio había cambiado por completo, su preocupación y su temor por la magia habían aumentado solamente con aquella frase.

El halfling no paraba de dar pequeños saltos en el sitio mientras los demás aguardaban en silencio sin saber cómo explicarle la situación actual, estaba siendo buscado para liberar la magia negra que tanto había costado encerrar durante todo este tiempo. Querían liberar a al ejército inmortal, a las destructoras de reinos, a las magas más poderosas que han existido.

— Yolce, no deberías... —la mano de Kary paró la frase que iba a decir Lucas y con una sonrisa falsa y un movimiento de cabeza hizo que Lucas entendiese que no debía seguir.

— Entonces hoy dormimos aquí, ¿no? Aquí estaremos más a salvo que fuera por lo que nos ha demostrado este bosque. Además, hay ropa suficiente por si hace frío y necesitamos arroparnos — propuso Jurio mientras dejaba todas sus pertenencias en el suelo, incluido el hacha. Y por primera vez vieron como el enano estaba relajado y sonriente. Los demás fueron a coger la ropa que había por las estanterías y las dejaron cerca suya por si hacía frío al caer la noche. Luego se sentaron todos en el suelo en círculo para poder conversar tranquilamente. Prepararon el fuego cerca de las escaleras para que así no se quedase toda la sala donde iban a dormir llena de humo y así el humo saliese por el agujero que había hecho Jurio para entrar. Cogieron la olla y echaron un salteado de algunas verduras y un poco de carne que tenía el enano en su pequeña mochila de tela.

La comida terminó de hacerse, quitaron la olla del fuego y los cuatro comieron de la olla mientras Jurio y Yolce volvían a explicar con más detalles la pelea que habían tenido fuera de la cabaña, incluso Yolce a veces se levantaba para imitar, de manera exagerada, al enano y

este también intentó imitarle un par de veces de manera burlesca, incluso intentó imitar su voz aguda, algo que hacía bastante gracia al grupo. El ambiente estaba muy festivo y alegre por primera vez desde que se habían conocido. Estuvieron un buen rato haciendo imitaciones hasta que Yolce y Lucas cayeron rendidos en un montón de ropa y la baba no tardó en empezar a caerse por la comisura de sus labios, habían quedado rendidos enseguida. Jurio vio que los dos se quedaron dormidos y tocó el hombro a Kary y con un movimiento con la mano le indicó que se acercase hacia las escaleras, este le hizo caso y se sentaron en el primer escalón con las últimas llamas que quedaban. Jurio no pudo esperar y empezó a susurrar a Kary:

— ¿Qué vamos a hacer ahora? Tanto tú como yo sabemos que significa que quieran abrir esa puerta, nuestras madres nos han contado historias sobre la magia negra y sus creadoras, las diosas del Inframundo. Esa puerta está protegida por los minotauros, seres divinos con una fuerza y una gran habilidad para la batalla. Y si quieren abrirlas, aun sabiendo que los minotauros la defienden, es porque planean algo muy fuerte. Nadie quiere enfrentarse con un minotauro.

— ¿A dónde quieres llegar, Jurio? — preguntó Kary con cierta sospecha.

— Que vamos a morir en el intento hagamos lo que hagamos, ¿le escondemos? Nos encontrarán y nos matarán. ¿Vamos a salvar a estas tierras de las diosas del Inframundo? Nos matarán por el camino y sino nos matarán las magas del Inframundo. Es imposible sobrevivir a esto. Yo tengo muy mala experiencia con la magia, las enanas la tenemos prohibida en nuestras ciudades. Yo juré que moriría en una batalla que mereciese

la pena, pero luchar contra magas no es algo heroico, es suicida. Quiero morir porque me atraviere el cráneo una flecha, no por una bola de fuego de algún mago.

— Estar con él es muy arriesgado, pero ayudarle será salvar estas tierras de la vuelta de aquella etapa negra. Además, es nuestro deber como guerreros. El muchacho está solo. No tiene a nadie a su lado aparte de nosotros.

— ¿Deber? Yo no le debo nada a nadie. No sigo las leyes del orgullo del guerrero porque no soy ningún guerrero. Solamente me busco la vida o bien morir en una sangrienta batalla. Me da igual que quieran hacer cosas de magia negra o restaurar la paz, no confío en las magas ni en la magia — Los dos se quedaron en silencio unos segundos, estaban pensando en que iban a hacer ahora, aunque estuviesen muy claras las ideas de cada uno y discrepaban en todo.

— Lucas y yo acompañaremos a Yolce, estas tierras no merecen caer en manos de unas diosas malignas — Kary rompió aquel silencio, pero el enano ya no le prestaba atención, se había quedado mirando las últimas ascuas del fuego — Vamos a pensarlo mientras descansamos, aunque piensa que por el camino puedes encontrarte aquella batalla que tanto deseas.

Después de esas palabras Kary se fue a dormir y el enano se quedó un rato más mirando las ascuas, hasta que las apagó con la suela de su bota y se fue a dormir con los demás. Como era de esperar durmió pegado a su amado hacha.

El grupo se fue levantando poco a poco mientras se desperezaban con estiramientos y bostezos. Se sentaron todos juntos para desayunar un poco de pan y fruta que tenían Kary y Lucas. Cuando acabaron de comerse todo empezó la conversación que habían aplazado la noche anterior.

— ¿Qué vamos a hacer entonces? — preguntó Lucas para romper el hielo, estaba impaciente por saber que harían ahora. Aunque había dormido bien, no paraba de darle vueltas al asunto.

— Seguir con el plan, ¿no? Debemos de ir al Monte Perdido, allí podré encontrar a Hiru y avisar a los minotauros sobre el plan que quieren hacer — dijo Yolce.

— ¿Cómo vamos a ir al Monte Perdido? Es un monte del que solamente se cuentan leyendas — preguntó Kary, el enano seguía callado sin decir nada sobre el asunto, parecía bastante convencido de lo que dijo ayer sobre acompañar o no a Yolce.

— El mago me dijo que fuese a las Ruinas de Grouki, allí buscar el anfiteatro y una luz iluminará el camino. Soy un ser mágico, seguro que ahora será todo más fácil. Me leeré el libro que me regaló el mago y con mi magia el camino será como una ruta por el campo — todos se quedaron callados, el enano solamente podía negar con la cabeza mientras miraba el suelo.

— Yo me apunto, quiero ver a los minotauros con mis propios ojos y no que alguien me diga cómo son — dijo Kary. Lucas al ver como su padre se apuntaba al plan no lo dudó, pues siempre iban juntos a todos lados. El joven decidió unirse al viaje. Todavía quedaba por decidir Jurio,

que estaba muy serio mientras se rascaba la barba. Todos le miraron esperando su respuesta, al darse cuenta de que todo el grupo le miraba se puso a hablar.

— Iré con vosotros. Qué remedio... — respondió el enano — Quiero ver las Ruinas de Grouki de cerca, dicen que ahora están plagadas de arañas.

Yolce al ver que todos se apuntaban al viaje se alegró mucho y fue a darle un abrazo uno por uno a todos, por último, fue a darle un abrazo al enano, pero este le aparto con la mano y poniéndole cara de asco. Luego preparó sus pertenencias y se puso en marcha.

— Vámonos. El viaje hasta las ruinas es largo y habrá que buscar algo de comida que casi no nos queda nada para llevarnos al estómago — dijo Jurio de manera muy autoritaria y seca. Ninguno le rechistó y le hicieron caso. Recogieron sus pertenencias y empezaron su viaje.

Empezaron a subir las escaleras que los llevaban a la cabaña y el olor a muerte y putrefacción empezaba a ser palpable en la cabaña. Las tripas de aquellas chicas que habían luchado y sus cadáveres ya empezaban a oler y con eso empezaron a venir las aves carroñeras y algunos lobos de la zona. Los lobos estaban destripando a las chicas a bocados, mientras que las aves aprovechaban para comerse las tripas que el hacha de Jurio había dejado desparramadas por el suelo. Las peleas entre los propios lobos sonaban violentas y cada vez se iban sumando más graznidos por parte de los buitres.

El grupo tuvo que salir con cuidado, el primero en asomar la cabeza fue el hacha de Jurio y después Jurio, que vio como un lobo estaba comiéndose una pierna que habría

arrancado a alguna de las chicas y se la había metido dentro de la cabaña para no tener que estar peleándose con los demás. El lobo estaba tan concentrado en la pierna que no pudo ver el hacha que se abalanzaba sobre él, ni siquiera pudo aullar de dolor por la violencia y fuerza con la que el hacha acertó en su cráneo. El lobo cayó rendido al suelo con el hacha aún incrustada. Jurio se acercó a aquel lobo marrón que acababa de matar para poder recuperar su hacha, los demás se siguieron a hurtadillas para no ser vistos ni oídos. Los lobos, aunque estaban concentrados en la comida podían escucharlos y atacarles en cualquier momento.

— ¿En tu libro no hay algún conjuro de invisibilidad que nos pueda sacar de este apuro? — preguntó Lucas al halfling que inmediatamente se puso a ojear el libro. El enano resopló con indignación y empezó a murmurar para sí mismo, aunque en realidad el grupo podía oír como estaba maldiciendo la magia y a sus magas.

— Nada de magia — ordenó Jurio — Saldremos de aquí con la cabeza y no con trucos de magos — cogió un par de maderas que estaban tiradas por el suelo después de que Jurio y Yolce rompiesen la mayoría de los muebles en busca de sus compañeros. Les ató un par de telas encima de cada madera, con unas cuerdas las apretó fuerte, cogió dos piedras que tenía guardadas en su bolsillo para hacer fuego y con unas cuantas hojas que había traído el viento dentro de la cabaña hizo una pequeña hoguera para prender fuego a la tela que había puesto en la punta de las tablas para hacer dos antorchas improvisadas.

— ¡Claro! — exclamó Kary — El fuego ahuyentará a los lobos y los buitres volarán alto según vean movimiento — el enano sonrió con perspicacia y dio una antorcha a

Lucas y la otra a Yolce, que todavía seguía leyendo el libro que le había dado el mago, así que Jurio le dio un pequeño puntapié en la tibia para que cogiese la antorcha y dejase aquel maldito libro. Luego explicó el plan rápidamente; los dos de las antorchas estarían en el centro del grupo agitando las antorchas hacia los lobos, mientras que Jurio y Kary estarían con sus armas alrededor de quienes llevan las antorchas por si se acercase algún lobo. Cuando el plan estuvo claro salieron los cuatro de la cabaña ya en posición y los buitres se fueron volando según escucharon los pasos del grupo, como había previsto Kary. Los lobos se alejaron unos pasos para atrás, pero estaban en posición de ataque, arqueando la espalda y enseñando los colmillos. Sus gruñidos se hacían más potentes a cada paso del grupo. La sangre de los cadáveres les goteaba de sus afilados colmillos. El grupo andaba a paso lento, pegados y con decisión, pues sabían que al mínimo descuido los lobos atacarían por haberles arruinado su preciado desayuno. Mientras el grupo andaba hacia atrás, sin apartar la mirada de los lobos, un buitre se lanzó en picado encima de la antorcha de Yolce que hizo que se cayese al suelo, que cayó también Yolce al sentir al buitre tan cerca. Aquello provocó un desconcierto dentro del grupo y uno de los lobos aprovechó la situación de frustración y confusión de sus enemigos. El lobo que atacó fue directo a por el enano que le derribó con sus patas e intentó arrancarle la cara de un bocado, pero el enano puso su hacha entre sus dientes para parar el mordisco. Hasta que Kary le dio una fuerte patada en las costillas al lobo, que lo desplazó un metro, alejándolo del grupo. Kary ayudó a levantar a Jurio y volvieron a su posición de estar todos juntos con las antorchas, incluida la de Yolce que la había vuelto a coger.

Se adentraron un poco en el bosque hasta que vieron que los lobos ya no les seguían y pudieron apagar las antorchas y tirar los palos para no tener que llevar más carga encima. El enano se sentó en una roca mirando las heridas que le había provocado el lobo con sus garras, tenía el antebrazo izquierdo repleto de heridas poco profundas, pero la sangre no paraba de salir por las heridas.

— Ven Jurio, voy a curarte esas heridas — dijo Yolce acercándose al enano con el libro en la mano. El enano se levantó de la roca al ver como su intención era usar la magia para curarle.

— ¡Atrás! — gritó Jurio poniendo el hacha por delante para que no pudiese acercarse más — Yo no quiero saber nada de la magia, eso es para engreídos e intelectuales.

— Por favor, Jurio. Necesito practicar. No voy a hacer magia mala, solamente quiero sanarte, a ti y a quien lo necesite. Hiru me explicó hace tiempo que la magia da mucho poder y por eso corrompe a quien la usa. Con ella puedes matar o controlar a alguien solamente con unas palabras, poder hacer eso te corrompe, puedes ganar guerras usando un par de conjuros. Por eso voy a dedicarme a sanar a la gente. Como las... ¿Cómo llamáis a quienes curan a la gente en vuestras religiones?

— Curanderas, pero no tienen nada que ver con ninguna religión — explicó Kary con una sonrisa entre los labios.

El enano frunció el ceño y se dejó convencer por las amables palabras del halfling, estiró su brazo herido dando la oportunidad de practicar a su compañero. Yolce abrió su libro y empezó a leer en bajito.

— Necesito que te arranques un diente — dijo Yolce — Aquí pone que es necesario el diente de un enano para este hechizo — explicó mientras le mostraba la página del libro donde ponía eso. El enano dio un bote hacia atrás para apartarse de él y Yolce empezó a reírse — Es broma, trae el brazo aquí, anda.

Yolce empezó a cantar una melodía, una y otra vez, mientras pasaba sus pequeños y ágiles dedos por encima de las heridas sin llegar a tocarlas. Una luz verde con leves destellos púrpuras empezó a salir de sus dedos, cada vez que repetía la estrofa de la melodía aquel brillo iba siendo más y más intenso. Kary y Lucas no paraban de mirar con asombro, mientras que Jurio tenía los ojos cerrados y la cabeza girada, realmente aquello le daba verdadero pánico. Para su desgracia, aquel brillo le obligó a abrir los ojos y mirar aquel conjuro. Las heridas se fueron cerrando poco a poco, hasta que cicatrizaron sin dejar ninguna marca. Yolce al terminar sonrió y dio saltos de alegría, mientras que los otros tres no podían creerse lo que acababa de hacer. Todos se acercaron a su brazo, lo más cerca posible para verlo bien, incluso pasaron sus dedos para ver si le dolía o si era una ilusión. Yolce seguía dando saltos hasta que paró de golpe y soltó un pequeño grito que alertó a todos.

— Tranquilos, chicos. Me he tropezado y me he dado con una piedra en los dedos de los pies — explicó Yolce con una sonrisa en la cara. Cuando se alegraba volvía a ser aquel niño que jugaba en su pueblo sin tener que preocuparse por las guerras, algo que el grupo notaba y le alegraba bastante, nunca perdía su inocencia ni su alegría.

— ¿Cómo es que te sabías la melodía? — preguntó Kary.

— ¿Te lo ha dicho algún dios desde lo alto? — preguntó Jurio mientras miraba al cielo en busca de algún dios que estuviese merodeando por las ramas de los árboles.

— Me ha salido solo, como si me la supiese desde que nací, pero nunca había escuchado aquella melodía — dijo confuso — Será que es verdad que tengo dentro un gran poder mágico.

El enano seguía sentado en la roca mirando su antebrazo, no podía creerse aquella recuperación tan rápida y eficaz. Primero miraba su antebrazo con asombro y luego se quedaba mirando unos instantes al halfling sin poder explicarse como había ocurrido. Así se pasó un buen rato sin asimilar que la magia había curado sus heridas y que esa magia la había hecho el pequeño Yolce, el mismo que casi no sabe usar ni un puñal. Aunque parecía que ya había asimilado la curación, su cara aún brillaba de fascinación, sus ojos parecían que se iban a salir de sus cuencas, mientras que Yolce seguía feliz, como siempre, como si nada hubiese pasado. Kary y Lucas hablan en susurros sobre lo ocurrido y de vez en cuando miraban hacia el halfling sorprendidos de aquel poder oculto.

Siguieron andando por aquel bosque tan verde y vivo. La luz del sol hacía que todo en aquel bosque cobrase vida, desde los árboles y las plantas, hasta la propia tierra y las piedras. Su camino no se alteraba, iban dirección al norte. No podían perder mucho tiempo en aquel bonito bosque. Aunque tuvieron que parar para buscar algo que llevarse a la boca, el Sol pegaba fuerte y sus cantimploras estaban casi vacías.

— Tenemos que buscar algo de comida e ir al río a llenar las cantimploras — dijo Jurio — El río está a una hora andando. Iré a por el agua y con suerte cazaré algo que llevarnos a la boca.

— ¿Puedo ir contigo? — preguntó Yolce antes de que el enano se pusiese en marcha hacia el río. Jurio le miró unos segundos, pero no pudo decirle que no a aquella cara de pena que ponía cuando quería conseguir algo, tampoco podía negarle eso a alguien que le había curado las heridas. Yolce cogió las cantimploras de sus compañeros, mientras Jurio dejaba algunas cosas donde iban a acampar unas horas.

— Nosotros haremos el campamento y la hoguera mientras vais al río — dijo Kary — Con suerte se acerca algún animal y lo podremos cazar.

— Muy bien, pero esta vez no os dejéis capturar, ¿de acuerdo? — el enano soltó una carcajada mientras que Kary y Lucas le ponían mala cara, aunque media sonrisa se le salían por la comisura de los labios. Yolce también se rio con aquel chascarrillo. Los dos se fueron dirección al oeste donde debería estar el río. Cuando se alejaron del campamento el halfling no pudo evitar romper el silencio.

— ¿Por qué no estás con tu clan? Todavía no me lo has contado — preguntó con valentía Yolce, el enano se paró y le miró con desgana y enfado, cerrando los ojos y arrugando mucho la nariz — Y creo que ya estoy preparado para saberlo — el enano le esbozó una sonrisa y siguió caminando.

— Tú sabes que nosotros tenemos que ser fieles a nuestros clanes, pues yo no pude serle fiel al mío. Ya no

existen clanes, ni siquiera existe mi ciudad tal y como la conocía, ni tampoco mi familia, ya no existe el lugar donde yo me crié. Y todo por una maldita guerra entre clanes de enanas, una batalla entre clanes para ver quien mandaría en Urkal, para ver quién sería el clan ganador y proclamar generales al clan que ganase aquella guerra, icómo si me importase a mi quien manda en la ciudad! — Jurio escupió al suelo y pisoteó su escupitajo con rabia — Y todo para ver quién manda, para ver que clan es el más sanguinario y asesino de la ciudad, para tener poder y prestigio, para gobernar.

— ¿Y qué pasó? ¿Qué clan es el que manda ahora en Urkal?

— No sé quién fue el clan ganador, yo no participé en aquella absurda guerra.

—¿Por qué no? Seguro que vuestro clan podría ganar y gobernar bien en Urkal — el enano soltó una carcajada amarga al escuchar las inocentes palabras del pequeño.

— ¿Gobernar bien? Eso no existe, pequeño. Dime, quien es mejor, ¿el que te mata si le desobedeces o no cumples con sus leyes? ¿O el que te encierra o te hace desaparecer por no confiar en su reinado? El poder es malo, como tú dijiste antes. Si alguien está mandando o es alabado por alguien, es porque tiene detrás mucha sangre derramada y ha hecho cosas muy malas para llegar donde está — el halfling se quedó reflexionando sobre aquellas preguntas y respuestas que le había dado Jurio mientras este seguía contando su historia.

— La ciudad estaba en crisis, el gobierno estaba a punto de ser derrocado, las revueltas eran casi diarias y los clanes

decidieron reunirse para hablar de la situación y proponer un nuevo gobierno. Llegaron a la conclusión que deberíamos gobernar los clanes, pero no se pusieron de acuerdo en gobernar todos juntos, entonces llegó la propuesta de luchar para ver quién sería el clan que gobierne la ciudad. Mientras la gente se peleaba con el gobierno, nosotras nos peleábamos para ver quien gobernaría.

>> Mi clan decidió participar, como todos los demás clanes, todos querían gobernar. Como estaba claro me negué a participar e intenté convencer a mi clan para no luchar e irnos a otras cuevas a vivir en paz, pero se negaron. Aquella discusión se acaloró bastante y acabamos llegando a las manos, a Balmor Klenn, un enano flaco, calvo y con cara de cerdo, quien se creía que era el jefe del clan, le pegué un puñetazo en la mandíbula que le dejé en el suelo — el enano sonrió al recordar aquella escena — Ese día, a vísperas de entrar en guerra, mi hermana Sluria me despertó de la cama empujones y me sacó casi a rastras de la habitación, yo no entendía nada de lo que estaba ocurriendo en aquel momento, yo todavía estaba dormido. Me llevó a un pequeño túnel y me explicó que el clan había planeado asesinarme y que debía irme de inmediato. Me dio un abrazo, me regaló su hacha — acarició el hacha y sus ojos se tornaron tristes y llorosos — y me empujó hacia el túnel para irme de Urkal y no poder volver nunca. <<

>> Al tiempo de estar fuera de mi ciudad me enteré de que la guerra aún seguía, llevaban casi un año luchando por el liderazgo. Al escuchar eso recordé el lema de mi clan "vivimos para morir en una batalla, nacimos para morir", pero aquello no era una batalla, era una estúpida lucha de ego. Por eso, desde que me fui de Urkal, he estado

buscando una batalla en la que merezca la pena morir, al menos no traicionaré al lema de mi clan. Soy el único fiel al clan. Aunque como puedes observar después de veinte años no he encontrado aquella batalla, y eso que he tenido que luchar contra trolls, arañas gigantes y cientos de criaturas que no creerías que existiesen, pequeño <<

— Pero seguro que ahora que eres un mago conocerás a muchas criaturas en tus aventuras y misiones — sacudió con ternura el pelo a Yolce y este le devolvió una sonrisa.

Sin darse cuenta, con tanta historia, habían llegado al río que estaban buscando, el agua era cristalina y no corría muy rápido el agua, pero tampoco estaba el agua estancada. No había ningún animal cerca de la orilla que estos dos pudiesen darle caza. No se preocuparon mucho por la comida, se quitaron la ropa y se bañaron en el río. Ninguno de los dos llegaba a tocar el fondo del río, pero eso les daba igual porque jugaban a tirarse agua e intentar meter la cabeza del otro en el agua, aunque Yolce no lo consiguió porque Jurio tenía mucha más fuerza que él.

Mientras estaban jugando con el agua un ciervo se acercó a la orilla del río para beber algo de agua, el ciervo estaba solo, era la oportunidad para cazarle. Los dos se callaron de inmediato y se miraron el uno al otro. Bucearon en el agua hasta acercarse al ciervo y allí Jurio le tiró al agua agarrándole de la cabeza y metiéndole dentro del río. El ciervo pataleaba, pero con un duro y seco giro en el cuello consiguió partirle el cuello y así dejase de moverse. Entre los dos subieron al ciervo muerto a la orilla, contento de haber conseguido, comida, agua y risas al estar jugando en el agua. Además de afinidad con el enano ahora que se había abierto un poco más con él.

Llenaron las cantimploras de todo el grupo y se pusieron a buscar una rama larga y fuerte a la que poder afilarle las puntas y poder atravesar al ciervo para llevarlo entre los dos de manera más cómoda al campamento. Jurio empezó a fruncir el ceño mientras estaban atravesando al ciervo con un palo afilado que había econtrado Yolce.

— ¿Ya no te importa lo de matar a alguien? — Yolce se giró hacia Jurio sorprendido por aquella pregunta tan inapropiada — Es decir, hemos matada a un ciervo y le hemos atravesado con el palo y no te veo conmocionado. También hemos luchado y matado a aquellas chicas antes y tampoco te veo muy preocupado por ello — Yolce soltó una risita. Agarró con más fuerza el extremo del palo y con un gesto con la cabeza dio a entender que avanzasen con el ciervo.

— Claro que me sigue importando, Jurio, pero no como antes. Yo nunca había salido de Serbol, nunca he tenido problemas ni he tenido que luchar para seguir con vida. La vida aquí es diferente, eran ellas o nosotras. Ya me advirtió mi padre que el mundo fuera de la aldea era peligroso, repleto de muertes, magia y traición. También me dijo que siempre hay que cuidar de la familia y no iba a dejar que os hiciesen daño a ninguno de vosotros — Yolce miró hacia atrás con una sonrisa burlona y a la vez cariñosa — Es por eso por lo que también quiero dedicar mi magia a la curación y sanación. Alguien tendrá que curar las heridas que os provoquen por ser tan salvajes e impulsivos, sobre todo tus heridas.

Jurio soltó una enorme carcajada y no volvió a preguntar más sobre el tema, estaba satisfecho con la respuesta y la evolución del pequeño. El camino que les quedaba lo hicieron en silencio, sin la necesidad de tener

que hablar para no sentir incomodidad, solamente se escuchaba el ruido de los pájaros y el crujir de las ramas que iban pisando.

Llegaron al campamento donde les estaban esperando Lucas y Kary, allí los dos humanos al ver que traían al ciervo en hombros empezaron a salivar y salieron corriendo a ayudar a Yolce y Jurio para quitarle la carne comestible al ciervo. Mientras cortaban los muslos al ciervo, Yolce empezó a poner la pequeña olla en el fuego, con unas setas que se habían encontrado los humanos. Los cuatro estaban deseosos de probar aquella carne de ciervo tan deliciosa, pues se decía que la carne de ciervo es de las más sabrosas que hay por aquellos lares, por eso es tan cara en los mercadillos de los pueblos y ciudades.

Cuando acabó de cocinarse la carne todos cogieron rápido su porción de comida y empezaron a engullir, porque casi no lo estaban masticando, parecía que llevasen años sin probar bocado alguno. Tardaron poco en comer y no tuvieron mucho tiempo para tumbarse y descansar pues todavía les quedaba un largo camino hasta las ruinas y ya habían perdido el tiempo suficiente en ir a buscar agua y comida, aunque gracias al ciervo tenían comida para esta noche. Habían guardado bastante carne en una de las bolsas de tela que llevaban.

Siguieron su camino sin ningún problema, ni emboscadas, aquel bosque era armonioso, se podía sentir en el aire que no había ningún problema por allí, que los tragos no merodeaban por aquella zona, ni que había presencia de hombres lobo, ni serpientes gigantes. Cómo mucho podían ver a un lobo o algún jabalí con sus crías,

pero nada más. Aquel bosque transmitía paz y una sensación de calidez, como si estuvieses de nuevo en tu niñez, cerca del fuego y con una hoguera que daba calor suficiente para no tener que usar mantas. El bosque parecía que te contase cosas, que te hiciese vivir recuerdos que ya no recordabas, aquel bosque hablaba contigo. El grupo lo notaba, iban sin prisa y con la mirada al frente, los músculos relajados sabiendo que no les pasaría nada, disfrutando de los rayos de Sol que se colaban por las ramas de aquellos árboles tan altos.

— Este es el bosque más tranquilo por el que he caminado nunca — expresó Kary con alegría a todo el grupo, que asintió con la cabeza — Ni espíritus, ni goblins, ni arañas, ni ataques sorpresas, ni trampas... Solamente un agradable paseo.

— ¿Has estado en los bosques de Kizzar? Ese bosque sí que es precioso — dijo Jurio melancólico, aunque su rostro no tardo en cambiar a un rostro más sombrío — Hasta que llegaron las arañas y los comecaras, ¿por qué siempre aparecen arañas?

— ¿Qué son los comecaras? — preguntó Yolce con toda la inocencia que tenía. Él solamente preguntaba todo el rato, necesitaba saber cosas sobre los reinos.

— Son unos gusanos con una boca más grande que una cabeza de humana, sus dientes son más afilados que unas dagas, tiene dos pinzas en la boca para agarrarte de la nuca y no dejarte escapar y se mueve bajo tierra a una velocidad nada habitual en los gusanos. Salta sobre ti desde la tierra.

— No serían un gran problema si no midiesen un metro de alto y tres de largo — intervino Lucas.

— Lo que tienes que saber de ellas es que siempre atacan a la cara, todo lo demás de tu cuerpo les da igual — dijo Jurio — Así que defiende tu cara si la aprecias y así no se comerá tus ojos ni tu cerebro. Le encanta comer sesos.

Yolce estaba asombrado, no paraba de aprender de todas las historias que le contaban, "*¿estas tierras eran tan grandes como para tener tantas criaturas?*" se preguntó. Quería conocer a todas aquellas criaturas, aunque fuese de lejos para no morir en el intento.

— ¿Y dónde se encuentra el bosque de Kizzar? — preguntó Yolce, no quería perderse nada de aquellas maravillosas tierras, quería hacer un mapa mental para, después de esta misión, ir a visitar todos aquellos lugares.

— Al este de Custom, nosotros tuvimos que cruzar ese bosque — respondió Kary.

— ¿Por qué? ¿Acaso huisteis de Custom? — preguntó Jurio.

— Así es. Tuvimos que huir de aquel terrible reino — se notaba la furia y la rabia en las pocas palabras que había dicho Kary, sus ojos vidriosos y sus puños cerrados hacían ver que era un tema escamoso, tanto para Lucas como para Kary.

— ¿Por qué? — preguntó sin vacilar el pequeño halfling. El silencio se apoderó del grupo, un profundo suspiro salió del alma de Kary para luego empezar a hablar. Ya estaba preparado para contar su historia.

— Siempre hemos sido de Custom, vivíamos en la zona norte, donde hay más pobreza y los gremios de ladronas nos defendían de los guardias. Yo trabajaba en la

granja de mi amigo Ruffleit, con mi mujer Rossana, las dos trabajábamos juntas. No ganábamos mucho dinero, pero nos bastaba para alimentar a nuestro pequeño Lucas y a nosotras. En la zona donde vivíamos, todas las noches, y algunas veces a plena luz del día, venía la guardia real de Galileo a pegar palizas, recaudar impuestos o acusar y encerrar a quien ellos dijese que era una ladrona o una asesina. Cuando no hacían eso, se emborrachaban y venían a insultar al vecindario o incluso a llevarse a alguien para torturarlo en los calabozos — Kary cogió su cantimplora y le dio un largo trago, tenía la boca seca de los nervios de contar aquella horrible historia. Estaba pasándolo mal al recordar todo aquello. Después del trago de agua se aclaró la garganta tosiendo con fuerza y prosiguió con su historia.

>> El gremio de ladronas estaba ya harta de ver como la guardia hacía lo que quería, no había noche que alguna del gremio no acabase muerta o con golpes de aquellos salvajes, así que planearon un asalto para la próxima guardia que viniese la siguiente noche. Casi toda la gente se implicó. Le dejaron sus armas al gremio, les dejó muebles viejos para tirarlos desde azoteas, incluso les dejaron casas para esconderse. Como era de esperar la guardia real vino aquella noche, armando escándalo como siempre, pero al primer grito de la guardia real empezaron a llover tablones desde las azoteas. Salieron algunas desde callejones con maderas y cuchillos para atacar a la guardia, incluso algunas vecinas que no eran del gremio salieron a repeler a la guardia. La guardia se fue corriendo de la zona y todo el vecindario lo celebró, todas estábamos contentas así que salimos a la plaza a bailar y beber por aquella victoria. Aunque todo eso duró poco, apareció toda la guardia real, la zona estaba rodeada por ellos, nadie podía salir de allí y la guardia empezó a golpear con espadas, mazos y a

disparar con arcos y ballestas a la gente que estaba en la plaza y también a quienes estaban en su casa sin hacer nada. <<

>> La guardia estaba encolerizada, era la primera vez que la echaban y sufría aquel ataque tan directo. Había veces que se habían pegado, pero jamás le había asaltado un vecindario entero. Mucha gente fue asesinada, mi mujer fue asesinada cuando una espada le atravesó el pecho al huir del lugar — el joven Lucas tenía la mirada fija en el suelo, parecía como si estuviese recordando aquel momento tan trágico — Lucas y yo nos pudimos salvar de aquel ataque, aunque a los días siguientes la guardia volvía a por más sangre. Así que decidimos irnos de la ciudad, no era un sitio seguro para nosotros — Kary se acercó a su hijo y le agarró con fuerza y ternura del hombro y se soltaron una pequeña sonrisa entre ellos — Y ahora míranos, haciendo un viaje con un halfling y un enano para salvar a la gente del mal <<

— Siempre me han contado historias de aquella ciudad y de tener a la guardia más sádica y asesina de las cercanías, pero nunca pensé que fueran unos sacos de mierda con patas— maldijo Jurio en alto.

— Lo siento mucho, amigos... — la voz del halfling se entrecortó, se notaba que le había afectado mucho aquella historia.

— No tienes que sentirlo. Todo eso ya ha pasado, ahora tenemos una vida diferente, ya no tengo que ayudar a las vacas con su embarazo. A todos nos ha pasado algo en nuestros hogares para así vivir juntos este viaje — dijo Kary.

— Sí, y después de este viaje podremos hacer otro, podríamos ir a otras tierras que no conozcamos, o ir en busca de alguna dragona — exclamó Yolce elevando sus diminutas manos al cielo, los demás le miraron con ternura.

— Deberíamos ir acampando, falta poco para que anochezca y ya me están rugiendo las tripas pidiendo más carne de ciervo — propuso el enano.

— ¿Eran tus tripas? Pensaba que era una horda de orcos poco cautelosos lo que sonaba — se burló Lucas de Jurio. Todos se rieron por el chascarrillo y se pusieron a acampar.

VII

Estaban disfrutando de aquella noche tan cálida y familiar, mientras comían la deliciosa carne de ciervo, todo esto, acompañado de historias que contaban en tabernas o cantaban las bardas. El fuego calentaba un poco el ambiente y las piernas del grupo, pues a esas horas la brisa corría entre los árboles para entrar directo a los huesos. Aquella brisa se llevaba sus conversaciones al fondo del bosque, donde todo era más oscuro y siniestro por la noche, donde podían aparecer espectros o algún cangrejo criak, pero el grupo estaba afianzando su amistad en aquella hoguera sin preocuparse de lo que podría venir, pues ahora estaba hablando Yolce sobre como era su vida en la aldea y los demás le escuchaban con mucha atención, pues la vida de las halflings siempre ha sido un verdadero misterio para las demás razas. Solamente se escuchaban mitos o falsas historias, pero nunca se había escuchado la verdadera. Había quien decía que las halflings no existían, otras historias decían que merodeaban por las selvas para matar a todo ser viviente, y la realidad era otra totalmente distinta.

— Un halfling y un enano juntos. Menuda situación tan extraña. Parece alguna historia que explicaría desde su escondite alguna ermitaña maga — dijo una voz grave, pero con un toque diversión en el tono. Todo el grupo se levantó rápido y cogió sus armas y se pusieron a mirar a la oscuridad.

— Shhhh — sonó de fondo, algo que alteró mucho al grupo.

— ¿Quién anda por ahí? Dad la cara, cobardes. Si tan fanfarronas sois de hablar en alto, presentad batalla aquí — gritó Jurio a la oscuridad. El enano no paraba de hacer girar su hacha sobre sí misma con una sonrisa burlona y atrevida.

— Siempre igual, Dil — dijo otra voz más aguda. Las ramas empezaron a moverse y a sonar, como si las raíces del árbol se levantasen de la tierra. El grupo se preparó para defenderse del ataque de aquel misterioso enemigo.

— Perdón — se excusó la primera voz, y un árbol muy cercano al grupo empezó a agitarse, las raíces empezaron a salir de la tierra, convirtiéndose en piernas y los agujeros del tronco formaron una cara bastante peculiar. Eran ents. Un grupo de cuatro ents se acercó a la hoguera donde estaba el grupo hablando tranquilamente. El grupo bajó sus armas y se quedaron boquiabiertos al ver a unos árboles que podían andar y hablar. Los ents se acercaban a paso lento y Yolce se acercó al primero que había desvelado su identidad y fue a tocarle el tronco. El ent soltó una risotada que resonó por todo el bosque.

— Todas hacen lo mismo al verme — exclamó Dil y el grupo de árboles empezó a reírse, su voz es tan profunda, como si gritasen desde dentro de una cueva, que no paraba de resonar entre los árboles — Somos protectores de este bosque, no vamos a mataros ni haceros nada. Podéis bajar las armas, amigos.

— Hace años que por este bosque no hay goblins, ni arañas, podéis estar tranquilos — dijo otro de los ents para calmar la situación.

— ¿Qué hace por estos lares un halfling y un enano? — preguntó una voz amigable — Las halflings deberían estar en su aldea y las enanas deberían estar con su clan. ¿No seréis vosotros los que son tan buscados por aquí? Las magas no paran de nombraros, diciendo que nos salvaréis de la era más oscura que jamás ha visto estas tierras. Me llamo Gulevar, por cierto.

— ¿Quienes iban a ser si no? ¿Cambiaformas? ¿Titanes? Esas criaturas seguro que ni existen ya... — dijo la voz aguda y dio un paso hacia el grupo de humanoides — Pues claro que son ellos, Gulevar. Parece que tienes dos años en vez de quinientos.

— Eres un grosero, Timon. Pareces un elemental de cristal que ha invocado algún mago malvado y solitario, porque no tienes sentimientos y estás frío por dentro.

— Ya basta, amigos — dijo la cuarta voz. Una voz aún más profunda y lenta, con un pequeño deje al final de sus frases — Tenemos invitados en nuestro hogar, no debemos comportarnos así, además no son unos invitados normales, son quienes las bardas hablaran y cantaran durante décadas. Se cantarían canciones sobre sus hazañas de aquí hasta donde las dragonas no se atreven a pisar.

Jurio, Lucas y Kary estaban sin palabras, no les salía ni un hilo de su garganta. Era la primera vez que veían un ent, sólo sabían de ellos por las historias que habían oído. Decían que eran seres de luz y que protegían los bosques del mal que les acecha. Yolce seguía al lado de Dil, este le

ofreció su brazo para subirse a una de sus ramas aún más alta desde donde poder estar.

— Hiru me habló de vosotros, me dijo que sois aliados de la orden de las magas celestiales — dijo Yolce.

— Así es, muchacho — dijo la voz lenta, era el árbol más viejo de los cuatro — Las magas y nosotros queremos que exista la luz. Por eso ellas protegen los reinos del mal y nosotros los bosques.

— Por eso hemos venido, queríamos que vuestro viaje no tuviese ningún percance y así llegaseis antes a las ruinas de Grouki — dijo Dil.

— Últimamente hay algunas criaturas merodeando por el bosque. Nosotros os protegeros y os haremos más ligero y seguro el viaje — proclamó Timon.

Los ents bajaron sus brazos para que el grupo se subiese encima de ellos. El grupo no lo pensó y se dejó subir al tronco de sus amigos los ents. En cuanto todos estuvieron encima los ents empezaron a andar, a paso lento hacia las ruinas. Poco tardó el grupo en quedarse dormido entre las hojas de los árboles que habían preparado los ents para que estuviesen cómodos y no pasasen frío. El árbol más anciano se acercó a Dil, quería hablar con Yolce.

— Muchacho, tienes que leerte el libro que te dio el mago — explicó el ent a Yolce — El mismo mago que te regaló el libro me dio este mensaje para ti. Dice que es muy importante, debes conocer la magia y familiarizarte con ella. Tú, como todas las halflings, tenéis un gran

potencial mágico dentro que debéis descubrir y sacar al exterior para ayudar a que no vuelva el mal por los reinos.

— ¿Todas las halflings somos magas? — exclamó Yolce con asombro, era la primera noticia que tenía sobre las halflings. Tampoco sabía mucho de la historia de su raza, siempre ha estado viviendo en Serbol, pero jamás se contaban historias de tiempos de antaño.

— No exactamente. Todas nacéis con un potencial mágico dentro. Os es más fácil aprender conjuros, aunque algunas su potencial mágico es para invocar y otras para sanar, y solamente quien se familiariza mucho con la magia puede hacer toda la magia que desee. Vuestro poder es más fuerte que el de por ejemplo un mago humano que acaba de empezar con la magia — dijo Dil.

— Por eso estabais en Serbol sin poder salir. Tenéis un potencial mágico que todo el reino quiere. Y todas intentaban adueñarse de vosotras — intervino el anciano — La orden de magas tuvo que ponerlos a salvo para que no os secuestrasen y os usasen para el mal. Lanzaron un hechizo para que no os pudiesen detectar de ninguna manera. Erais una aldea invisible, nadie podía pasar. Quien pasaba por allí se olvidaba de que hacía por esa zona y rectificaba su camino.

Yolce se quedó pálido al escuchar aquello, toda su vida había estado encerrado en una aldea donde nadie podía ir a verlos, su vida había sido una mentira, un encierro. Nunca hubiese podido salir de allí si no fuese por la masacre. Habría vivido encerrado y lo peor para él es que Hiru jamás le contó nada de esto, un gran amigo suyo guardando algo tan importante. Nunca le dijo nada sobre el poder de las halflings, ni nada sobre que no podían salir

de Serbol. La cara de Yolce fue cambiando de pálido a rojo por el enfado, no podía creer que su vida hubiese sido un secuestro.

— No te cabrees, muchacho — dijo la voz amable y divertida de Dil — Cada cual tiene su destino y su misión. Mi misión es defender los bosques, la tuya era defender todos los reinos quedándote en tu aldea. Puede que ahora no lo entiendas, incluso puede que las magas no tomaran la mejor decisión, pero en un futuro lo entenderás cuando todas te den las gracias por salvarles.

— Puede que las magas no lo hiciesen bien, pero tenían que mirar por el bien del reino. No lo hicieron con maldad, fue una acción que costó muchas peleas y muchas discusiones antes de poder llevarlo a cabo — dijo el anciano.

Yolce se calmó un poco, aunque seguía enfadado por lo de Hiru. Después de escuchar a los dos ents y se fue a dormir entre las hojas de Dil.

Los primeros rayos de luz aparecieron entre las ramas de los árboles haciendo que el grupo se fuese despertando poco a poco, sin ninguna prisa, pues estaban siendo llevados por ents. Jurio al despertarse en la rama casi se cae, durmió tan bien que no se acordaba que estaba durmiendo encima de un ent. Los ents vieron cómo se iban despertando y dejaron de andar para descansar en una explanada donde ya no era tan frondoso el bosque, en aquella zona había menos árboles y menos vegetación, aunque la hierba seguía siendo blandita y verde.

— Buenos días, amigos. ¿Cómo han dormido en nuestras ramas? ¿Habéis podido descansar? — preguntó Gulevar con aquel tono que siempre parecía que estuviese cantando o actuando para el teatro — ¿Tenéis hambre? Pues claro que sí. Nadie puede resistirse a un buen desayuno después de dormir tantas horas — Timon miró a Gulevar con recelo y empezó a bajar sus ramas al suelo para que su acompañante pudiera bajar sin dificultad. Todo el grupo bajó a la explanada y estiró las piernas, mientras que los ents empezaron a plantar sus raíces en el suelo. Parte de su tronco se hincaba en el suelo mientras que algunas raíces salían por fuera para extenderse por la tierra. Los cuatro ents empezaron a musitar unas palabras y un árbol de frutos del bosque y otro de castallas empezó a resurgir del suelo a una velocidad sobrenatural. Desde que era una semilla hasta que se convierte en árbol con sus frutos, menos de un minuto tardó en crecer. El grupo de humanoides se quedó petrificado en el sitio, no sabían si podían comer de aquellos árboles o era solamente una demostración de su magia o algún ritual suyo.

— Venga, coged algo, que para algo los hemos invocado no para que los miréis pasmados — regañó Timon al grupo, que obedeció sin rechistar, pues sus estómagos empezaban a rugir. Mientras el viejo árbol soltaba una risilla de fondo. El grupo cuando probó una de las frutas no podía de coger y llevarse los frutos y las casallas a la boca y a los bolsillos.

El halfling leía su libro de conjuros mientras se comía una casalla, que le llenó la cara de su jugo morado, aunque el haberse manchado de aquel jugo tan pegajoso no hacía que quitase ojo al libro que tenía en su mano.

Jurio se le acercó por la espalda mientras devoraba frutos del bosque a puñados.

— ¿Todavía leyendo ese libro? — dijo Jurio mientras se le escapaban trozos de frutos de la boca llena de frutos de los ents — Aprende a usar el arma, chico, te salvará más veces y así no jugarás a ser un dios con esto de la magia.

— Deja tranquilo al muchacho, enano — le replicó Dil — Necesita saber y familiarizarse con la magia, sino jamás será un buen mago y podría acabar como la mayoría, queriendo poder, dinero y ciudades.

— Tiene razón — intervino el anciano ent — La magia tiene muchas fuentes y muchos misterios que nadie sabe, porque están escondidos en tumbas, librerías ocultas y torres de magas. Hay muchos tipos de magia y debe conocer todas — Jurio bostezó y estiró sus pequeños y musculosos brazos — Esta la magia de invocación, la magia de los dioses, la magia curativa, la magia negra, la magia del subsuelo... Tiene que familiarizarse con ellas y conocer su historia y su poder y ver cuál es la que más le gusta y debe usar — Yolce ya había dejado el libro de lado y estaba escuchando con atención al viejo ent — Después de leer este libro deberá viajar, estudiar todo lo que tenga que ver con la magia y experimentarla. Buscar otros libros donde encuentre más conjuros y buscar a hechiceras, magas, chamanes e incluso diosas que le enseñen los secretos de la magia. El libro que tienes en tus manos, Yolce, es el libro que se da a las jóvenes que quieren empezar a aprender sobre magia, tiene conjuros muy simples y diversos. Un humano tardaría en familiarizarse con este libro cinco años, pero un halfling debería tardar la mitad, o incluso menos. Pero aun así debe empezar leyendo el libro lo antes posible, pues muchos peligros nos

acechan en estas épocas — Yolce no quitaba la vista del ent y Jurio estaba sacándose un moco y metiéndoselo en la boca mientras se alejaba de la conversación.

— ¿Qué hay en las ruinas de Grouki? — preguntó Lucas a los ents suponiendo que ellos sabrían bastante de aquella zona.

— Arañas y goblins, como en todas las ruinas — respondió Timon, esa respuesta parece que produjo algún sentimiento de alegría en Jurio que se acercó a los ents sacando el hacha para empezar a afilarla.

— Que rancio eres, Timon. Así no sabrán por qué están ahí — exclamó Gulevar con angustia — Voy a contaros la historia de Grouki y las ruinas para que entendáis mejor la situación.

— Por favor, no... Otra vez no, Gulevar — suplicó el gruñón de Timon mientras los otros dos ents se reían y los humanoides se acercaban a escuchar la historia de Grouki.

— Grouki era una chamana goblin, la más respetada de su aldea, incluso, de las de su alrededor, era conocida por todas las goblins. Grouki era una profeta, podía averiguar el futuro y nunca fallaba, en ninguna de sus predicciones falló. Un día todas las chamanas de las aldeas goblins se reunieron para hablar de Grouki. En esa reunión se decidió que debería ser tratada y admirada como una diosa, que era la única que podía ver el futuro y descendía de las diosas porque nadie conocía a su familia, ni siquiera ella misma, pues la encontraron en el bosque arropada con una manta cuando aún era una bebé. Al nombrarla diosa también decidieron hacerle una ciudad para ella y

que las demás fuesen a adorarla, a llevarle ofrendas y regalos a cambio de su don y sabiduría. La ciudad fue llamada Sartaka, incluso algunas goblins la siguen llamando así y la adoran en secreto.

>> Todas las goblins iban a la ciudad de Sartaka, ninguna quería perderse ver personalmente a la diosa. Muchas iban a rezar a la diosa, pero también por el ambiente que se generó en aquella ciudad, pues era la primera ciudad goblin donde podían juntarse, ya que las goblins viven en aldeas pequeñas alejadas unas de otras, entonces podían verse allí como punto de encuentro. La ciudad se construyó rápido y quedó muy bonita, no le faltaba de nada, era un lujo para las goblins. Aquella ciudad empezó a hacerse para goblins que tuviesen algo de sustento, pues no todas se podían permitir ir allí para regalar algo a la reina, eso generó un poco de crispación entre las goblins más pobres. Cada semana Grouki salía de su templo, construido con piedra caliza, y decía sus predicciones, desde guerras en otros lugares, hasta que una aldea perdería uno de sus cerdos porque un lobo se lo iba a comer. Todo el mundo iba allí para escuchar a la diosa, la plaza, el mausoleo, las casas. Todo estaba lleno de goblins cada vez que Grouki salía del templo. Nadie se quería perder aquella escena. <<

>> Un día Grouki se despertó sudando y llorando de una predicción que tuvo en un sueño y llamó a todo el mundo para que escuchase lo que tenía que decir, aunque ese no fuese el día que tocaba decir sus predicciones. Cuando salió del templo muchas goblins estaban allí impacientes y nerviosas por escuchar las palabras que tenía que decir su diosa con tanta urgencia. Grouki dijo que en Sartaka habría una guerra que arrasaría con la ciudad entera sin

dejar nada de ella, debían de empezar a preparar la defensa de Sartaka, que en un par de semanas la guerra arrasaría con la ciudad si no le ponían remedio. Todas las goblins empezaron a gritar de pavor, otras empezaron a murmurar, pero rápidamente todas empezaron a construir muros e ir a las aldeas a avisar de lo que iba a pasar. El mensaje se difundió con rapidez y todas las goblins estaban en la ciudad con sus armas y sus soldadas. Batallones enteros estaban en la ciudad, incluso las campesinas, toda goblin que adorase aquella ciudad estaba con su arma preparada para la guerra. Aquellas dos semanas fueron muy duras con tanto trabajo y con los ánimos bajos. Hacían guardias para ver si veían a las enemigas por los alrededores e hicieron vida allí todas durante dos semanas <<

>> Llegó el día de la batalla, todas estaban en posición, los muros estaban levantados, las catapultas apunto para ser lanzadas y Grouki escondida en una sala subterránea con sus diez mejores guerreras. Todas miraban al cielo en busca de que pasase la dragona que anunciaba las guerras, pero no pasó. Las goblins empezaron a murmurar entre ellas y del murmullo a los abucheos era cuestión de minutos que empezasen. El ambiente empezó a caldearse y las peleas llegaron al poco tiempo, había empezado la batalla que había dicho Grouki, pero ella no se esperaba que la batalla fuese interna, goblins contra goblins. Así que salió de su escondite para calmar a las goblins, pero no funcionó, una flecha le atravesó el pecho y después la arrastraron por toda la ciudad mientras la golpeaban con lo que tenían a mano cada una, acabó descuartizada y esparcida por las ruinas, pues ya habían destruido y quemado todo lo que pudieron. La ciudad fue abandonada y no se quiso saber más sobre Grouki y la historia de la

ciudad, es una mancha negra en la historia goblin, pues mataron a una diosa por falta de fe <<

— Si hubieses nacido humano serías un bardo, igual de pesado y poético que ellos — soltó Timon con un resoplo cuando acabó de contar la historia, aunque Gulevar ignoró el comentario por completo y siguió hablando.

— Y ahora las goblins y las arañas andan juntas porque las goblins mataron a la reina araña que se había instalado en las ruinas — terminó de decir Gulevar.

— Las arañas son molestas, pero si las juntas con las goblins deben ser horribles— maldijo Jurio — Los dos bichos más molestos que conozco. Se juntan porque nadie las quiere y siempre suelen ser esclavas de alguien.

El grupo se empezó a reír mientras el enano farfullaba y maldecía a arañas y goblins por lo bajo, sin apenas coger aire para respirar, andaba de un lado a otro mientras agitaba sus brazos y balanceaba su preciada hacha. Los ents, mientras tanto, empezaron a sacar sus raíces de la tierra, aquello hizo bastante ruido y el enano paró de dar vueltas para ver cómo se ponían de pie otra vez.

— Hasta aquí os podemos acompañar, amigos — empezó a despedirse el viejo árbol — Estas son las limitaciones del bosque, más allá solo seríamos una carga sin apenas poder.

— Además, alguien tendrá que vigilar el bosque y mantener la paz mientras estáis por ahí fuera — intervino Dil.

— Si seguís dirección al norte deberíais llegar a las ruinas antes de que empiece a caer el Sol — explicó el viejo árbol.

— Muchas gracias por todo, volveremos a veros cuando todo esto acabe — dijo Yolce mientras se acercaba al viejo árbol para darle un abrazo y luego se dirigía a los demás ents para darles un abrazo, todos lo aceptaron excepto el gruñón de Timon. Los ents miraron a Timon con mala cara al rechazar el abrazo, aunque el enano también miraba raro a Yolce por ir dando abrazos a unos árboles mágicos. Así que Jurio giró su cuerpo entero y miró a otro lado para no ver aquella escena tan tierna como pastelosa para el enano.

— Recuerda Yolce, tienes que ir al anfiteatro, allí se te abrirá el camino por el que debes ir — recordó Dil y con sus ramas intentó dar un abrazo sin arañar al pequeño Yolce, que, aunque no podía dar un abrazo porque no tenía brazos, el halfling lo sintió más cálido que cualquier otro abrazo.

— Cuando acabes con esta misión y viajes un poco ven a vernos de nuevo, que así nos puedes decir como es el reino ahí fuera. Nosotros no vamos a movernos del bosque, así que no es muy difícil encontrarnos. Con que hagas un poco de magia te detectaremos e iremos a buscarte — se despidió Gulevar — Conviértete en un gran mago, Yolce.

Timon vio que el halfling se le acercaba para darle el abrazo y esté soltó un bufido y luego habló:

— Que no os maten esas asquerosas goblins, tenéis una misión más importante que hacer — gruñó y lo más

rápido que pudo se alejó del halfling para no recibir el abrazo.

Luego se adentraron en el bosque de nuevo, no sin antes escuchar como Timon y Gulevar discutían y se insultaban cada uno a su manera. El grupo les despidió con la mano y sin perder tiempo se dirigieron al norte, no querían llegar muy tarde a las ruinas pues de noche no es recomendable luchar contra arañas ya que ellas pueden ver de noche y un humano y un halfling no podrían defenderse sin visión nocturna. Así que pensando en eso su paso se volvió más rápido, ya que habían descansado aquella noche al dormir encima de los ents y las frutas que les habían dado les habían dado fuerza y energía para el viaje.

— ¿Por qué has dado un abrazo a los ents? — gruñó Jurio — Apenas los conoces como para tener esas confianzas — Yolce se extrañó al oír aquella pregunta y se quedó pensando unos instantes antes de responder al enano, los dos humanos estaban escuchando para ver que respondía Yolce, pues también estaban intrigados.

— Porque nos han ayudado, ¿he hecho mal en darles un abrazo?

— No... Bueno... No lo sé, pero es bastante extraño.

— Tiene razón, por aquí no solemos dar abrazos, es raro ver muestras de afecto — intervino Lucas en la conversación.

— ¿En serio? ¿Y qué hacéis entonces? — preguntó extrañado el halfling — En mi aldea éramos así. No aprendimos a pelear ni a usar la magia, como habéis

podido ver, pero aprendimos a querer a las demás y a ayudar a quien lo necesite. Hay que ser más amable y cariñoso con la gente a la que quieres y con quienes te echan una mano, o una rama en este caso. A lo mejor era porque estábamos aisladas en aquella aldea y lo de fuera no nos afectaba: la guerra, la magia, el poder... Pero es algo que jamás olvidaré. El ser amable con las demás.

— Vale, cuando lleguemos a las ruinas ve a darle un abrazo a las goblins, que seguro que así nos ayudan y no nos atacan — gritó entre carcajadas el enano mientras se llevaba la mano al pecho para sujetárselo, como si se le fuese a salir el corazón de la fuerza de su carcajada. Los demás se rieron al imaginar aquella escena, un halfling dando un abrazo a una goblin con una espada, antes de que se acercase ya le habrían rebanado la cabeza.

— Puede que lo haga... O a lo mejor le doy un abrazo a...
— Yolce antes de acabar la frase saltó encima del enano para darle un fuerte abrazo. Este al verlo encima se zarandeó para quitárselo de encima. Lucas y Kary se miraron y con esa mirada ya sabían que debían de hacer, tenían que ayudar a Yolce abrazando a Jurio. Los dos se abalanzaron encima del enano para darle otro caluroso abrazo. El enano ahora no tenía escapatoria, estaba rodeado de brazos y algún que otro beso del halfling, lo único que podía hacer era gruñir entre dientes, como hacía siempre que podía. Al cabo de un rato los tres soltaron de aquella prisión al enano, que para él habían pasado días y días con el abrazo.

— Vamos, dejaos de tonterías y sigamos andando, que al final se nos va a hacer de noche con esto de las muestras de castigo — regañó Jurio al grupo, y una pequeña sonrisa se le escapó.

— Has sonreído, Jurio, lo he visto — señaló Yolce a Julio mientras gritaba y daba saltos de la emoción de ver sonreír al enano — Eso es que te ha gustado.

— No me ha gustado, ha sido peor que estar en un calabozo atado de pies y manos — Jurio le dio un pequeño empujón a Yolce para que se callase — La próxima vez saco el hacha.

VIII

El bosque empezaba a clarear, ya no se veían tantos árboles y las explanadas eran cada vez más grandes. El suelo se hacía más estéril a cada paso que avanzaban y las flores escaseaban, el bosque estaba acabando y a lo lejos se podía ver como una pequeña meseta se elevaba y se podía observar con claridad que encima de ella había una especie de ciudad bastante antigua, a lo lejos se veía las ruinas de Grouki y el grupo ya lo sabía y estaban preparados para la batalla. Habían llegado a su destino, aquel que casi les cuesta la vida a Lucas y Kary, aquel viaje con el que tanto han aprendido y con el que han conocido a los ents, un viaje que les había convertido en familia, o como poco en buenos amigos. Su viaje estaba a punto de terminar, les quedaba el último paso, las arañas y goblins. En sus caras se podía ver la felicidad, pero una parte suya era dominada por la tristeza de que sus caminos después de esto se separasen para siempre. Empezaron a aminorar el paso hasta quedarse parados cerca de un árbol que les ofrecía un poco de sombra, pues la temperatura había subido. Se sentaron a descansar puesto que no habían descansado desde por la mañana. No querían que la noche se les echara encima. Comieron un poco de los alimentos que les habían dado los ents, pero tenían el estómago cerrado, así que comieron lo justo para poder seguir adelante y conseguir fuerzas para la lucha contra aquellas arañas y goblins.

— ¿Cómo llegamos al anfiteatro sin que nos vean? — preguntó Yolce que era el más inexperto en estas

situaciones, nunca antes se había tenido que enfrentar a ningún goblin, ni tampoco a una araña. Jurio se empezó a reír al escuchar la pregunta y al ver que Yolce no se reía paró de reírse de inmediato dando por hecho que no era ninuna broma.

— ¿No era una broma? — preguntó el enano — Vamos a matar a todas esas criaturas y listo, seguro que no serán para tanto.

— Deberíamos tener algún plan, Jurio — intervino Kary mientras se rascaba la barbilla de manera pensativa.

— Sí, llegar y cortar sus cabezas, me parece buen plan, vamos — Jurio cogió su hacha y se levantó para ir a la batalla, pero la mano de Lucas le frenó de golpe agarrando la fuerte muñeca del enano.

— No podemos ir sin más allá. Ellas se conocen el terreno y nosotros no, sería un suicidio — explicó Lucas mientras sostenía aún la muñeca del enano. El enano se deshizo del agarre con un tirón hacia atrás y un leve giro de muñeca y se sentó en el suelo con los demás.

— Además seguramente nos superen en número, tanto las arañas como las goblins, deberíamos ir quitándonos adversarias poco a poco hasta que no nos quede otro remedio que luchar cuerpo a cuerpo con ellas — propuso Kary. Yolce y Lucas estaban bastante interesados en el plan, mientras tanto Jurio se rascaba la peluda barba y no prestaba mucha atención a lo que se estaba diciendo.

Kary estuvo explicando el plan con todo lujo de detalles, de vez en cuando tenían que darle un codazo a Jurio para que atendiese a lo que tenía que hacer y dejase

de hacer tirabuzones con su barba, nunca estaba atento. En el plan le pusieron con Yolce que sabía que es lo que había que hacer para que no fracasase el plan. Estuvieron un tiempo más hablando sobre las debilidades de las arañas para saber dónde era más efectivo atacar y también hicieron un repaso a algunas de las armas que tenían las goblins y usaban, como podían ser ballestas o espadas sin afilar llenas de veneno paralizante. Tras un buen rato hablando y debatiendo, y Jurio quejándose todo el rato, se pusieron en pie y se dirigieron hacia donde antes era un sitio sagrado para las goblins y ahora no eran más que unas ruinas.

El Sol empezó a caer y la patrulla de los goblins estaban rondando por las ruinas de aquella ciudad. Iban montadas encima de las arañas, con una montura bastante poco habitual, igual que tampoco era muy habitual subirse encima de arañas, pero todo lo que hacen las goblins no suele ser habitual para nadie. La patrulla paseaba, una de las dos, la que tenía la nariz alargada y terminada en pico, como si fuese un tridente, le dijo a su compañero en el idioma goblin:

— Estoy harta de patrullar las ruinas de aquella maldita bruja, quiero hacer cosas nuevas — su voz aguda y a la vez sonora y molesta se escuchaba por toda la calle llena de casas destruidas a los dos lados y con algunos carros rotos en medio de la calle que todavía no habían quitado del medio desde hace a saber cuánto tiempo.

— Siempre te estás quejando, Laquirse — respondió su compañero con una voz igual de aguda que la de Laquirse, y también igual de molesta, pero con una nariz más

pequeña y rechoncha — Al menos no están trabajando como esclava para esos orcos de mierda.

Las arañas se giraron rápidamente sobre si mismas sin avisar a las goblins que provocaron que casi se cayesen de la montura si no hubiesen estado tan bien agarradas a un saliente que habían puesto en ella. Las arañas empezaron a acercarse con cuidado hacia donde habían detectado algo, las goblins se fiaban de ellas, pues ellas tenían un sentido que podían detectar el mínimo ruido o movimiento. La patrulla desenvainó sus espadas y guardaron silencio. Ahora las arañas se giraron sobre si mismas de nuevo haciendo que las goblins se tambaleasen en su asiento.

— ¿Qué hacéis, inútiles? — gritó y dio un talonazo en el costado de la araña que apenas sintió — Seguro que es una mosca o algún insecto, venga seguid con el camino.

El enano salió de su escondite y cortó las cuatro patas de un lateral de una de las arañas haciendo que soltase un pequeño grito y cayese de lado con el goblin que estaba montado. Cayó al suelo de costado haciéndose bastante daño. Mientras intentaba levantarse el pequeño Yolce saltó, de manera muy torpe, tan torpe que casi se cae al suelo, encima de la otra patrulla y tiró al suelo de una patada a la goblin, haciendo que cayese con la cara y haciendo un ruido estremecedor al haberse roto la nariz alargada. Luego Yolce clavó su machete en la pequeña cabeza de la araña salpicándose todo el cuerpo de aquella sangre verde y viscosa. Aestó unos cuantos machetazos de arriba a abajo y la araña cayó al suelo en redondo sin hacer mucho ruido. Solo sonó el golpe en seco de la araña contra el suelo. La otra araña aún seguía con vida y haciendo un leve ruido, como un grito de auxilio, su

último grito. Jurio había dejado a la araña agonizando a un lado, pues se fue a por el goblin que se estaba levantando del suelo con ayuda de su arma. El enano le asestó un puñetazo en la mandíbula que hizo que volviese al suelo sin poder pestañear siquiera y luego cortó su cabeza con un hachazo limpio en su verde y pequeño cuello. Después de matar al goblin se acercó sonriendo a la araña, llena de su propia viscosidad y le clavó el hacha repetidas veces en su cabeza, hasta que ya ni siquiera le daban convulsiones por los hachazos del enano. Yolce se acercó a la goblin que había conseguido derribar y le volteó para ver si seguía con vida, al girarle sobre sí misma la goblin con la cara reventada y ensangrentada, agarró con fuerza el cuello del halfling intentando ahogarle ahí mismo, pero fue rápido y pudo clavar su machete en el centro del estómago un par de veces hasta que dejó de hacer fuerza y sus brazos cayeron contra el suelo. El halfling empezó a tocarse el cuello que se le había quedado rojo por culpa de la goblin y empezó a masajearlo con sus delicadas manos.

— Vamos, que tenemos que esconder los cuerpos y estas arañas pesan bastante — dijo el enano mientras llevaba al goblin sin cabeza de un brazo para meterlo en una de las casas abandonadas. Yolce cogió por los pies a su goblin y consiguió arrastrarlo hasta unos escombros que había al lado, dejando todo un rastro de sangre atrás. Entre los dos se llevaron a las arañas, aunque tuvieron que cortarles todas las patas para poder esconderlo todo mejor, sin que se notase mucho y poder esparcir sus restos por otros lados de aquellas enormes ruinas.

— ¿Ahora hacia dónde vamos? — preguntó en voz baja el halfling. En su voz había más timidez que cautela por hacer demasiado ruido.

— Iremos poco a poco para el norte, hasta que podamos encontrar el anfiteatro, Kary y Lucas irán por el este a mirar — respondió Jurio y se quedó mirando hacia el horizonte con una enorme sonrisa — Aunque a lo mejor no. Mira — el enano señaló hacia el norte y vio como un gran grupo de goblins y arañas iban hacia ellos subiendo por encima de las casas con las espadas en alto y las ballestas apuntando a sus pequeños cuerpos, la araña que gritó de agonía debió de haber avisado a las demás para que fuesen en su ayuda, aunque llegaron tarde para salvarlas, pero no para vengarse.

Jurio agarró con fuerza la muñeca del pequeño halfling y salieron corriendo por la calle en la que estaban, aunque por todos lados iban apareciendo sus enemigas: por los callejones, por los tejados, entre las casas...

El enano sacó su hacha y con ella también sacó la más grande de sus sonrisas, una que daba miedo ver, incluso las arañas que tenían enfrente dieron un paso hacia atrás al ver aquella cara de felicidad frente a la muerte. Yolce apartó al enano, levantó su mano derecha y empezó a murmurar algo en un idioma que el enano no entendía. La mano de Yolce empezó a brillar y un pequeño fuego empezó a rodear su mano. Yolce estaba sudando y parecía que le estaba costando bastante seguir con aquel conjuro, pero cuando murmuró sus últimas palabras una oleada de fuego arrasó con todo lo que tenía por delante, haciendo que las casas se incendiaran y dejando en llamas e incinerando a las arañas y goblins que había por medio. Quienes tuvieron más suerte e intentaron evitarlo estaban

ardiendo en sus ropas y daban vueltas en el suelo para apagar las llamas que les envolvían. Los gritos de dolor y de terror por aquel conjuro se escuchaba por todas las ruinas y la cara de las goblins al ver el fuego fue de pánico, aunque eso no es algo que fuese a parar a unas goblins. En cambio, la cara de Jurio era de asombro y miedo. No podía creer que algo tan pequeño tuviese tanto poder acumulado en su interior. El halfling cerró los ojos y cayó hacia atrás, el enano le consiguió agarrar antes de que cayese al suelo y pudo ver como Yolce estaba sudando y con espasmos, ese debía de ser el precio de la magia de la que hablaban tanto.

Cogió al pequeño en brazos y se lo subió al hombro derecho mientras que en la otra mano sujetaba su hacha. Las goblins estaban boquiabiertas y no actuaron de inmediato por miedo a más conjuros. Un goblin más grande que las demás gritó algo y las flechas salieron volando hacia los dos que acababan de penetrar en sus ruinas.

Las flechas se iban clavando en los cuerpos calcinados por los que Jurio iba esquivando para no tropezarse con ellos. Aún se podía apreciar el fuego en algunos laterales de aquella calle y algunas goblins todavía gritaban de dolor y algunas arañas se arrastraban por el suelo con las patas que aún les quedaban, pero las flechas de sus compañeras acababan con su dolor en cuanto les atravesaban las flechas que iban dirigidas hacia los enemigos. Jurio giró una esquina y dejó, con suavidad, al pequeño Yolce que seguía inconsciente y con sudores. Le dejó en el suelo, detrás de una mesa que estaba tirada y rota en aquel lugar lleno de basura y barricadas.

El enano empezó a afilar su hacha contra el suelo mientras hacía crujir su cuello con sonidos desagradables. El hacha iba cambiando de mano, mientras iba golpeando el suelo a un ritmo cada vez más rápido y frenético. Mientras hacía aquel pequeño ritual, su voz, como si fuese un hilo, estaba susurrando una canción en su idioma, era la canción y el baile para dar la bienvenida a la muerte que le esperaba en aquella última batalla. Un baile tradicional de los clanes de enanas.

— Esto se va a poner divertido — murmuró mientras los pasos de las arañas se acercaban cada vez más hacia la esquina donde estaba esperando con ansias. Cada paso que daban las arañas la sangre del enano hervía con más fulgor y rabia.

Los dos humanos estaban escondidos detrás de una tienda con el techo demolido y las paredes llenas de sangre, el olor a ruina todavía estaba presente, aunque llevaría destruido desde hace décadas o incluso siglos. Vieron como las arañas y los goblins salían corriendo detrás de algo, los dos humanos se miraron y se dispusieron a salir detrás de ellas para ver si su afirmación era real, Yolce y Jurio habían sido descubiertos por aquel ejército con ganas de probar la sangre fresca. Salieron de su escondite, pero un ruido extraño hizo que se parasen en seco, miraron al techo y vieron que había dos arañas mirando como aquellos dos humanos se habían quedado petrificados al verlas. Las arañas, inmediatamente, lanzaron su telaraña para enganchar a aquellos intrusos, pero los intrusos lo esquivaron saltando hacia un lado. Kary empezó a tirarles piedras desde su

escondite y las arañas tuvieron que parar de disparar sus telarañas.

— Ahora Lucas, corre — gritó Kary sin dejar de lanzar piedras hasta que los dos enemigos se echaron para atrás. Los dos salieron de aquella ruina saltando por las piedras que había en el suelo. Ya fuera sacaron sus espadas, pero ya no estaban las dos arañas, habían desaparecido entre las casas destruidas. Los humanos no se fiaban de aquellas criaturas, sabían que siempre intentaban hacer emboscadas a sus presas porque no son tan fuertes para luchar cuerpo a cuerpo. Una telaraña dio en el brazo de Kary y le arrastró hacia el techo donde se encontraba una de las arañas, que tenía un poco de sangre en la cara por la herida que le habían hecho las piedras de antes.

— ¡PAPA! — gritó el hijo mientras salía corriendo hacia aquella araña, pero la otra araña saltó encima del humano aplastándole y haciéndole daño en la columna vertebral. Le dejó sin respiración durante unos segundos y sin poder moverse por culpa del peso. La espada de Lucas salió disparada por aquel suelo destruido por el paso de los años y la guerra. Los dos intentaron escaparse de las arañas, pero les resultó imposible y las lágrimas del joven empezaron a brotar por sus mejillas llenas de polvo y barro, mientras la araña empezaba a tirar de su telaraña para poder comerse a Kary con sus dientes afilados y malolientes. Kary se estiró para poder sacar de su tobillo un puñal con el que pudo conseguir cortar en unos segundos la telaraña que le había atrapado el brazo. Cuando cortó la telaraña lanzó con rapidez su puñal hacia los ojos grandes y rojos de la araña, acertando y consiguiendo que la araña soltase un chillido agudo, aunque acertar a dar en la cara de la araña no consiguió

que su caída fuese menos estrepitosa y acabase haciéndose daño en la pelvis por el duro golpe contra el suelo lleno de piedras.

Aunque eso no le frenó para ir corriendo hacia la espada de su hijo para salvarle de la otra araña. Agarró la espada y la araña le atrapó lanzando una telaraña a su pierna derecha y tirando ferozmente del humano, tenía prisa en comérselo y vengar a su compañera herida. Kary no tuvo tiempo para cortar la telaraña, pues cuando se dio cuenta ya estaba al lado de su enorme mandíbula y solamente consiguió acercar la espada para que su hijo la usase. La peluda araña no dudó en empezar a comerse y a triturar la pierna del humano, provocando unos gritos horribles que se escucharían por todo el valle.

Lucas rápidamente agarró su espada, entre sollozos y lágrimas, empezó a clavársela en el cuerpo de la araña repetidas veces, incluso cuando ya estaba muerta siguió clavando su espada en la araña que le tenía prisionero. El joven se quitó de encima a la araña para ver cómo se encontraba su padre, que ahora tenía una pierna devorada hasta casi la rodilla. El hueso se le salía del muñón mal hecho por los mordiscos de la araña, Lucas tuvo que contener la arcada al ver cómo le había dejado la pierna de su padre. Kary soltó una risita forzada y dolorosa para aparentar que estaba bien, pero la sangre por todo el suelo y el sudor que empapaba su cara no acompañaba a que se encontrase en buenas condiciones físicas.

— Lucas, saca la espada de la araña — dijo el padre tartamudeando — Esto todavía no ha terminado.

Lucas observó alrededor de las casas y pudo ver, con miedo en los ojos, como iban apareciendo más y más

arañas por encima de las ruinas de aquella ciudad. Las arañas habían dado el aviso de que estaban siendo asesinadas por dos humanos y todas vinieron en su ayuda, como les había pasado antes a Jurio y Yolce. Y ahora las dos humanas eran las que se encontraban en serios problemas.

— No vamos a morir aquí, hijo. Vamos a salvar este reino de la oscuridad — confesó Kary mientras se apoyaba en el hombro de su hijo para poder ponerse de pie y usando su espada como bastón para poder mantener el equilibrio para empezar aquella batalla contra las arañas, que no tardaron en atacar a los humanos malheridos. La primera que atacó fue atravesada por la espada de Lucas, desplomándose al instante de que le atravesasen el cráneo. Otra de las arañas atrapó al tullido, ya que no pudo esquivar la telaraña, y le arrastró hacia ella y junto a sus otras dos compañeras.

Kary estaba siendo arrastrado hacia la muerte, pero estaba tranquilo, aunque su pierna mutilada estaba siendo arrastrada por las piedras y se le iba llenando de polvo y tierra el muñón. Cuando casi ya iba a ser devorado clavó su espada entre los cuatro ojos de la araña y cortó las patas delanteras de las otras dos arañas que estaban al lado preparadas para darse un festín de carne humana. Las dos arañas cayeron de boca al suelo, Lucas vino corriendo para matar a aquellas dos arañas que estaban sin patas y ayudar a levantar a su padre del suelo y quitarse la telaraña.

— Hijo... Te quiero — suspiró Kary y le dio un beso en la mejilla a su hijo. Lucas se quedó aturdido al no saber cómo responder.

El asedio contra los humanos seguía mientras hablaban y otra telaraña acertó en la espalda del padre y le arrastró con fuerza hacia el otro extremo de la calle. Lucas salió corriendo detrás de él, pero dos arañas se pusieron delante de él para que no fuese en su búsqueda. Este se deslizó por debajo de ellas cortando el estómago de una de ellas, llenándose de sangre verde, y siguió su camino, pero una telaraña le dio en el hombro y tiró de él haciendo que perdiese su punto inicial. Había perdido de vista a su padre, ya no sabía en qué lugar estaría, o si estaría o no con vida. Lucas gritó con rabia y cortó la telaraña que le había atrapado y salió corriendo hacia donde había visto por última vez a su padre, pero ya no estaba allí.

Frenético por la desesperación de no saber dónde se encontraba su padre, empezó a atacar a todas las arañas que se ponían por su paso, hasta que dos telarañas, una desde cada lado, le atraparon por las manos y tiraron de él, haciendo que sus músculos fallasen y quemasen por aquel doloroso ataque y sus huesos estuviesen a punto de romperse. Sentía un dolor extremo en su cuerpo, como si fuese a ser partido por la mitad. Antes de verse partido en dos gritó:

—¡YO TAMBIÉN TE QUIERO PAPA! — las lágrimas no paraban de brotar y la muerte era inminente, ya estaba preparado para irse con su padre y con su madre.

La muerte tardó en llegar y las telarañas ya habían parado de hacer fuerza, cayó al suelo sin poder moverse. Cuando levantó con dificultad su cabeza para ver qué había pasado ya no veía a más odiosas arañas a su alrededor, cuando se giró sobre sí mismo pudo ver lo que había pasado. No había muerto por las arañas, todas las arañas que antes querían darle caza ahora estaban

muertas. Al ver que no iba a morir se desplomó en el suelo y se quedó allí unos segundos llorando y con la mayoría de sus articulaciones y músculos rotos sin poder hacer ningún esfuerzo, estaba tirado en el suelo llorando de impotencia. Intentó levantarse para buscar a su padre, pero al intentarlo sus músculos fallaron de nuevo y el dolor provocó que se desmayase, así dejó de pensar en dónde estaría su padre.

Yolce seguía inconsciente mientras el enano empezaba un baile que trataba de dar un paso hacia delante mientras el hacha sobrevolaba su cabeza y luego rozaba el suelo haciendo saltar algunas chispas. Las goblins no atacaron de primeras al ver aquel amenazador baile, o porque sabían que aquel baile significaba la purificación en la batalla para las enanas, podía ser su último baile y su última batalla, daría su vida en aquellas ruinas para defender a su compañero.

El enano paró en seco el baile. Las goblins se quedaron petrificadas y dieron un paso hacia atrás, excepto una flecha que iba directa a la cabeza de Jurio, que logró esquivar con un rápido movimiento de cuello hacia su derecha. Una gran sonrisa se postró en la boca del enano y las goblins dieron otro paso atrás, pero eso no les ayudó, Jurio atacó al primer goblin cortándole la cabeza de un hachazo y luego seguir agitando su hacha para cortar el brazo de la goblin que estaba a su lado. Las goblins volvieron a mirar al enano sin atacar aún, no sabían cómo hacerlo, un enano en todo su esplendor, en el momento más feliz y más triste de su vida era un peligro para cualquier criatura que apreciase su vida. Todas tenían

miedo y el enano tenía sed de sangre, veía aquella batalla como un reto.

Una goblin saltó desde la azotea de unas de las casas con una daga en la mano para caer de Jurio. Esta agarró su cuello con una mano para ahogarle y empuñó su daga para clavarla en el cráneo de Jurio, pero no fue tan rápida para darse cuenta de que el enano ya había agarrado su melena rubia y lo había tirado contra el suelo haciendo que diese una voltereta en el aire y rompiendo alguna de sus costillas contra el suelo por aquel duro impacto. La bota del enano aplastó el pecho de aquella goblin y con el hacha cortó la mano donde tenía el puñal. Los gritos de agonía y dolor sonaron por todas aquellas calles destruidas, mientras Jurio seguía con aquella sonrisa en la cara.

— ¿Vais a empezar a atacar o tengo que ir yo a por vosotras? — el enano no dejó tiempo para que pudiesen responder y clavó su hacha en el cuerpo de la goblin que acababa de tumbar en el suelo para que parase de gritar, ya le molestaba tanto ruido, aunque fuesen gritos de dolor de una enemiga.

Las primeras flechas empezaron a silbar contra el enano que pudo desviarlas con el hacha y esquivarlas con facilidad. Las demás aprovecharon para atacar con las armas que tenían a su disposición: hachas, machetes, martillos, lanzas, espadas... Todo servía para asesinar a aquel intruso que había penetrado en aquella zona divina para aquellas goblins.

El primer goblin que se acercó a Jurio fue recibido con un puñetazo en la nariz, que lo tumbó en el suelo sin darle tiempo siquiera a decir una palabra, para luego continuar

con un hacha clavada en el centro exacto de la cabeza. La maestría de Jurio dejaba impresionada a todas las que estaban allí presentes y a la vez les daba pudor saber con qué facilidad iban a acabar muertas a manos de su hacha.

— ¡Solo es un maldito enano! —gritó entre el tumulto de goblins quien podría ser el capitán o el que más mandase de aquel grupo — Si atacamos todas a la vez, ganaremos. — Todas alzaron sus armas y vociferaron a la vez, el ánimo del grupo cambió por completo, ahora nadie parecía tener miedo, solo tenían ganas de arrancar la piel al enano — Y no os olvidéis del crío que está protegiendo, puede usar la magia como hizo antes y entonces nos veremos otra vez en problemas.

Con otro de sus gritos de guerra saltaron a la batalla, fueron directamente a la muerte sin saber si volverían de aquella batalla contra Jurio, que parecía que aquella motivación por parte de las goblins le sacó una sonrisa y más ganas de luchar, si es que es posible que tuviese más ganas aún. Las flechas empezaron a soltarse de los arcos y Jurio las esquivó con una voltereta en dirección a un goblin que había matado y así poder usarlo de escudo goblin contra aquella avalancha de flechas. Las flechas iban directo al cuerpo del goblin muerto, mientras poco a poco Jurio se acercaba a su compañero Yolce para despertarle. Un goblin le sorprendió con una pequeña hacha de una mano que fue clavada en el escudo del enano. El enano aprovechando que el goblin tenía que sacar su hacha del cuerpo, le cortó las dos piernas de un solo hachazo, haciendo caer al goblin al suelo. Cuando cayó al suelo el goblin no tuvo tiempo de reaccionar, pues Jurio le había clavado el hacha en la cabeza para acabar rápido con él. Jurio se acercó lo máximo posible a su

compañero y le propinó un puntapié, luego le dio otro y otro, hasta que Jurio se cabreó y le dio una bofetada fuerte, que consiguió hacer que se despertase de un salto y con la mejilla izquierda ardiendo por el golpe.

— No hay tiempo ni para disculpas ni tampoco para explicarte nada — el enano le dio una espada que había en el suelo llena de sangre de goblin — Mata a todas las goblins que veas, no voy a poder yo solo.

Yolce se levantó poco a poco, intentando recuperar todos los sentidos. Empezó tocando la tierra para ver si la sentía, luego con la vista, forzando para ver a las goblins que decía su compañero. Luego el olfato buscando el olor a sangre y polvo. Y por último el oído, pudiendo escuchar todos los gritos que tenía alrededor. Yolce se puso de pie y pudo contemplar aquella situación, estaban en medio de una batalla. Ellos dos contra una horda de goblins organizadas y con ganas de sangre. Mientras observaba a Jurio, una flecha se clavó en la espalda del enano, que casi ni se inmutó. Solamente se la arrancó y salió corriendo a matar a todas las arqueras. Algunas goblins se pusieron en medio, pero nadie era rival para su hacha ni sus patadas, ni tampoco para sus fuertes brazos y la rabia de haber sido herida por una flecha.

El halfling estaba aún aturdido. Se frotó los ojos y todos sus sentidos volvieron en sí. Podía sentir el tacto del arma, sus dedos recobraron el tacto, ahora podía sentir que estaba a punto de morir. Dos goblins se lanzaron hacia él con sus espadas en alto, para cortar de raíz el problema con la magia, ya que no sabían cómo frenarla. Yolce los esquivó con un movimiento torpe, digno de un nuevo aventurero que jamás había luchado. Se tropezó con una piedra y cayó al suelo, mientras las dos espadas silbaban

cerca suya donde debería haber estado su cabeza si no fuese por su torpeza. Con aquel golpe contra el suelo su mente se aclaró y ahora ya podía volver a luchar como un novato y no como alguien que jamás ha tenido que pelear. En el suelo se quedó mirando como Jurio estaba pateando el cráneo de alguien mientras intentaba sacar su hacha del pecho de un goblin. Cuando miró hacia arriba de nuevo vio como una espada iba a matarle y rodó por el suelo para esquivar el golpe mortal. Se puso en pie y ya estaba en cualidades para empezar la batalla que Jurio había empezado sin él. El enano le vio y le gritó con una sonrisa de oreja a oreja:

— Ahora lucha, usa la magia o la espada, o lo que tengas en mente. Pero no vamos a morir en la primera batalla en la que estamos juntos — después de gritar aquellas palabras arrancó la cabeza de un goblin con un martillo que habría encontrado por el suelo.

Yolce clavó su espada contra el cráneo de quien había intentado matarle hace unos segundos. Acertó, pero la espada se quedó incrustada en el cráneo de aquella goblin ahora sin vida. No intentó quitárselo porque una flecha le rozó el muslo y estaba al descubierto para todas las arqueras. El otro goblin al verle indefenso se lanzó contra él. Yolce esquivó, con suerte, sus sablazos, pero uno le dio en el hombro, chocando con el hueso y le hizo temblar por dentro aquel dolor. Perdió el equilibrio y volvió a comer el suelo. Cuando el goblin fue a darle la estocada final, un martillo golpeó su rodilla, haciendo que se doblase entero, luego otro martillazo fue a sus pómulos haciendo que muriese en el acto rompiendo la mayoría de huesos que tenía en la cara. Jurio había salvado la vida a Yolce, el halfling jamás olvidaría aquello, pues en su mente ya

estaba muerto, ya le habían cortado la cabeza y troceado los brazos y las piernas y le habían dado de comer a las arañas.

Jurio levantó a su compañero malherido, pues la caída contra el suelo había hecho que la herida sangrase más y se pusiese llena de polvo, haciendo que el escozor de la herida se expandiese por todo el cuerpo del pequeño Yolce.

Las goblins pararon de gritar e intentar golpear unos instantes, y empezaron a mirar en todas las direcciones. El aire cada vez era más pesado, era más denso e incluso te daba fatiga respirar. Un grito alertó a todas las goblins y salieron corriendo del lugar, obviando a los dos aventureros, y también a las heridas. Yolce y Jurio no sabían que estaba pasando, pero sabían que no iban a morir por las goblins, pero sí que morirían por algo aún peor que ellas. Las heridas cogieron sus armas, no para luchar, sino para cortarse el cuello o darse la estocada que pusiese fin a su vida. Aquello dejó atónitos a los dos, y un escalofrío recorría todo su cuerpo, tenían miedo. Debía de ser horrible lo que iba a aparecer si prefieres suicidarte antes que ser asesinado, o comido, por alguna criatura.

— ¡Corred! — gritó un señor con una túnica gris y con la capucha puesta, que hacía que así no se le viese bien la cara — Ya llega el Terriy.

El enano agarró con fuerza al halfling y lo subió a hombros, ya que la herida y el ambiente de angustia no iba a dejar que Yolce pudiese correr lo suficiente. Jurio empezó a seguir al señor, sin preguntarse quién era, qué quería o qué hacía allí, él solamente corrió detrás de él. El señor parecía anciano, pero corría más que el enano,

aunque no era difícil ya que tenía las piernas muy cortas. El aire empezó a ser más puro, ya no dolía al respirar, ni tampoco costaba correr, parecía que estaban a salvo, o que lo habían dejado atrás.

Corrieron por aquellas calles estrechas y ruinosas siguiendo al señor de la capucha, hasta que llegaron a un anfiteatro donde el señor se paró y el enano también. Allí había un joven tendido en el suelo, era Lucas. Jurio corrió hacia él para ver cómo se encontraba, pero el señor les paró y así pudieron ver quien era.

— Yolce, tienes que despertar — dijo el señor moviendo al halfling que había vuelto a quedarse inconsciente por la pérdida de sangre — ¿Recuerdas quién soy? ¿Recuerdas lo que te dije en aquel pueblo? Debes despertar y abrir las puertas.

El enano no entendía nada, pero reconoció al señor, era quien estuvo hablando con Yolce en el pueblo, el que le dio el libro de conjuros para que practicase y aprendiese. Bajó a Yolce del hombro y se lo dejó al anciano, mientras él fue a mirar cómo se encontraba su otro compañero, Lucas. Lo primero que hizo fue tomarles el pulso y pudo confirmar que todavía estaba con vida, aunque le resultaba raro que estuviera vivo por las heridas que tenía por todo el cuerpo. El anciano mientras intentaba despertar a Yolce, haciendo una especie de conjuro en la herida del hombro provocando que se cerrase poco a poco. Al poco tiempo se empezó a despertar, el hombro apenas le dolía, se lo había curado aquel anciano, pero no pudo darle las gracias pues el aire empezaba a ser denso de nuevo, se acercaba aquella bestia.

— Yolce, por favor, tú eres la llave para salvarnos ahora mismo, debes reaccionar rápido, no nos queda mucho tiempo — zarandeó el anciano a Yolce.

— Detendré a la criatura para que tenga tiempo para despertarse y poder escapar de aquí — propuso Jurio que ya tenía su hacha preparada para otra batalla.

— ¡Quieto! — gritó el anciano — Nadie ha conseguido ganar a un Terriy. Yo le retrasaré con mi magia, así no tenemos que acercarnos a él. Tú despierta a tu compañero como sea.

El anciano empezó a conjurar algo, haciendo dibujos en el aire. Jurio se quedó hipnotizado, pero volvió en sí rápido para despertar a Yolce. El aire se hacía más y más denso, y Yolce no conseguía despertarse del todo, se quedaba dormido cada poco por falta de oxígeno. El aire empezaba a doler, la garganta se les empezaba a irritar. Un tentáculo apareció por la lejanía, acercándose al anfiteatro a paso lento, rompiendo los edificios que tocaba con sus enormes tentáculos. Por suerte el muro invisible del anciano hacía que aquella monstruosidad no se acercase para comerles. La criatura llamada Terriy era enorme y a la vez espeluznante. Una criatura con cientos de tentáculos, decenas de bocas de todo tipo, con colmillos, dientes de humano... Un ojo en el centro de su cuerpo que hipnotizaba y poros enormes y verdes por toda su piel morada. Se podía incluso ver como aquellos poros absorbían el oxígeno que estaba a su alrededor.

— ¡Yolce! Arriba. No vamos a morir aquí, y menos por una criatura tan fea como esta. Aún nos queda mucho camino, aún nos queda descubrir otros reinos y lugares que nadie haya pisado — El enano gritaba y agitaba con

desesperación a Yolce, pero causó el efecto que él quería. Yolce se levantó y se puso de pie. Una luz empezó a alumbrar al halfling y un ruido de puertas empezó a sonar, pero Yolce no pudo contemplar nada, pues se desmayó, de nuevo, al instante.

IX

Yolce se despertó sudando, asustado y desorientado. En su sueño se encontraba en su pueblo, con sus amigas y familiares, y de pronto aparecía Hiru para contarles historias y decirles que ya podían ser libres, ya podían salir del pueblo si era lo que querían. Ya había acabado la enorme condena de estar encerradas allí sin saber nada del exterior. Yolce salió corriendo, fue a ver el exterior y allí fuera solo se encontró con guerras y muertes...

Yolce estaba tumbado en una cama, una cama muy cómoda y muy grande, en ella cabrían unas cinco halflings sin ningún problema con el espacio. No se acordaba como había llegado allí, ni siquiera sabía dónde se encontraba, ni de quienes son las voces de fuera de aquella habitación tan grande, blanca y vacía. Solamente tenía la cama y una lámpara de aceite en el techo que parecía haberse usado bastante poco.

Yolce intentó ponerse en pie, pero un dolor estremecedor le recorrió toda la columna vertebral, provocando un dolor agudo y un espasmo que le obligó a volver a tumbarse. Las voces de fuera se callaron y abrieron la puerta al escuchar el grito que soltó Yolce por el dolor. En la habitación entró el anciano que les había ayudado allí afuera. Al verle empezó a recordar las cosas con claridad, como que una bestia intentaba devorarlos y aquel anciano usó la magia para defenderles. El anciano llamó con un silbido y un movimiento de mano a alguien, ese alguien era su amigo Jurio, que parecía bastante

contento de verle despierto. Se acercó a paso ligero al pequeño Yolce y le dio un abrazo, algo que extrañó mucho a Yolce, pero también estaba demasiado contento de verle en un sitio que no le era familiar y no recordaba cuando había llegado hasta allí, además siempre se sentía seguro al lado de aquel enano.

— ¡Al fin despiertas, retaco! — empezó a gritar el enano a escasos centímetros del oído de Yolce. El enano apretó demasiado fuerte, algo que hizo daño a Yolce, por lo que rápidamente el enano soltó al halfling.

— ¿Dónde estamos? ¿Qué es esta habitación? — preguntó Yolce intentando acomodarse en la cama, aunque le era imposible pues le dolía todo el cuerpo.

— Eso mejor pregúntaselo a Marcus — el enano señaló al anciano. Por primera vez Yolce se fijó en como era su aspecto, ni siquiera se fijó cuando lo encontró en aquel pueblo. Tenía la piel muy blanca, los ojos marrones, un pelo largo y blanco, pero muy bien cuidado, como si se lo lavase todos los días con alguna pócima mágica. Su barba abundante tapaba la pequeña boca que tenía, y su gran nariz de águila resaltaba aun teniendo tanta barba.

— Estamos en el Monte Perdido, conseguiste abrir la puerta. Eres un ser celestial, Yolce — exclamó el viejo — Estamos con los minotauros. Ya he hablado con ellos, nos van a dejar reforzar la puerta al inframundo. No vamos a dejar que abran esa puerta, vamos a salvar estas tierras del mal.

— Espera... ¿Dónde están Lucas y Kary? — se sobresaltó el halfling al pensar en ellos. Hacía mucho tiempo, o puede que poco pues había perdido la noción del tiempo

con aquella batalla y su desmayo, que no veía a sus otros dos compañeros.

Un silencio largo e incómodo inundó la pequeña habitación, hasta que la grave voz de Jurio rompió el silencio.

— Lucas se sigue recuperando de la lucha contra aquellas arañas — carraspeó y su voz se hizo más fina, casi un susurro inaudible — Y Kary... Murió...

El silencio volvió a inundar la habitación, ahora aquel silencio podía hasta sentirse en el cuerpo, como si llevaran un muerto encima de su espalda. El anciano se quedó mirando al suelo sin atreverse a mirar al joven halfling. El enano se quedó mirando de reojo a su amigo Yolce. Yolce tenía la piel pálida y su mandíbula estaba tiritando, haciendo que sus dientes hiciesen un ruido aterrador. Intentaba contener sus lágrimas, pero era imposible para el joven, sus mejillas se vieron empapadas enseguida, al igual que las de Jurio. Fue un sollozo mutuo y silencioso, ninguno de los dos hizo ruido al llorar. Nada de gritos ni llantos, solamente lágrimas y los puños cerrados por la rabia y la impotencia.

Una voz familiar se escuchó en el pasillo y los dos dejaron de llorar y miraron a la puerta. La voz cada vez era más sonora y se podía escuchar como llamaba a Yolce y a Jurio desde el fondo del pasillo, era la voz de Lucas. El joven entró a la habitación, cojeando, y la cara de todos los que estaban en la habitación cambió. Ahora no parecía un velatorio, era una fiesta, un reencuentro. El joven se acercó despacio a Yolce y le dio un abrazo con las pocas fuerzas que le quedaban, pues tenía la mayoría de articulaciones y músculos destrozados. El anciano le había

ayudado con unas pócimas y algo de magia, pero todavía no estaba del todo curado, necesitaba reposo, pero las ganas de volver a ver a su amigo ganaron al reposo que debía de estar haciendo.

— Siento lo de tu padre, Lucas — dijo Yolce — Era una gran persona. Siempre tenía una sonrisa en la boca y las palabras adecuadas para cada momento. Siempre ayudaba, incluso vino hasta aquí sabiendo el riesgo que eso suponía para él... — Lucas sonrió débilmente y dio un par de pasos hacia atrás para alejarse de la cama y poder ver a todos los de la habitación.

— No vamos a llorar ahora, ya hemos llorado suficiente por hoy — se secó con las mangas las lágrimas que se le caían por las mejillas — Mi padre luchó para ver este sitio, para hacer el viaje que jamás habría hecho si no fuese por ti, Yolce. Él ya ha cumplido su misión, verte llegar hasta aquí y que vivieses tu primera aventura. Ahora mismo estaría orgulloso de ti.

— Entonces — intervino el anciano para que aquella situación de arrepentimientos y lamentos parase — ¿Queréis ver el templo? Ya hemos llegado hasta aquí, qué mínimo que lo conozcáis. Cuando estés mejor, Yolce, haremos lo de la puerta. Aunque supongo que querrás descansar un poco más antes de querer reparar la puerta.

Los tres se sonrieron y asintieron en señal de querer ver aquel lugar, pues Jurio y Kary lo habían podido ver poco, ya que fueron directos a las habitaciones. Yolce estaba especialmente feliz con aquella noticia, pues Hiru le habló muchas veces de los minotauros y de la función que tenían, y el enano y el humano querían hablar con ellos, pues casi nadie ha podido ver uno en persona.

Los cuatro se prepararon para salir de la habitación. Al salir dos minotauros les siguieron haciendo de su guardia personal. El pasillo por el que empezaron a andar estaba construido de una piedra bastante extraña, era marrón y con tintes morados. El pasillo era enorme, pues así podían pasar sin dificultad los minotauros por si había alguna emergencia. El grupo se sentía pequeño en aquel lugar, todo allí era de un tamaño de minotauro. Los dos minotauros, serios y callados, seguían al grupo en sumo silencio, casi ni se oían sus pasos. Ninguno de ellos se atrevía a hablarles, pues su tamaño, sus grandes brazos y sus cuernos imponían respeto, y también miedo. El enano susurró algo al grupo:

— Me he enfrentado a bestias que daban miedo, pero jamás me enfrentaría a un minotauro. Un cuerno suyo es más grande que todo mi cuerpo — el grupo aguantó la risa por si ofendían a los minotauros, pero los imponentes minotauros hicieron caso omiso a sus palabras, a lo mejor ni las entendieron.

— A lo mejor no hablan nuestro idioma — susurró Yolce. Se giró y preguntó a los minotauros — ¿Cómo os llamáis?

Todos esperaron una respuesta en silencio, incluso el anciano esperaba poder escucharlos, pero no hubo ninguna respuesta por su parte.

El templo cada vez parecía más antiguo, a cada esquina las runas se hacían más extrañas y con símbolos que no eran del idioma que ninguno de ellos conocía. Empezaron a aparecer símbolos en las paredes que no entendían, pero tampoco se atrevían a preguntar a los minotauros pues sabían que era preguntar en vano. El

anciano iba rozando las paredes con la yema de sus dedos mientras tarareaba una melodía bastante arrítmica, pero pegadiza. El anciano andaba por aquellos pasillos como si fuese su casa, mientras que el grupo iba con sumo cuidado con cada paso que daba.

Por aquella zona ya se podían ver más minotauros, ya que por los anteriores pasillos no se habían cruzado con ninguno. Andaban con sus dos patas y su enorme pecho, y por supuesto con sus armas tan majestuosas como extrañas, ya que solamente las usaban ellos por el tamaño y el peso. En las paredes se podían ver cuadros, incluso runas con formas bastante artísticas que habría hecho algún artista, o alguna maga. En los cuadros y runas se veían a minotauros, todos ellos con heridas de guerras o mutilados, otros cuadros eran de batallas en la que tuvieron que participar, y el cuadro más grande era de una dragona blanca y azul sobrevolando los cielos con sus alas llenas de pinchos. Y, por último, lo que dejó más impactado al grupo, fue ver las enormes puertas de Kilopetra. Un portón enorme donde podía entrar una gigante sin ningún problema. El portón estaba tallado a mano. Se podía observar en el portón una dragona, seguramente la misma que la del cuadro, mostrando sus afilados dientes. Y por los laterales algunos símbolos como los que habían visto antes por los pasillos.

El grupo estaba asombrado frente a semejante obra, se quedaron pensando en cuantas manos se necesitarían para construir aquella puerta. Habían llegado a su objetivo, habían llegado donde casi nadie había llegado, ya que aquello era un sitio sagrado donde solo podían pasar minotauros o magas celestiales. Yolce quería hacer muchas preguntas sobre aquel lugar, pero no sabía por

dónde empezar, ya que era muchas cosas las que deseaba saber. Por suerte el anciano se le adelantó y dijo:

— ¿Queréis que os cuente la historia de esta puerta? — los tres se quedaron callados frente al anciano esperando a que empezase la historia. El anciano tosió y empezó a hablar.

<< Todo empezó en las Guerras por la Paz. El ejército de Kilopetra se enfrentó a Sarmiledon y su ejército inmortal. Sarmiledon quería conseguir los huevos de dragona que tenía Kilopetra, pues con ellos podría hacer un ejército de dragonas para poder conquistar todo el reino y así debilitar y acabar con Kilopetra. Y Kilopetra quería acabar con Sarmiledon, pues decía que sin Sarmiledon la paz se restauraría en todo el reino. Los minotauros salieron en la búsqueda de sus enemigas, que estaban en el Desierto de Yir, al sur de estas tierras. El ejército enemigo estaba repleto de no muertos, vampiros, mujeres-rata y todo tipo de criaturas espeluznantes. Los minotauros eran mucho más fuertes, pero el ejército de Sarmiledon era casi inmortal, cada poco aparecían más y más no muertos, algo que hacía que los minotauros se vieran apurados en muchos momentos de la guerra. Incluso una de las hijas de Kilopetra, Silan, apareció en el campo de batalla, inexperta y muy apetitosa para el ejército inmortal. Silan era como su madre, pero ella tenía escamas verdes, un verde como el de los árboles en primavera, un verde que si le daba la luz de lleno podía incluso confundirse con el Sol. La batalla duró muchas horas, pero por suerte Kilopetra sufrió muy pocas bajas y pudo hacer retroceder al ejército inmortal. A Kilopetra no le bastaba solamente con haber amedrentado a su enemigo, sino que deseaba con todas sus fuerzas acabar con ellas, que nunca más

volvieron a tocar su reino. Pensó en encerrar a Sarmiledon, pero ningún barrote, celda, muro o mazmorra podría ser suficiente para detener su magia. Así que pensó en hacer un plano, fuera del reino, incluso fuera de nuestra mente, un lugar donde solamente se pudiese llegar de una forma, cruzando la puerta de Kilopetra. Llamó a algunas de sus aliadas para reunir fuerzas y magia, y las halflings fueron las primeras en llegar y dar todo su poder y su magia para poder crear el plano, y las enanas hicieron aquella majestuosa puerta con ayuda de sus grandes habilidades con los metales. Tardaron años en construir la puerta, mientras tanto las ciudades, como pueblos, incluso montañas y bosques, eran destruidos por la guerra, que parecía no llegar nunca a su fin. >>

<< Kilopetra trazó un plan y fue expandiendo el rumor por todos los lugares de que tenía escondidos en el Monte Perdido los huevos de dragona, sabiendo que así no tardarían mucho en llegar allí Sarmiledon y su ejército. Y como era de esperar, allí aparecieron Sarmiledon y su ejército, incluso estaba la famosa matadragonas Dratquin, con su gran mazo y su cadena de pinchos. Kilopetra tenía el escenario preparado para aquella batalla, todas sus magas salieron al encuentro de Sarmiledon, incluido Silan, que se había hecho más grande y las cicatrices en sus escamas hacían ver que se había curtido en muchas batallas. Lo que no esperaba nadie, ni siquiera su madre, es que apareciese Karzaten, la hermana de Silan. Una dragona más pequeña que el hermano, sin cicatrices y de color azul cristal, que al volar podía confundirse con el cielo. Karzaten jamás había luchado, pues dedicó su vida a los estudios de la astrología y de la geología. Aquello hizo que Dratquin se pusiese más contenta y su sed de sangre

se podía notar en la mirada fija en aquellas pequeñas criaturas. La batalla se tornaba difícil para ambos bandos, la matadragonas por poco asesina a las dos bebés, pero Kilopetra pudo usar su magia para matarla antes de que matase a su familia. Ahora solamente quedaba expulsar de aquel plano a Sarmiledon, que sin su magia en este plano todos los muertos vivientes morirían. Sarmiledon asesinó a todas las magas que había, el escenario se veía deprimente, pues solamente quedaban las dragonas contra el ejército inmortal. Sarmiledon consiguió matar a Karzaten, que poco podía hacer contra su magia, y después cayó su hermana, presa de la magia de Sarmiledon. Kilopetra estaba enfadada, la furia se apoderó de la dragona y esta arremetió con sus garras por delante contra Sarmiledon, agarrándole y entrando con Sarmiledon en el plano del inframundo. Las puertas se cerraron tras la dragona y el ejército inmortal se desvaneció, ya no podían seguir sin la magia, ahora el sitio estaba lleno de cadáveres, de polvo y de sangre <<

— Desde aquel día no se sabe nada de ellas dos, solamente que la paz nunca reinó — acabó el relato con aquella frase tan triste.

El grupo estaba con la boca abierta, pero sin poder decir ni una sola palabra. Jamás habían escuchado aquella historia, ni siquiera una historia parecida, pues no sabían ni siquiera que había tantas dragonas. No sabían que los minotauros fueran tan fuertes, aunque al verles se podía intuir que lo fuesen, pero no tanto para derrotar a un ejército de no muertos. No sabían que contestar, ni que preguntar, ni siquiera sabían cómo podían cambiar de tema de conversación ahora.

— Por eso — siguió hablando el anciano haciendo un gran favor al trío — Necesito de tu ayuda, Yolce. La puerta es muy antigua, al igual que los conjuros que la sellan, necesito de tu magia. Hay rumores de que Sarmiledon quiere volver a estos reinos y acabar con lo que había empezado, necesitamos sellar esa puerta con conjuros nuevos.

— Pero yo no sé hacer conjuros tan complejos... Ni siquiera sé muy bien cómo funciona la magia. Cuando uso demasiada magia me desmayo... — dijo Yolce con un hilo de voz al verse superado por la situación.

— No hace falta que hagas conjuros, Yolce. Solamente necesito un poco de tu sangre, para romper el sello antiguo. Y después, necesitaré de tu magia. Con que me des la mano y yo pueda usarla me bastará. Tú solamente te sentirás cansado, yo haré el resto. Pero lo haremos cuando te encuent...

El halfling sin dejar de acabar la frase al anciano y sin mediar palabra con él, y sin pensarlo, dio la mano al anciano y apretó fuerte su mano, aunque aún estaba débil de la batalla anterior se veía con fuerzas para esto. El anciano le sonrió con ternura y afecto, algo que alegró la cara de Yolce. El mago se acercó a un minotauro y le dijo algo, y este hizo un silbido que puso a todos los minotauros en posición. Todos se empezaron a organizar y a mover por aquella extensa sala. Apartaron a Lucas y a Jurio sus dos compañeros y a los magos les trajeron un libro y una pequeña mesa donde apoyar el libro. Todos se alejaron de allí e hicieron un círculo a su alrededor.

— Cuando estés preparado hazte un leve corte en la mano y apoya la mano con sangre en el libro, así se

romperá el sello y podremos empezar a reforzar esta puerta — dijo el anciano mientras sacaba de su manga una daga dorada con rocas gordas y brillantes. Yolce miró aquel libro, con una portada rosa oscura en la que no ponía nada, solamente estaba acolchada con pelo de algún mamífero de las montañas.

Yolce respiró hondo, se hizo un leve corte en la palma de la mano, haciendo que la sangre brotase de la herida y se deslizase por su brazo hasta llegar al codo. La sangre empezó a gotear encima del libro y una luz cegadora iluminó toda la sala, haciendo que ninguno de los asistentes viese nada y se obligase a tapar los ojos durante unos segundos, que a todos se le hicieron eterno al querer ver la magia de ese libro. Pero un pequeño grito de un joven desconcertó a todos los que allí estaban haciendo que los minotauros sacasen sus armas y Jurio y Lucas también, todos habían cambiado de su pose natural a la pose de lucha. Pasó el tiempo y ahora veían con claridad. Marcus tenía agarrado a Yolce por la espalda, con una daga en el cuello del halfling y alrededor de ellos dos un escudo mágico y púrpura que les protegía. Nadie entendía aquella situación, y el anciano solamente sabía reírse con fuerza mientras Yolce pateaba con cuidado de no ser cortado con la daga que apuntaba a su yugular. Los minotauros empezaron a golpear el escudo, pero no consiguieron siquiera agrietarlo, algo que por alguna razón hizo aún más gracia a Marcus.

— ¿Creéis que así lo vais a romper? ¿En serio? — la carcajada del anciano cada vez era más potente y molesta para los asistentes — No me esperaba que fueseis tan necios. Solamente se puede romper con magia. Lástima

que haya quitado vuestros sellos mágicos cuando andábamos por el templo.

— ¿Qué es lo que quieres, mago? — vociferó un minotauro, haciendo por fin un acto de su voz.

— ¿Has visto, Yolce? Hemos conseguido que un minotauro nos hable, ¿no es genial? — siguió riéndose Marcus — Está claro lo que quiero hacer. Mis compañeras están detrás de esa puerta. Voy a liberarles, por todos los años que les habéis tenido encerradas. Vamos a conquistar este reino y matar a las dragonas. Así me lo ha ordenado Sarmiledon.

— ¿Vas a liberar a Sarmiledon? Después de llegar hasta aquí, luchas contra arañas y goblins, ver como matan a mi padre delante de mí, ¿y tú, maldito, vas a liberarle? Pienso matarte con mis propias manos — gritó Lucas mientras daba pasos firmes hacia el frente con la cara encolerizada y roja.

— Eres una verdadera molestia. Ya podían haberte matado las arañas a ti también. Todo estaba planeado desde el principio. Yo hice que aquellas bestias arrasaran el pueblo de las halflings. Yo hice que las sirenas contactasen con vosotros. Hice que aquellas niñas os atacasen para que siguieseis el camino. Yo hablé con los ents para que os acompañasen. Todo estaba bajo control. Incluso entre en escena cuando vi que no casi os matan aquellas goblins. Lo que pasa es que sois estúpidos por haber hecho caso a un viejo que no conocéis de nada.

— Eres un... — Lucas no pudo terminar la frase, pues las piedras del suelo se afilaron como cuchillas y salieron

disparadas hacia su tórax. El joven las esquivó sin problemas con un salto lateral.

— Bueno — el anciano tosió y agarró más fuerte a su rehén — No malgastaré más mi fuerza, ahora el ejército inmortal os matará y todo este viaje vuestro llegará a su fin.

Marcus apoyó la mano que tenía suelta sobre el libro lleno de sangre de halfling y empezó a murmurar unas palabras en un idioma que Yolce jamás había escuchado. Los de fuera estaban nerviosos, no sabían que podían hacer, hasta que vieron como la puerta de Kilopetra empezó a abrirse y todos corrieron hacia allí para impedir la gran invasión del ejército. Entre todos los minotauros intentaron frenar la puerta, pero era imposible ganar a la magia que había sido ejercida por un halfling. El ejército inmortal estaba de vuelta a este plano.

— Has vuelto a perder, Hiru — gritó una voz en aquella taberna tan sucia y oscura — Nos tienes que dar dos monedas a cada una.

Hiru estaba realmente sorprendido, era imposible que hubiese perdido, pues llevaba haciendo trampas en aquel juego desde que había empezado esta partida. Se desenredó con la mano su larga melena negra y metió su mano en su escote, siempre guardaba entre sus grandes pechos una bolsa con monedas. Antes de darles nada preguntó:

— ¿Habéis hecho también trampas vosotras? — las dos gnomas se ofendieron con aquel comentario y empezaron

a crear un gran alboroto en la taberna, aunque fuesen diminutas sus broncas solían ser casi peor que las de una bestia. El mago las tranquilizó y sacó las cuatro monedas que les debía sin decir ni una sola palabra más. Pero antes de poder darles nada una agitación le recorrió el cuerpo, algo estaba pasando, algo le estaba llamando, cuando se quiso dar cuenta se encontraba frente a la puerta de Kilopetra, con un ejército de no muertos saliendo de ella y los minotauros luchando para que no saliesen fuera del templo. Hiru estaba desconcertado, no sabía que estaba pasando, luego vio a Yolce y a su compañero Marcus, uno agarrando al otro y el corazón le dio un vuelco.

— ¡Yolce! ¡Marcus! ¿Qué está pasando? ¿Qué estáis haciendo? — gritó Hiru a sus dos amigos. Yolce se alegró de verle y parecía que Marcus también, sacó una gran sonrisa a su compañero mago. Hacía tiempo que no se veían, por eso Marcus le respondió con euforia.

— Al fin vamos a ser libres, amigo. Podremos hacer lo que deseemos. Ya no estaremos bajo el yugo de Kilopetra. Ahora podremos ser felices y libres.

— Suelta a Yolce, Marcus, él no pinta nada en todo esto. Déjale libre.

— No, amigo. Nos servirá para acabar con las dragonas y su estúpido ejército de humanas.

Hiru cogió aire, sacó su bastón hecho de madera, era de una madera muy refinada, como si lo hubiese tallado una gran experta. Golpeó el escudo y lo hizo caer a pedazos contra el suelo, como si se tratase de un cristal. Empezó a acercarse a los dos lentamente, con las manos

en alto, mientras los minotauros mantenían a raya a los no muertos.

— Yolce no ha hecho nada, Marcus. Merece ser libre de verdad. No tiene que pasar por lo que tú y yo hemos pasado. No seas como quienes te tienen condenado, tú eres mucho mejor que eso. Si le obligas y le sometes no te diferenciarás en nada de Kilopetra — Aquellas palabras hirieron a Marcus, su mandíbula se tensó y apretó con más fuerza el puñal que aún seguía en el delicado cuello de Yolce.

— Hay que parar esto. Así tampoco conseguiremos la libertad, Marcus. Cerremos la puerta y hablemos con tranquilidad. ¿Quieres ser libre? ¿O solamente tienes ansias de poder? Vas a seguir siendo esclavo, pero de otro ejército. Nunca serás libre. Deja que al menos ellos lo sean. No les condenes por tu avaricia y tus ganas de poder.

Las puertas se abrieron de golpe, haciendo un pequeño huracán que hizo saltar por los aires a todos los que estaban cerca de la puerta. Una dragona, con una silueta montada encima, salió volando de la puerta, casi sin ser vista y escapó de aquel templo rompiendo los muros con su fuerte cabeza. Marcus al ver eso soltó al halfling haciendo que cayese contra el suelo.

— Ya está, Hiru. Ya hemos ganado. No hay marcha atrás. ¿No te parece estupendo, Hiru? Van a matar a las dragonas y ya no estaremos bajo su poder — gritaba Marcus lleno de júbilo. Yolce le placó por la espalda, haciendo que se comiese el suelo. El pequeño sacó con rapidez su machete y se lo puso en el cuello, como le había hecho el mago a él.

— Esto es por asesinar a Kary — Yolce asestó el golpe, pero un impulso provocado por algún conjuro hizo que saliese disparado hacia atrás, su machete salió hacia otro lado y Yolce cayó a los pies de su amigo Hiru. Este le ayudó a ponerse en pie y se bajó a su altura para hablar.

— Siento todo esto, que nos tengamos que volver a ver en esta situación — dijo Hiru mientras le abrazaba con fuerza — Tú no deberías estar en medio de esta guerra.

— No es tu culpa, amigo — los dos seguían abrazados mientras la batalla se libraba de fondo; gritos, mandobles de espadas, sollozos, cuerpos cayendo contra el suelo. — Pero al menos podremos cumplir la promesa que nos hicimos en Serbol. Luchar juntos.

Por fin cumpliría la promesa que le dijo hace unos años en su aldea, no podía fallarle. Hiru se puso en pie, sacó su espada y se dispuso a luchar contra quien fue también su amigo.

— Tú encárgate de cerrar la puerta, eres el único que puede. Yo lucharé contra Marcus.

— Necesitaré alguien que me cubra las espaldas mientras cierro las puertas — Yolce empezó a gritar los nombres de sus amigos, pero su voz se perdió entre aquella cruel y sangrienta batalla. No tuvo más opción que hacerlo sin que nadie le cubriese.

Hiru lanzó una bola de rayos contra el anciano, pero este la esquivó con facilidad, a pesar de lo mayor que era tenía bastante agilidad aún. Marcus fue a contraatacar, pero un placaje de Jurio le desestabilizó haciéndolo caer contra el suelo, otra vez. Habían llegado los refuerzos,

Lucas también estaba allí, al lado de Hiru para plantar cara a su mayor enemigo. Lucas corrió hacia su enemigo ahora que estaba en el suelo, Hiru trató de pararle, pero Lucas era muy rápido. Alzó su espada contra el cráneo del anciano, para matarle de un solo golpe, a lo que Marcus volvió a esquivar rodando. Mientras esquivaba el golpe, Jurio atacó a los pies, que el mago respondió con una voltereta hacia atrás, el filo del hacha rozó sus zapatos. Con su báculo golpeó al enano en la cabeza, haciendo que diese un par de pasos hacia atrás y poder ponerse en posición de nuevo.

— Para lo viejo que es, es muy ágil y rápido — gruñó Jurio mientras se tocaba la cabeza. Notaba que tenía sangre, pues el báculo le había hecho una pequeña brecha, pero un poco de sangre no iba a pararle.

— Confía en nosotros, Yolce. No te preocupes por lo que pase aquí, céntrate en el libro. Esta es en el idioma de las halflings, así que no debería de costarte demasiado entender el libro — dijo Hiru. Yolce estaba nervioso, gran parte de esto dependía de su magia y él no sabía muy bien cómo se usaba. Además, el libro le iba chupando poco a poco la energía que tenía.

Lucas volvió al ataque, golpeó con su puño en las costillas del mago, que hizo que se retorciese y le dejase sin aire durante unos segundos. Jurio lanzó su hacha contra Marcus, que esta vez no pudo esquivarlo y se lo clavó en el hombro derecho, haciendo que el mago gritase de dolor y cubriendo todas sus vestimentas de rojo.

Yolce estaba leyendo el libro y siguiendo las instrucciones que allí mencionaban, pero la puerta se cerraba muy poco a poco, y la batalla entre minotauros y

no muertos seguía igual, no se veía un ganador claro. Los minotauros seguían cortando cabezas y extremidades y estos los recomponían en cuestión de pocos segundos. Los no muertos no paraban de salir de la puerta y los minotauros se iban cansando poco a poco, ya no luchaban como antes, hacían años que no presentaban una guerra. Ya no tenían ni la fuerza, ni la rapidez que tenían antes, ni tampoco la resistencia. Su única esperanza es que Yolce cerrase la puerta pronto para poder descansar, pero Marcus lo estaba poniendo difícil, pues intentaba acabar con Yolce y este tenía que estar atento a no recibir ningún golpe. Una bola morada y llena de una carga potente, fue directo a Yolce, pero Lucas se puso en medio y recibió el impacto en el pecho, provocándole quemaduras bastante feas en casi todo su torso, aunque parecía no importarle, tenía que vengar a su padre y eso podía con todo el dolor que fuese a recibir en aquella batalla. Jurio fue corriendo a sacar el hacha del hombro del mago, pero este no se lo permitió, dándole con el báculo en la cara y apartándole de su camino. Ahora iría directo a por Hiru, corrió hacia él con una daga que había sacado de la manga y la intentó clavar en su estómago, pero pudo pararla con el antebrazo, haciéndole una herida profunda.

Cuando Marcus iba a sacar el puñal para atacar de nuevo, un golem lleno de mucosidades verdes salió de la puerta arrasando con todo aquello que estaba en su camino, ya fuesen no muertos o minotauros. Esparció parte de su mucosidad por la sala, rozando a Yolce y haciéndole una quemazón verde en el muslo. Todo el que estaba allí miró a aquel golem enorme y lleno de babas. Jurio corrió para sacar el hacha del hombro de Marcus, ahora que estaba distraído, soltó un grito de dolor al sacarlo de golpe. Lucas saltó detrás del enano para darle

un puñetazo en la mandíbula y luego atacar con la espada, Marcus dio una voltereta lateral y pudo esquivar la espada, aunque el puñetazo le golpeó de lleno. El suelo a su alrededor estaba lleno de sangre por la herida y cada movimiento forzoso provocaba que saliese aún más sangre de su hombro.

El golem se acercó a pasos agigantados al grupo y dio un golpe contra el suelo, buscando matar a alguien, pero todos pudieron ver el movimiento y esquivarlo sin ninguna preocupación.

— ¿Qué hacemos contra esa cosa? — preguntó Jurio, mientras estiraba sus hombros agarrotados.

— Solamente sirve la magia con él. Yo le atacaré y vosotros matad a Marcus — explicó Hiru y empezó a recitar algunos conjuros que pudiesen servir contra aquel golem.

Lucas no lo pensó ni un instante y salió en busca de su enemigo, con toda la rabia que se había apoderado de él. Fue de frente, de nuevo, a por el mago. La espada rozó el costado, donde le habían asestado el hachazo, haciéndolo un pequeño corte y Jurio volvió a clavar su hacha en el otro hombro. Marcus gritó aún más fuerte que la otra vez, pues esta fue con más potencia. Se le había clavado en la clavícula, sonó como se le rompió algún hueso. Ahora le costaba mover esa parte de su cuerpo, la sangre no paraba de salir por todos lados. Con la poca fuerza que le quedaba lanzó otra bola de energía contra el estómago de Yolce para apartarle, pues estaba muy cerca y era un peligro para el mago.

Las puertas se estaban cerrando, pero un gusano gigante, naranja, con unos ojos grandes y verdes y una gran boca llena de afilados dientes, salió de la puerta montando un gran escándalo, dejando muertos al ser aplastados con su cuerpo. Encima del gusano había una silueta. Todo el mundo se quedó en silencio, incluso el golem se quedó quieto al ver salir aquel gusano. Encima del gusano había una silueta, era Sarmiledon. Su piel azul, sus garras afiladas, sus alas grandes y huesudas, y su cabeza deforme. Medía dos metros de alto, un poco menos que un minotauro. Sus piernas largas y atléticas estaban cubiertas de escamas. Su torso al descubierto enseñaba las cicatrices y sus tatuajes con símbolos abstractos. No había ninguna duda de quien era, solamente él podía tener aquel aspecto. Había salido del plano para vengarse de este. Bajó del gusano levitando hasta el suelo, las puertas se cerraron al tocar el suelo. Las puertas retumbaron por toda la sala, pero a nadie le importaba, era más importante ver a Sarmiledon. Él miró a todo lo que se encontraba allí y con su pie golpeó el suelo haciendo que aquel templo empezase a derrumbarse y las rocas cayesen por toda la sala. Se subió de nuevo en el gusano y escaparon haciendo un enorme agujero en el suelo, que provocó más temblores y grietas.

Un terremoto empezó a agitar aquel templo, se abrieron grietas en el suelo, las rocas caían del techo y las columnas de derribaban por culpa del temblor. A causa del temblor Lucas tropezó, intentando ponerse a salvo, y se cayó al suelo. Una enorme roca cayó encima de él, sin dejarle la posibilidad de esquivarla. Hiru corrió para quitar aquella roca de encima con la magia, pero ya era demasiado tarde. El muchacho estaba aplastado y sus órganos esparcidos por la roca. Yolce se acercó corriendo,

esquivando las rocas que habían caído, una nausea se apoderó de él, no podía ver el cadáver de su amigo, pero poco tiempo tuvo para poder llorar o vomitar, el enemigo seguía atacando, no respetaba las muertes ni los lloros. El golem volvió a la carga, esta vez contra Yolce, pero Hiru creó un escudo a su alrededor para poder parar el golpe. Marcus le lanzó una lanza de rayos contra Hiru hiriéndole en la pierna, haciendo que se tuviese que poner de rodillas.

— Esto es entre tú y yo, viejo, así que no te distraigas — dijo Jurio mientras embestía al anciano tirándole al suelo y poniéndose encima de él. Con el mango de su hacha le golpeó la cara rompiéndole la nariz y algunos dientes salieron volando contra el suelo. Luego soltó su hacha y arremetió contra él con sus puños — Lucas te dijo que te mataría con sus manos. Como lo has asesinado y él no puede hacerlo lo haré yo. Como último deseo de mi amigo — Jurio empezó a golpear su cabeza, deformándola a cada golpe y haciendo que su cráneo rebotase contra el suelo. Hasta que le reventó la nuca de tantos golpes y ya no revotaba su cabeza contra el suelo. El anciano ya estaba inmóvil, lo había matado con sus propios puños. Cuando se levantó de encima del mago un manotazo le hizo volar por los aires hasta chocar contra una columna del templo, rompiéndole las costillas y dejándole inconsciente en el suelo.

El terremoto volvió a arremeter contra el templo y golpeó aun con más fuerza todo. El techo se vino abajo y las pocas columnas que quedaban en pie se cayeron. Ya no existía el templo donde estaban los minotauros. Tampoco existían los minotauros, el terremoto enterró a todos. Ahora era todo ruinas. Ya no quedaba nada en pie allí,

solamente seguía en pie la puerta de Kilopetra, pero al menos habían conseguido cerrarla. Ya habían conseguido la paz, ya no había ninguna batalla, pero para conseguir eso tuvieron que morir todos los que estaban allí presentes. La paz reinó en el Monte Perdido.

EPÍLOGO

El aire soplaba con fuerza, la luz del Sol empezaba a dar sus primeros destellos por las colinas, los insectos eran atraídos por la sangre de aquella batalla, los gritos habían cesado, también los choques de espadas, los terremotos y los sollozos, la batalla en el Monte Perdido había llegado a su fin. Ni siquiera se escuchaba a los no muertos, ni a los minotauros, la paz había reinado, o eso parecía a simple vista. Una voz débil y aguda gritaba unos nombres “Jurio, Hiru”. Era lo único que sonaba, aquella voz gritona que no recibía ninguna respuesta. El halflings se arrastraba entre escombros y cadáveres, entre babas de aquel golem y armas de minotauros.

Una tos le advirtió que había alguien con vida, una tos seca y decrepita, era la de su amigo Jurio. Fue en su busca y lo encontró con el cuerpo lleno de heridas y sangre, un hueso que le salía del codo y las piernas aplastadas por las rocas. No podía moverse y le dolía hablar demasiado, ya casi no tenía fuerzas. Aquel enano que luchó y luchó contra tantas criaturas, ahora se le veía cansado y débil.

— Amigo — dijo Jurio con un hilo de voz — Me alegro tanto de verte antes de morir...

— Jurio — lloraba Yolce desesperado — Te vas a recuperar. Tú eres muy fuerte. Vamos a ponernos bien y a viajar. A descubrir razas y culturas. Ya no me gusta esto de las aventuras, Jurio. Quiero volver a cuando nos conocimos. No puedo seguir con esto, no quiero...

— No creo que me recupere — el enano miró sus piernas rotas — Yo no puedo seguir, pero tú sí. Podrás visitar sitios, conocer gente nueva, ir donde nadie ha ido. Has completado tus deseos, ahora eres libre para hacer lo que quieras. Ya ni siquiera estaré yo para regañarte ni decirte que debes hacer.

— No quiero seguir sin ti... sin vosotros. Yo no estoy hecho para esta vida. No sin vosotros. Quiero vivir en paz, viajando y conociendo nuevas cosas. No estar en batallas y guerras todo el rato. Quiero volver a mi pueblo, con vosotros, con mi familia. — el enano sonrió irónicamente.

— Amigo, todo en esta vida es guerra, poder, invasión, conquistas, asesinatos, oro... Pero gracias a ti al fin lo he comprendido todo — el enano escupió sangre y siguió con su discurso — La libertad está en el momento. No es algo lejano que hay que conseguir, está ahora. La amistad da esa libertad. Yo he perdido todos estos años luchando y luchando, sin saber muy bien por qué... Ahora antes de morir lo llego a entender. Tú, Yolce. Tú eres libertad. Eres un ser de luz. Das alegría, esperanza y fuerza. Gracias por todo, amigo. Te quiero, nunca estaré tan agradecido a nadie por lo que ha hecho, darme la libertad que nunca supe encontrar. Aunque haya tenido que morir para encontrarla...

Los ojos de Jurio empezaron a cerrarse y su respiración paró de golpe, ya no podía seguir con vida más tiempo, alargó su vida para ver a su amigo de nuevo y decirle lo mucho que significaba su amistad para él. Yolce posó su cabeza en su torso y empezó a llorar. No podía admitir esto, no quería asimilarlo. Las lágrimas y la trsiteza inundaron su mente, no podía pensar en otra cosa que en la muerte. Posó sus manos en el pecho de Jurio y empezó

a murmurar. Los dos cuerpos empezaron a brillar con fuerza. El cuerpo de Yolce se consumía como las cenizas, mientras que el de Jurio se recuperaba. Ahora podía respirar sin dolor, las heridas se le cerraban poco a poco y sus partes aplastadas volvían a su forma original. Yolce había dado su vida para resucitar a su amigo. Yolce estaba pálido, en los huesos y con la cara comida, ya no tenía color en su mirada. Estaba a punto de morir.

— Yolce... Tú... — dijo Jurio mientras se tocaba el cuerpo entero sin creer que había pasado.

— He curado tus heridas, tienes que vivir, amigo. Has encontrado la libertad, yo la he perdido en el momento que vi cómo era todo. No entiendo estos reinos y he perdido la libertad que tanto quería. Ahora debes ser feliz, sabes lo que quieres, tienes una meta, sabes que es la libertad, incluso estás acostumbrado a esta vida. En cambio, yo... Solo siento miedo, Jurio. No puedo parar de pensar que mis amigas pueden morir, que gente inocente puede morir y que yo tengo que matar o morir. Así encontraré la paz, o eso espero. No sé dónde iré, pero seguro que donde voy no hay guerras ni muertes. Sin mi familia, no soy nada, no puedo estar sin vosotros. — El cuerpo de Yolce se iba disipando poco a poco — Te quiero, Jurio. Tú eres familia. Ahora vive la vida que tú quieres, no la que te han obligado a vivir. Se libre, se feliz. Olvida todo lo que dijeron sobre ti, como debías ser, que debías hacer... Vive tu vida, compañero.

El cuerpo del halfling se desvaneció entre las ruinas. Las halflings habían llegado a su fin, aquella maravillosa y extrovertida raza había sido eliminada del mapa. Ya podían vivir en paz, sin ser buscadas por ningún ejército.

Descansaban en paz fuera de un reino repleto de guerras y sangre. Algo que jamás buscaron las halflings.

Jurio se quedó allí, llorando encima de donde se había disipado su amigo, nunca había considerado a nadie amigo, solamente a Yolce, y ahora ya no estaba con él, volvía a estar solo. Nunca había sabido que era ser feliz hasta que Yolce se lo enseñó, nunca supo que era libertad hasta que conoció a Yolce. Y ahora Yolce, ese gran ser de luz, le daba una segunda oportunidad para ser feliz. Yolce había salvado su vida dos veces. Lloró y lloró hasta quedarse dormido entre las rocas y la sangre. Jurio soñó con Yolce durante horas, pensando que todo había sido un sueño, que no había muerto y que seguirían viajando de ciudad en ciudad. Que siempre estarían juntos y serían amigos. Pero estos reinos no dejan que nada sea lo que una quiere.

**YOLCE ES UN HALFLING MAS
EN SU ALDEA. AMABLE, FELIZ
Y SINCERO, PERO ÉL TIENE
ALGO MÁS... SU ESPÍRITU
AVENTURERO.**

**POR COSAS DEL DESTINO, O DE
LAS DIOSAS, CONSIGUE SALIR
DE SU ALDEA Y CONOCER EL
MUNDO, COMO SU AMIGO HIRU.**

**SU AVENTURA EMPIEZA EN
ESTAS PÁGINAS, PERO NO
SABEMOS DONDE ACABARÁN.**



REINOS DE ASLAGH